

## CAPITULO VI

### LOS INVISIBLES

Xenócrates y sus «Magnitudes Invisibles».—Las ideas de Goethe y la Monología de Leibnitz.—Los 330 millones de seres del Panteón hindú.—Las tres creaciones de invisibles de las Puranas.—El *Conde de Gabalis* del Abate Villars.—Teosofismo y Espiritismo.—Las caldas angélicas.—Mortales Inmortales.—Salamandras, sílfides, ondinas y gnomos.—Incubos y súcubos.—Los *espiritus*, para los chinos.—Los *maruts* y el Rig-Veda.—*Indra*.—Los *ruts* y *maruts* caldeos y árabes.—La infancia de Blavatsky.—Los monstruos heráldicos de Pallot.—Nuestra insensatez actual y la sentencia de Hermes Trimegisto.—La raza *Jina* o *Jalna*: en el Faristán; entre los persas e hindúes en *Las Mil y Una Noches*; en la obra de Cteslas; en Africa; en el Japón, etc.—*Los Jinas* y un lindo cuento de Blavatsky.

El lector que, bondadoso, nos haya seguido hasta aquí, se habrá preguntado, sin duda, con notoria extrañeza, qué puede haber de verdad entre el cúmulo de cosas que van transcritas y que suponen como premisa necesaria la existencia de un mundo invisible, de una realidad aplastante por encima de nuestros limitados sentidos, realidad que obstinadamente rechaza el positivismo contemporáneo, ese positivismo que ni supo evitar la guerra mundial, ni por religión ni por ciencia, supo tampoco hacer otra cosa sino aumentar nuestra vanidad, nuestra desgracia y nuestros dolores, tanto más intensos cuanto más *científicos*.

Problema inagotable este del mundo invisible, no podemos sino consagrarle una mínima parte del tiempo y espacio que él merecería. Bibliotecas enteras podrían escribirse sobre él, toda vez que, a bien decir, el Misterio es la regla en la vida y la excepción lo visible.

•Xenócrates, el discípulo de Platón superó al propio maestro en su doctrina acerca de las *magnitudes* o *realidades invisibles*—nos enseña Blavatsky—. Su teoría cosmogónica está edificada sobre la base de la existencia del Alma Universal (*Anima Mundi*), y aquel filósofo griego prueba la necesidad de que exista en cada punto del espacio universal una serie pro-

gresiva de esencias espirituales animadas e inteligentes. Si bien Xenócrates, al igual de Platón y de Prodicus, hace referencia a los diversos *elementos*, considerándoles como Poderes Divinos y llamándoles *dioses*, tales palabras jamás envolvieron para aquéllos idea alguna antropomórfica. Kriche repara en que repetido autor llama dioses a estos Poderes elementales, únicamente para que no sean confundidos con los *daimones* del mundo inferior o espíritus de los elementos. Los *daimones* son, según esta teoría, los seres intermediarios entre la perfección de los dioses y la maldad humana, añadiendo Xenócrates que el alma individual o personal de cada hombre es su demonio director y defensor, y que ningún demonio tiene mayor poder sobre nosotros que aquel que tenemos nosotros mismos. Así el *daimón* de Sócrates es el Dios o Entidad Divina que le inspiró durante toda su vida y el *Epinomis* de Platón coloca entre los dioses más elevados y los más bajos, o almas encarnadas, tres clases de *daimones*. De ellas las dos primeras son invisibles, pues que sus cuerpos están formados de éter y de puro fuego (espíritus planetarios), mientras que los pertenecientes a la tercera clase son generalmente invisibles, pero algunas veces, concentrándose en sí mismos, pueden hacerse visibles durante pocos segundos y aparecerse a los hombres. Estos son los espíritus terrenos desencarnados, o sean nuestras almas astrales. • (Isis sin Velo, t. I, pág. 31.)

«Nosotros, espíritus aprisionados en cuerpos materiales — sigue diciéndonos la inmortal autora —, no conocemos sino una parte ínfima del mundo que nos rodea. La Filosofía Oculta, por el contrario, nos enseña que hay en el Universo una multitud de seres de cuya existencia no sabemos nada y cuya naturaleza no conocemos, siendo lo que efectivamente sabemos de ello menos que lo que es un grano de arena en un dilatado desierto...

El doctor Falk von Muller, en un luminoso estudio, nos dice:

«El día de los funerales de Wielaud observé en el aspecto de Goethe una solemnidad que no le era común. Había en él algo de dulzura, casi podría decir de melancolía; sus ojos brillaban mucho más y aún su voz y su manera misma de hablar parecían distintas de las usuales.

El tema principal de nuestra conversación era nuestro amigo perdido. Sin desviarse grandemente del asunto, hube de preguntarle en cierto momento en que hablaba de la continuidad de la existencia *post mortem*.

—¿Qué pensáis en este instante del alma de Wielaud? ¿Cuál será su trabajo ahora?

—Ninguna cosa pequeña, nada indigno de él, nada distinto de la grandeza moral que en vida sustentara...—me replicó, prosiguiendo—. Mas no

debemos entender ésta en un sentido erróneo, pues a medida que penetramos en este tema, nos encontraremos mayor profundidad en él. Algo representa, en efecto, haber vivido una vida de ochenta años en medio de la más inmaculada dignidad y del honor más puro; algo ha de valer haber llegado al grado de exquisitez espiritual, de delicadeza, de elegancia mental, que caracterizó tan admirablemente el espíritu de Wieland; algo el haber poseído aquel ingenio y aquella férrea persistencia y perseverancia en las que nos sobrepusó a todos. ¿No le asignaréis, pues, con gusto, un lugar inmediato al de aquel Cicerón de quien tan cariñosamente hubo de ocuparse antes de su muerte? *La destrucción de tan altos poderes del espíritu es una cosa que nunca, ni por ninguna circunstancia, puede llegar a suponerse.* La Naturaleza no es de tal modo una pródiga derrochadora de su capital, y el alma de Wieland es uno de los tesoros de la Naturaleza; una verdadera joya. Añadamos a esto el que su larga vida aumentó y no disminuyó esos nobles dones espirituales. Fijaos de nuevo atentamente en esta circunstancia: Rafael apenas tenía treinta años y Kepler cuarenta cuando terminaron repentinamente sus vidas, en tanto que Wieland...

—¿Cómo?—Interrumpí con cierta sorpresa—. ¿Hablaís de la muerte como de un acto espontáneo?

—Tal hipótesis no está en oposición de ningún género con mis observaciones de muchos años, ya sobre la constitución de nuestra propia especie, ya sobre la de especies restantes; antes al contrario, tales observaciones suministran nuevas evidencias en este supuesto.

Ahora bien; cuánto sea más o menos digna de perdurar esta existencia individual, es otra cuestión y otro punto de vista relacionado con la Divinidad. Por el momento no hago sino observaciones preliminares. Yo supongo varias clases y órdenes de elementos primarios de toda existencia a manera de gérmenes de todos los fenómenos de la Naturaleza; a éstos podría denominárseles almas, puesto que de ellos procede la animación o vivificación de todo; o más bien *mónadas*, empleando el término de Leibnitz a falta de otro más expresivo para indicar la simplicidad de la más simple existencia. Esto admitido, recordaremos que la experiencia nos muestra algunos de estos gérmenes tan pequeños y tan insignificantes, que tienen, a lo sumo, que adaptarse a una existencia y uso de subordinados.

Otros, en tanto, son fuertes y poderosos. Estos últimos atraen a su esfera todo aquello que se les aproxima, transformándolo en algo que les pertenece; esto es, en un cuerpo humano, en una planta, en un animal, o en algo más grande todavía: en una estrella. Este proceso se repite en el mundo más pequeño o en el más grande; su realización yace latente y

predestinada en ellos, hasta que por último se hace visible. Sólo los seres en que esto se produce son los que en realidad pueden llamarse *almas*. De aquí que haya mónadas de mundos, almas de mundos, del mismo modo que mónadas y almas de hormigas, y que ambas sean, sino idénticas, por lo menos de un origen común.

Cada sol, cada planeta, lleva en sí el germen de un más elevado desarrollo, en virtud del cual su desenvolvimiento será tan regular y estará tan sujeto a leyes determinadas como el desenvolvimiento de un rosal, merced a su tallo, sus hojas y sus flores. Podéis denominar al germen *idea* o *mónada*, como os plazca, mas lo cierto es que es invisible y anterior al desenvolvimiento externo visible. Porque no debemos dejarnos engañar por las *larvae* o formas imperfectas de los estados intermediarios que la idea puede asumir en sus transiciones. Una y la misma metamorfosis o capacidad de transformación puede producir en la Naturaleza una rosa de unas hojas, una oruga de un huevo y aun después una mariposa de una oruga.

Las mónadas inferiores, por tanto, pertenecen a una superior porque les es preciso, no porque particularmente realicen su satisfacción. Esto se produce ordinariamente de un modo bastante general. Observemos esta mano, por ejemplo. Consta desde luego de partes que están a cada momento al servicio de aquella mónada principal que tuvo el poder, en los albores de su existencia, de atraerla, de apoderarse de ella. Por su mediación, ahora yo puedo ejecutar esta pieza de música, y puedo hacer volar mis dedos a voluntad sobre el teclado de mi piano.

Ello me proporciona de este modo un delicioso placer intelectual, aunque no es ella sino la mónada principal la que oye. Mis manos, mis dedos, muy poca o ninguna parte toman en mi distracción. El ejercicio de las mónadas, por medio de las cuales me procuro una satisfacción, es muy pequeño en relación con la bondad del resultado, excepto, empero, cuando procede de ellas mismas.

¡Cuánto más no desearían ellas, en vez de proporcionarme tal satisfacción, recorriendo una y otra vez vanamente estas teclas, volar sobre los prados como activas abejas o soñar sobre las flores! Sin duda que en ellas existen materiales para todo esto, pero están dominadas. El momento de la muerte, que por esto debía denominarse más bien de la disolución, es, por tanto, aquel en el cual la mónada primordial y reguladora abandona a todas sus subordinadas, que hasta entonces fueron fieles servidoras de sus deseos.

De aquí que yo considere tanto el abandono de la vida como su mismo despertar, a manera de un acto espontáneo de la mónada reguladora, la

cial, en su verdadera constitución, nos es en último término desconocida.

Toda mónada es por naturaleza tan indestructible, que en el momento de la disolución no abate ni pierde nada de su actividad, sino que continúa su progreso incesantemente. Abandonan las mónadas sus antiguas conexiones para realizar en breve otras nuevas. El cambio depende del grado de fuerza de los gérmenes de evolución contenidos en una u otra mónada.

Si la mónada es la de un espíritu evolucionado, o es la de un castor, pájaro o pez, habrá una inmensa diferencia. De aquí que tan pronto como nos sea preciso estudiar en cierto grado cualquier fenómeno de la Naturaleza, tengamos que referirnos a la clase, al orden espiritual que hemos necesitado establecer. Swedenborg, examinando esto mismo según una peculiar manera, empleaba una imagen para ilustrar sus pensamientos: acaso la más feliz que pudiera idearse, pues comparaba la mansión habitada por los espíritus a un espacio dividido en tres grandes estancias, el centro de las cuales existiera una amplia cámara.

Supongamos ahora saliendo de estas estancias numerosas especies de seres, tales como pájaros, perros, gatos, etc., que afluyeran a la cámara central. ¡Ciertamente sería ésta una heterogénea compañía! Mas ¿cuál sería la inmediata consecuencia? Que por último, el placer de encontrarse reunidos aparecería. Y he aquí que la más grande armonía seguiría a la primera lucha, hasta que por último se acordaría cada cosa con su semejante: el pez con los peces, el pájaro con las aves, el perro con el perro, el gallo con el gallo, y cada uno de estos seres diversos se esforzaría, en lo posible, por hacerse dueño de un especial departamento. He aquí la completa verdadera historia de nuestras mónadas en su advenimiento hacia esta tierra.

Cada una va hacia el sitio que le corresponde: al agua, al aire, al fuego, hacia las estrellas. Es más; la misteriosa atracción que las impulsa lleva a la vez en sí misma el secreto de su futuro destino.

Que las mónadas sean susceptibles de tener una historia general retrospectiva, no puedo discutirlo, ni que lo sean más que pueden serlo las más altas naturalezas entre nosotros. El progreso de la mónada de un mundo debe y puede descubrir muchas cosas fuera del obscuro seno de su memoria, que parecerán adivinaciones, aunque sólo sean en el fondo borrosos recuerdos de algún estado pasado; justamente así el ingenio humano descubre las leyes concernientes al origen del universo, no por un árido estudio, sino por un luminoso relámpago, recuerdo brillante en las tinieblas de que el mismo fué una parte. Sería una presunción limitar

estos relámpagos a la memoria de los espíritus de un orden superior, o determinarlos hasta el punto de impedir su iluminación. Así, pues, universal e históricamente considerada, la permanente existencia individual de la mónada manifiéstaseme en cierto modo como concebible.

Igualmente, en lo que más de cerca nos concierne o afecta, me parece que, si el primer estado y circunstancias porque nosotros y nuestro planeta hemos atravesado fueron acaso insignificantes, aparecen ante los ojos de la Naturaleza, y en consideración a lo que fueron, como algo digno de ser recordado de nuevo. Y, aunque las circunstancias de nuestra condición presente pueden necesitar de una gran selección, nuestra Mónada principal podrá, por último, en algún tiempo futuro, comprender el todo completamente y en compendio, es decir, en una gran síntesis histórica.

Si nos abandonamos a nuestras conjeturas—dijo Cæthe continuando sus observaciones—, realmente no veo qué podría impedir que la mónada, por la cual debemos la apariencia de Wielaud sobre nuestro planeta, formara en su nuevo estado las más elevadas combinaciones que puede presentar el universo. Por su ingenio, por su celo, por su elevada inteligencia, que le habilitó para dirigir una gran porción de la historia del mundo, tiene títulos para todo. Poco me sorprendería, y lo hallaría completamente agradable desde mi punto de vista, si al cabo de millares de años se convirtiera ese mismo Wielaud en la mónada de un mundo o en una estrella de primera magnitud; le hemos visto cómo vivificaba y animaba todo aquello que se relacionó con él merced a su pura lucidez. El constituir la nebulosa substancia de un cometa que vibrase entre luz y claridad sería, pues, verdaderamente agradable, y una grata tarea para la mónada de nuestro Wielaud. Así, pues, hablando realmente en términos generales, si suponemos la eternidad del actual estado del mundo, no podemos admitir otro destino para las mónadas que el de bienaventurados poderes cooperantes, participadores eternamente de la inmortal felicidad divina (1).

---

(1) Esta sublime concepción del autor de *Fausto* es de inmenso valor transcendente, porque, como dice Blavatsky, la opinión de los que creen que nuestra alma, antes de nacer, ha morado en la Vía-Láctea y «aun durante la vida de su cuerpo físico aquí abajo, vive en las estrellas», es una doctrina eminentemente ocultista, al tenor de aquellos clásicos versos de Ovidio que, hablando de la triple constitución del alma humana, nos dicen:

«Terra legit *carne*; tumulum circumvolat *umbra*; Orcus hanc *manes*; *spiritus* astra petit.»

¿Hay algo en el mundo más divinamente religioso y consolador que todo

La obra de la creación les ha sido confiada a ellos. Proclamada o no proclamada su unión, se verifica entre ellas mismas, en cada valle, en todas las montañas, fuera de todos los mares, de todas las estrellas. ¿Quién puede impedirlo? Yo tengo la certeza, como os estoy viendo, de que estaré allá tal vez dentro de mil años y que, regresaré de allí acaso mil años después.

Estoy acostumbrado a no conceder un valor extraordinario a las ideas que no tienen fundamento en percepciones sensibles. ¡Ah! ¡Si en verdad conociésemos la estructura de nuestro propio cerebro y sus conexiones con Urano y las múltiples intersecciones de hilos, a lo largo de los cuales el pensamiento va de un lado a otro! Pero no conocemos los resplandores de la verdad hasta que nos tocan. Conocemos únicamente ganglios, porciones del cerebro; de la Naturaleza y del cerebro mismo no conocemos gran cosa. ¿Cómo pretender entonces conocer a Dios? Diderot ha sido grandemente censurado por haber dicho: «Si no hubiera un Dios, sería preciso inventarle.» Conforme a mi modo de ver la Naturaleza y sus leyes, sin embargo, uno puede muy fácilmente concebir planetas de los cuales partieron ya las más elevadas mónadas y otros que no entraron aún en actividad. Y así como hay planetas para el hombre, pudiera también haberlos para las aves y para los peces.

En una de nuestras primeras conversaciones, yo llamaba hombre al primer diálogo que la Naturaleza mantuvo con Dios. No tengo la menor duda que ese diálogo puede, en otros planetas, ser clave de un lenguaje más elevado, más profundo y más significativo. En la actualidad nos faltan miles de requisitos que son necesarios para el conocimiento.

La primera verdad que necesitamos conocer es nuestro propio conocimiento; después de ésta vendrán todas las demás. En puridad, yo no puedo saber de Dios sino lo que el muy limitado horizonte de las percepciones sensibles de este planeta suministra a la tierra, y esto, de cualquier modo, es muy poco.

De ello, sin embargo, no *debe deducirse de ningún modo que por esta*

---

esto? ¿Algo capaz de mejor mostrar al hombre que es él, como diría el genial Camillo Flammarion, un ciudadano de los cielos mismos, según han enseñado siempre los Adeptos fundadores de las grandes religiones, que se han llamado Rama, Krislma, Hermes, Orfeo, Quetzalcoatl, Moisés, Buddha, Jesús, Pitágoras, Mahoma, etc.?

Debemos conmovidos nuestras frentes ante tamaña sublimidad. ¡Súrsum corda!, que en la Misa se dice...

limitación de nuestras observaciones sobre la Naturaleza externa, existen límites asimismo para nuestras creencias. Antes al contrario, puede darse el caso de que por la presencia de la percepción divina en nosotros, el conocimiento pueda necesariamente manifestarse como una obra de mosaico, especialmente en un planeta que, puesto fuera de sus conexiones con el sol, abandona imperfectamente toda observación que sólo recibe su comprobación en la fe.

Tan pronto como nos pongamos fuera del principio de la ciencia y la fe, destruiremos la una y la otra; pero, al suplir con las mutuas deficiencias de unas y otras, estamos cerca de una exacta estimación acerca de lo que es justo.»

Leyendo estos sublimes párrafos del creador de *Fausto* se comprende una vez más cuán profundo es el aserto de Blavatsky de que, si asociásemos las ideas de Schopenhauer con la *Monadología*, de Leibnitz, hallaríamos las enseñanzas fundamentales de la Doctrina Secreta tradicional: la ley de la Edad de Oro y de todos sus *paraisos*.

Los positivistas doctos no tienen derecho alguno a negar estas cosas del mundo superliminal, cuando ellos mismos manejan cuerpos, ya casi invisibles o invisibles del todo, en la química de los gases, en la física de las ondas hertzianas y en la astronomía de las estrellas oscuras y dobles espectroscópicas. Las cosas *ya visibles* para la ciencia, continúan invisibles para el vulgo, quien sólo *por fe* las admite, aunque ellas sean demostrables por ciencia, como algún día lo serán o más bien hoy ya lo son y lo fueron siempre las verdades de la Magia. Cuerpos que no produzcan ruido y sean transparentes, es decir, de igual índice de refracción que el aire, o estén a distancia excesiva, o desfilen por la visión a velocidad de más de una décima de segundo, o exijan una retina de distinta tonalidad, es decir, una retina que permita, por enfermedad o de otro modo, apreciar vibraciones etéreas por cima o por bajo de la gama vibratoria que para nosotros es luz, o, en suma, cuerpos reales, pero para nosotros inexistentes por invisibles (1).

Para los Vedas, semejantes seres invisibles son catalogables al modo e los demás seres de nuestra Historia Natural, pues que el Panteón inostánico admite hasta 330 millones de especies en estos seres, cosa nada

---

(1) A estos problemas hemos consagrado diversos pasajes de nuestros libros *Hacia la Gnosis*, *En el Umbral del Misterio* y *Conferencias teosóficas en América del Sur*, y también en el tomo I de esta BIBLIOTECA, y a ellos nos remitimos.

de extrañar si se tiene en cuenta que, siendo cinco los *elementos* o estar físicos apreciables en la naturaleza, cabe, desde luego, hacer con ellos lo género de combinaciones *monarias, binarias, ternarias, cuaternarias, quinaras*, con tales cinco *elementos*, lo que nos dará varios centenares posibilidades para seres cuyos *cuerpos* estén formados, por ejemplo con tierra sólo, con tierra y agua, con tierra, agua y aire, con éstos y el fuego, en fin, como el hombre, con tierra, agua, aire, fuego y éter. Semejantes posibilidades se multiplican hasta un grado extraordinario, si dentro de cada clase de seres meramente terrestres, cual los gnomos, introduciéramos una clasificación más concreta de los elementos terrestres, tales como altura nevada, las alturas medias, las colinas, los llanos, los desiertos, los valles, las cavernas, las grandes profundidades del suelo, el núcleo mismo y probablemente metálico del planeta, etc., etc. (1). Otra clasificación más

(1) En la página 76, tomo II, de nuestras *Conferencias teosóficas en América del Sur* describimos, apoyados en recientes estudios de los arcos crepusculares, meteoritos, humos volcánicos, etc., las seis o más envolventes sucesivas de la atmósfera terrestre, o sean otras tantas atmósferas diferentes y sucesivas para la Tierra: la del oxígeno con nitrógeno, la de nitrógeno puro y gases nobles, la del helio, la del hidrógeno, la del coronio y la del nebulio; las últimas de las cuales se extienden allende la Luna, envolviendo al par conjuntamente de la Luna y de la Tierra cual la albúmina de un huevo de dos yemas. Dentro de la ley universal de que allí donde hay materia y fuerza forzosamente existen seres vivos, visibles o invisibles, he aquí otras tantas *moradas* para seres dotados de cuerpos gaseosos, etéreos o astrales, haciendo verdad hasta en nuestro planeta mismo aquella frase de Jesús, que dice: «hay muchas moradas en la Casa de mi Padre», moradas a veces de seres simplicísimos de un solo elemento, no de los cinco que el cuerpo del hombre integran, a tenor de la ley de que lo simple y unitario precede siempre evolutivamente a lo múltiple y complejo.

En cuanto a las *esferas inferiores* de la Tierra, hacemos nuestras las ideas de nuestro sabio paisano el Dr. Eduardo Hernández Pacheco, catedrático de Geología en la Universidad Central, cuando, en su conferencia sobre la *Constitución interna de la Tierra*, nos dice: «El globo terráqueo está formado, según las experiencias de la Sismología, por una serie de capas concéntricas en orden de menor a mayor densidad... No hay sino enumerarlas para comprenderlo: *atmósfera, hidroesfera* (aguas), *litoesfera o litósfera* (corteza terrestre), y más abajo la *piroesfera* (océano de fuego) y la *bariesfera* (núcleo sólido metálico); y después de hablarnos del aumento de un grado por cada 33 metros de profundidad—lo que supone ya a los 66 kilómetros los 2.000 grados de temperatura, en la que ya todas las rocas estarán fundidas—, nos añade respecto del núcleo sólido terrestre o *bariesfera*—la región del *nife*, o del hierro y níquel, como se la ha llamado; la danitesca región del Oro, del Osmio y del Platino que nos-

detallada aún separaría a estos mismos elementales terrestres, por decirlo así, en familias, cuál en las rocas, cuál en las arenas, cuál en los *detritus* orgánicos, cuál en tantas otras distintas partes de la superficie o de la masa terrestre.

Todo cuanto antecede, pues, lo decimos con el permiso y sin el permiso de los físicos positivistas que no tienen más regla de criterio científico que la observación y la experiencia... tuyas, despreciando en su inopia intelectual o, a veces, por mejor decir, *moral*, la observación y la experiencia de las demás gentes desde que el mundo es mundo, y creyendo en no pocas ocasiones con candidez de niños que un sentido del tacto que

---

otros dírlamos—lo que sigue: «Lord Kelvin ha deducido la existencia de semejante núcleo sólido en la tierra por sus cálculos relativos a la precesión equinoccial y a la nutación...; pero los datos más sugestivos se han logrado mediante los seismógrafos. Supongamos que un sismograma recoge un terremoto que se está produciendo en los antípodas de su observatorio. En este telesismograma el lejano terremoto se señala por tres fases claramente distintas en la cinta del aparato: una inicial, de débil amplitud y corto periodo que llega al aparato unos veinte minutos después de la sacudida principal; otra relativa a esta sacudida, que arriba trece minutos después que la primera y, en fin, otra de grandes ondas de larga duración que no llega sino hora y media más tarde... Según los experimentos de Werthelm, las vibraciones de un cuerpo sólido elástico—cual lo es en nuestra hipótesis aquel núcleo central—son de dos clases: unas, transversales, y otras longitudinales de doble velocidad que las primeras... Cosa análoga a la que acaece con el telesismograma recogido de los antípodas... Si, por el contrario, el terremoto se produce en lugar más cercano, las dos primeras vibraciones acusadas por los seismógrafos se transmiten a través de la cuerda que unen ambos puntos y disminuye en razón directa de la distancia. En cuanto a las vibraciones de la tercera fase, se advierte que su velocidad es constante, cualquiera que sea la distancia, y que, a diferencia de las otras dos, son sumamente irregulares, como corresponde a vibraciones que se transmiten por el arco, o sea por la corteza terrestre, a través de rocas de distinta conductibilidad, con roturas, fallas, dislocaciones y materiales diversos, contrastando en sus irregularidades con la gran regularidad de las otras ondas, transmitidas a través de su medio homogéneo y rígido, como hay que suponer a la barlesfera.»

¡Heos, pues, aquí ya con *un nuevo mundo*, una nueva *morada* para adecuados seres, tales como los gnomos, salamandras, etc., de Paracelso, ya que no con una *Ciudad del Dite* cual la del Infierno dantesco. Un estudio ulterior de la *Sismología* demostrará bien pronto que el núcleo no es uno, sino que es doble, al tenor de la tradición ocultista constante que nos habla del dios astro Plutón y de su esposa Proserpina, par doble conjugado, análogo al repetido de la Tierra con la Luna; pero esta vez bajo la envolvente común de la corteza terrestre y del mar de fuego de la proesfera.

con sus congéneres no va más allá de los límites de su cuerpo; un sentido del oído que *sólo oye en el aire* y a condición de que el cuerpo sonoro no se agite con vibraciones por bajo de 32 o por cima de 73 mil por segundo; o un sentido, en fin, de la vista, con o sin aparatos, cuyos límites de percepción oscilen entre las vibraciones etéreas de los 420 a los 700 billones de longitud de onda, van a ser la única fuente de percepción y de conocimiento, prescindiendo de aquellos otros hechos, algunos, por patológicos no menos reales, que nos hacen ver en este mundo invisible. Todo ello sin contar con las infinitas posibilidades evolutivas abiertas al futuro de los hombres y a las que antes han aludido los párrafos transcritos relativos al autor del Fausto.

La misma autora, a la que seguiremos siempre como el mejor de nuestros maestros, nos dice en otro lugar (1): «La nomenclatura aplicada al estudio de los seres invisibles o intangibles conocidos bajo el nombre genérico de *Espíritus*, no tiene fin, ni aun para la propia Iglesia Católica. La cronología de los muchos nombres simbólicos aplicada a estos habitantes buenos o malos de las esferas, constituye tema para un amplio estudio. Abrid la Historia de la Creación en cualquiera de los Puranas que os venga a mano, y hallaréis a estas criaturas divinas y semidivinas cual un producto variadísimo de las tres creaciones, *Prakrita*, *Vaikrita* y *Urdhwasrota*, o sean, primaria, secundaria y terciaria (2). Lo mismo sucede con las relaciones egipcias, caldeas, griegas, fenicias o cualesquiera otras. Los antiguos paganos, y en especial los neoplatónicos de Alejandría, distinguían perfectamente sus diferentes órdenes, pero ninguno bajo el punto de vista sectario de las Iglesias Cristianas y menos del infantil y peligroso Espiritismo.»

«Libro muy raro es, en verdad, el del viejo Conde de Cabalis, inmortalizado por el Abate de Villars... (3). No existe diferencia alguna entre los «Espíritus» de las sesiones espiritistas y las sílfides y ondinas de aquel satírico francés. Hay algo que suena de una manera siniestra en los joviales

(1) *Pensamientos acerca de los elementales*, por H. P. B.; Revista *Sophia*, de Madrid, págs. 191 a 213 (1893).

(2) Para el *Vishnu-Purana*, los *Urdhwasrota*, son los *dioses* así llamados, porque la sola vista de los alimentos ocupa para ellos el lugar de la comida, pues, como dicen los clásicos de estas materias, «hay una satisfacción suprema en la sola contemplación de la Ambrosia».

(3) *Sub-Mundanos* o sean *Los Elementarios de la Cábala*; es la *Historia de Espíritus* vuelta a imprimir del texto del Abate de Villars, *Physio-Astro-Mystic*, en donde se asegura que existen en la tierra numerosas criaturas racionales además del hombre. 1866, Bath, Robert H. Fryer.

sarcasmos de su autor, cual si presintiese la llegada del acelerado karma de su asesinato, que acaeció, como es sabido, en 1675, cinco años después de la publicación de su obra... Estos misterios de la Cábala son cosas demasiado peligrosas para ser tratadas en burla: *Verbum sat sapientia* (1).

«Los teosofistas creen en los espíritus tanto como los espiritistas, pero creen que son tan diferentes en sus variedades innúmeras como las tribus aladas del aire: hay entre ellos halcones sanguinarios y murciélagos vampiros... Semejante sátira de Cabalis está llena, pues, de hechos eminentemente ocultos y reales, infinitamente más reales de lo que se pueden buenamente figurar los escépticos y los espiritistas. Un solo hecho basta para nuestro aserto: La Magia blanca difiere muy poco de las prácticas de la funesta hechicería, excepción hecha de los resultados o *efectos*, consistiendo toda su disparidad esencial *en si es buena o es mala la intención*. Muchas de las reglas y condiciones preliminares para entrar en sociedades de Adeptos, tanto del *Sendero de la Derecha*, como del *Sendero Sinistro*, pues que entrambos son también idénticos en multitud de cosas. Por eso Cabalis dice al autor del libro que «los sabios jamás os admitirán en su sociedad si antes no renunciáis a toda relación carnal con las mujeres. Esta es condición *sine qua non* para los ocultistas prácticos, ya sean rosacruces europeos o yogis indos, pero lo es también para los *duppas* y *shadús* del Bután y de la India; para los *vudús* y *nargales* de la Nueva Orleans y de México, pero todos estos funestos sistemas tienen una terrible cláusula adicional, y es la de que ha de entablar el candidato, en sustitución de las mujeres, relaciones carnales con los *djins*, *elementales*, *daimones*, o llámeseles como se quiera, seres doblemente adecuados, o sean *Incubos* y *sicubos*, haciendo de hembra con el varón y de varón con la hembra.»

(1) —¿Pueden morir las almas?—se preguntaba Hermes.

—Sí—respondió la voz de Osiris—; muchas perecen en el descenso fatal. El alma es hija del cielo y su viaje a este bajo mundo es una prueba. Si en su amor desenfrenado por la materia pierde el recuerdo de su origen, la Brasa Divina que en ella arde y que hubiera podido llegar a ser más brillante que una estrella, vuelve a la región etérea, cual átomo sin vida, mientras que el alma se disgrega en el torbellino de los elementos groseros.

A esas palabras de Osiris, Hermes se estremeció. Porque una tempestad rugiente le envolvió en una nube negra. Las siete esferas desaparecieron bajo espesos vapores. Vió allí espectros humanos lanzando extraños gritos, llevados y desgarrados por fantasmás de monstruos y de animales, en medio de gemidos y de blasfemias sin nombre.

—Tal es—dijo Osiris—el destino de las almas irremediamente bajas y malvadas. Su tortura sólo termina con su destrucción.

«No pretendo con esto—sigue diciendo Cabalis a su discípulo—, enseñaros los principios de la antigua *Cdbala*, porque habéis de saber que los habitantes de los cuatro elementos (gnomos, ondinas, silfides y salamandras) viven largas edades, pero no son inmortales sus almas...; tienen ellas que disolverse al fin en la nada. Nuestros padres los filósofos—con núa el *sol-disant* rosacruz—, aquellos que «hablaban a Dios cara a cara se quejaron ante él respecto de la desgracia de semejantes gentes, y, el Señor, en su misericordia, les reveló que no era imposible en absoluto para ellos el encontrar un remedio para tamañ mal, pues así como el hombre al contraer alianza con Dios se habla hecho partcipe de su divinidad, la criaturas elementales aquellas, al contraer alianza con el hombre, podría hacerse también copartcipes de la inmortalidad que le está a éste prome tida. Así, pues, una ninfa o una silfide se hace inmortal y capaz de alcanza la dicha a que nosotros aspiramos, cuando tiene la fortuna de casarse con un sabio; un *gnomo* o un *silfo* cesa de ser tal desde el momento *en que se casa con una de nuestras hijas*. Después de haber soltado este *hermoso* ejemplo de hechicería práctica, el *sabto* termina su prédica de esta manera

«¡No, no! Nuestros sabios no han cometido nunca el error de atribuir la calda de los primeros ángeles a su amor por las *mujeres*, como tampoco creen que hayan puesto a los hombres bajo el poder del diablo... No hubo nada de criminal en todo esto: es que eran simplemente *silfos* que trataban de hacerse inmortales. Sus inocentes pretensiones, lejos de escandalizar a los *filósofos*, nos han parecido tan justas, que todos nosotros, de común acuerdo, estamos resueltos a renunciar por completo a las *mujeres*, para entregarnos a la inmortalización de *silfides* y *ninfas*».

«Y así, desgraciadamente—añade Blavatsky—, lo practican ciertos *mediums*, especialmente en América y Francia, gentes que se alaban de tener respectivamente por *maridos* o *esposas* a tales *espritus* (1). Conocemos personalmente a muchos de dichos *mediums*, hombres y mujeres, y *no serán los mediums de Holanda los que se atreverán a negar el hecho*, dado cierto suceso acaecido recientemente entre sus correligionarios, muchos de los cuales, a duras penas escaparon de la locura y de la muerte haciéndose teosofistas, y librándose, gracias a nuestros consejos, de sus funestos consortes de ambos sexos. ¿Se nos osará decir por los espiritistas que los fantasmas de *Madame de Sevigné* o de *Delfina* son los *espritus* reales de estas difuntas señoras, y que la última sentía «gran *afinidad* espiritual» por

(1) Por supuesto que esto no reza ni con mucho con los *mediums* verdaderamente honorables de los que habla Olcott en su *Historia*.

un *medium* canadiense, viejo, sucio e idiota, hasta el punto de hacerse «su feliz esposa», como él se alababa públicamente de decir, siendo el resultado de esta unión un rebaño de «hijos espirituales» engendrados con «este santo espíritu»? ¿Y quién, por otra parte, es el consorte nocturno de una señora *medium* de Nueva York, bien conocida?... Que el lector piense muy seriamente sobre todo esto y que lea después *El Conde de Gabalis*, especialmente el apéndice latino, para aquilatar la *supuesta chanza* de la obra en cuestión... (1). Considerando, pues, el testimonio de toda la antigüedad respecto de estos asuntos acerca de la naturaleza extremadamente variada y a menudo peligrosa de todos estos *genios, daimones, dioses, lares y elementarios*, todos confundidos ahora en un haz bajo el nombre de «espíritus», no podemos menos de reconocer en todo esto algo que soporta victoriosamente la prueba de la *experiencia universal*. Los teosofistas dan tan sólo el producto de una experiencia que procede de la más remota antigüedad. Los espiritistas sostienen sus propias opiniones nacidas hace cuarenta años y basadas en su entusiasmo perenne y en su emocionalismo, pero que se pregunte a cualquier testigo imparcial y de buena fe que presencie hechos como los de los «espíritus» en América y que no sea ni teosofista ni espiritista, cuál puede ser la diferencia entre la novia vampira de que se dice que Apolonio de Tiana libró a un joven amigo suyo, a quien el súcubo nocturno estaba matando lentamente, y las esposas y esposos espíritus de los mediums. «Ninguna, seguramente», será la unánime respuesta. Aquellos que, en efecto, no se estremezcan ante la horrenda resurrección de la demonología y hechicería de la Edad Media, pueden darse cuenta del por qué entre los numerosos enemigos de la Teosofía, que desgarró el velo de los misterios del «Mundo de los Espíritus», y quita la más-

---

(1) *Sub-Mundane, o The Elementaries of the Cabala*, con un apéndice ilustrado de la obra *Demontality o Incubi and Succubi*, por el reverendo P. Sinistrari de Amando. La contestación dada (página 133) por un supuesto diablo a San Antonio respecto de la corporeidad de los *Incubos* y *súcubos*, sería quizá oportuna aquí. Hablando preguntado el bendito San Antonio quién era él, el enanito del bosque contestó: «Soy un mortal de los habitantes del Desierto, a quienes los gentiles adoran bajo los nombres de faunos, sátiros e Incubos—o «Espíritus de los muertos», pudo añadir—. Esta es una narración de San Jerónimo, quien creía del todo en ella. Nosotros lo creemos también así, aunque con algunas variantes—termina diciendo Blavatsky.

Agradecemos al lector que medítase un tanto acerca de las novelescas aventuras de la *xana* y la falsa teoría de las *almas gemelas* a que se refieren las páginas 330-343 y 355-362 de *El tesoro de los lagos de Somiedo*, t. I de esta BIBLIOTECA.

cara a los *espíritus* disfrazados con nombres eminentes, ningunos son tan mordaces e implacables con ella como los espiritistas... *Monstrum horrendum informe cui lumem ademptum*, es el epíteto más a propósito que puede aplicarse a la mayoría de las *Lillis* y *Joés* del mundo de los espíritus. No queremos con esto sostener, en modo alguno, que no existan otros espíritus que los de los elementales, elementarios, dioses y genios de los reinos invisibles, o que no hay ningún espíritu santo y elevado que se comuniquen con los mortales, pues esto no es así. Lo que los ocultistas y cabalistas han dicho siempre es que los Espíritus elevados o santos no visitan ninguna *promiscua* sesión espiritista, ni *se casan* con hombres ni con mujeres...

«Tales espíritus buenos, son los llamados *devas* —termina Blavatsky—, seres cuya variedad es inmensa, a pesar de lo cual están perfectamente clasificados en algunos tratados ocultos. Hay *devas* superiores e inferiores al hombre, y aún a los animales... Las facultades de los más altos devas están más desarrolladas que las del hombre ordinario; pero aún así y todo este desarrollo tiene límites prescriptos, lo que no sucede con el espíritu humano. Este hecho ha sido bien simbolizado en el Mahabharata por la victoria que por sí solo obtuvo Arjuna, bajo el nombre de *Nara* (el hombre), sobre toda la hueste de *devas* y *deva-yonis* (elementales inferiores). También encontramos otra referencia en San Pablo, cuando claramente dice a sus discípulos: «¿Pues qué, ignoráis que nosotros algún día juzgaremos a los ángeles?» (I. Corintios, VI, 3.)

Para los chinos, en efecto, las dos primeras o más elevadas clases de espíritus son los *Thien* (*Thian* o *Dzyan*), seres absolutamente celestes, y los *Thi*, *Thu* o intermediarios. En los desfiladeros de *Kuen-lun*, la región central de la Tierra (1) o *Montes lunares*, la tradición ha colocado todo un mundo extraño y misterioso gobernado por los *Siwang*, *Ko-han* o *Lo-hanes* (2). Los *Thi*, visten ropaje amarillo en perfecto mimetismo o adaptación a su medio ambiente, pues que habitan en interminables *criptas* o subterráneos. Se alimentan de sésamo (néctar, ambrosía) (3), de coriandro

(1) Quiere aludirse con esta frase a algo de lo que en diferentes ocasiones hemos dicho respecto de la zona montañosa que rodea a la Meseta de Pamir, como centro de irradiación de toda la orografía terrestre. (Véase sobre ello *Hacia la Gnosis*, página 229, y *Conferencias teosóficas*, tomo II, página 276.)

(2) Estas gentes son los *Swanes*, *Ko-hanes* o *Salvadores* que ya veremos detalladamente al estudiar en el mito wagneriano los precedentes simbólicos de *El Caballero del Cisne* (Lohengrin) en el tomo III de esta BIBLIOTECA, consagrado a *El Drama Ilrico de Wagner y los Misterios de la Antigüedad*.

(3) Diferentes pasajes de las obras de Blavatsky aluden a estos seres ex-

(*cauri-andro*), y otras flores y frutos del árbol de la vida (1); estudian la alquimia, la botánica médica y la piedra filosofal, a la manera del imponente Mejnur en el Zanoní de Bulver-Litton. Al propio tiempo, practican las más austeras virtudes de los gimnosofistas (de *jina* y *sophia* o sabiduría de los *jinás*). Casi todos ellos han vivido antes en el mundo de los mortales, y en él han desempeñado múltiples papeles de grandes filósofos y abnegados bienhechores de la Humanidad desvalida. En las páginas que subsiguientemente trataremos de ellos más al pormenor.

Una tercera clase de espíritus es la de los *Shen* o *Shaim*, seres nacidos aquí abajo en el mundo sublunar, ora para practicar abnegados y renunciadores el bien para sus hermanos menores, los hombres, ora para la más completa expiación de las culpas que aún manchan su karma ancestral. Son ellos, a bien decir, una especie de Proteo griego, capaz de adoptar instantáneamente, y a voluntad, toda clase de formas y magnitudes, al modo de Alberico, el Nibelungo wagneriano, cuando se ponía el *yelmo encantado* para tiranizar a todos sus hermanos, los antes felices nibelungos.

La cuarta clase de espíritus para los chinos es la de los *Maha-shan*, o séanse gigantes hechiceros y maléficos; gentes que practican la mala magia en toda su terrible potencia, y que cien veces son nombrados con execración en todos los libros religiosos de los diferentes países, representando así las *Fuerzas negras* o elementos de inercia y de *calda* que, frente a las Fuerzas del Bien, mantienen el equilibrio en todo cuanto nos rodea.

De una de estas dos clases de espíritus parecen ser los célebres *Marut* (o *tiram* leído al modo bustréfodo), gentes las más incomprensibles de todos los dioses secundarios del *Rig-Veda*, según la expresiva frase de nuestra Maestra. Estas legiones parecen alcanzar 343 familias unas veces, y otras a 2.401 (números que, al ser la tercera y cuarta potencia de *siete*, lo mismo podrían ser elevados a 823.543 familias elevando el siete a potencias

---

ceisos, verdaderos protectores de la pobre Humanidad, y en especial los pasajes que llevamos transcritos de *Por las Cuevas y Selvas del Indostán*, y otros que también reproduciremos.

(1) Estos son los frutos del *Arbol de la Leche* de los códices Mayas (*la leche de la Vaca religiosa*, que, según cita de César Cantú, vivimos alimentarse durante años a Gautama, Buddha, y a sus discípulos los sadhús o *sadiiceos*). En tales códices del Anahuac, aparece por eso dicho árbol rodeado de *niños inocentes* o *discipulos* de los Adeptos, aquellos que en el simbolismo cristiano fueran degollados por orden de Herodes. (Véase sobre ello el Códice Troano y otros mexicanos existentes en nuestro Museo Arqueológico Nacional, y la obra de Alfredo Chavero *México a través de los siglos*.)

ulteriores). Son todos ellos los hijos de *Rudra* y de su esposa *Diti* o *Dile* (1). Ésta, amargada en su amor de madre, deseó tener un hijo que aniquilase grosero y temible dios inferior, *Indra*. El sabio *Kaçiapa* la profetizó que para ello necesitaba llevar en su seno cien años al hijo que acababa de concebir y que durante todo ese tiempo, en que albergase así al Gran Redentor no podría ejercitarse sino en las más puras y santas obras en favor de los infelices mortales (2). *Diti* cumplió heroica con su deber, pero el malvado *Indra* (el Tiphon egipcio) hizo fracasar con sus malas artes mágicas tamaño intento de salvación, pues que, con su tonante rayo, dividió en siete fragmentos el embrión que *Diti* albergaba en su seno, y, después, cada uno de estos fragmentos, a su vez, en otros siete, hasta hacer un picadillo semejante al que la leyenda española cuenta que quedase reducido el Marqués de Villena en su redoma encantada... Así los Puranas pueden asegurar luego que los *Maruts*, de este modo nacidos, ascendan a un número infinito de seres, todos ellos iguales a su padre en virtudes y poder, y aunque los brahmanes hayan tenido para ellos, para estos verdaderos Poderes del Aire de la Tierra, los más hermosos himnos, conviene no olvidar que, tanto en la primitiva *Religión Solar* que los brahmanes lunares destruyeron, como en los Misterios de la Hebdómada (la letra Delta o Δ, el Triángulo Místico) se ha enseñado que tales *Maruts* representan, entre otras cosas, las pasiones desencadenadas en el pecho de cada candidato cuando se predispone para la vida ascética, según se ve en todas las historias de los santos. Por eso vemos al propio Moisés y a tantos otros luchar a brazo partido contra un ángel, antes de emprender, ya como Maestro, el camino de la liberación de su pueblo... En otro orden de consideraciones, los *Maruts* son también las potencias ocultas de *Akasha inferior* (el éter de los físicos) cuyos cuerpos constituyen las capas más bajas de cada planeta habitado.

La creencia en los *Ruts* o *Ma-Ruts* árabes es universal en el Islam según nos enseña Don Viriato Díaz-Pérez en su interesantísimo trabajo sobre *Misticismo Musulmán* (*Sophia*, 1901), cosa nada extraña, si se tiene en cuenta que la Arabia primitiva tanto pudo considerarse parte de los *eltopes orientales* o indios, como de los *occidentales* o egipcios. «Ello

(1) La *Dile* de las célebres cavernas por donde anduviese el sabio encantador Merlín, y cuya ciudad u octava esfera donde ya no hay redención, visítase Dante en su *Divina Comedia*.

(2) Vuelve así a aparecer la simbólica Mujer (Isis o María) que en *El Apocalipsis* está de parto y es seguida por el Monstruo hasta la orilla del mar dispuesto éste a devorar la prole de la diosa.

son, a manera de legión de santos que pueden tomar a su cargo, según Rinn, una parte de los pecados de la Humanidad.» (Aquí viene ya una confusión total de conceptos, una *inversión* entre el *Marut* indo y el *Rut* musulmán.) Las leyendas talmúdicas hablan asimismo de los *harut* o *marut* como de «seres celestes suspendidos en Babilonia (Caldea) entre el cielo y la tierra, para enseñar a los hombres, al tenor de la sura II, 96 del Corán, la Magia o *grap* ciencia que descendiera de lo alto a la mente de *Harut* y *Marut*, los dos excelsos ángeles de Babel. Ellos, sin embargo, jamás se avienen a instruir candidato a la Iniciación sin antes decirle: «¡guárdate; nosotros somos la tentación que puede convertirte en un infiel», por eso los hombres aprendían de los *haruts* y *maruts* el modo de sembrar la desunión entre marido y mujer, aniquilando los hogares (a la manera de aquellos *comercios nefandos* que ya indicamos al hablar del *Conde de Gabalis*). Los ángeles, añaden los comentaristas, no hacían mal con ello, pues que tal era su triste *dharma*; no así los hombres, pues que así aprendían, desgraciadamente, todo aquello que les es dañoso».

Los poderes llamados psíquicos, que son triste patrimonio de tantos sujetos neuróticos, no son sino influencias sugestivas de tales gentes de lo astral. Muchas de las aventuras y viajes en la primera época de la vida de la propia Blavatsky se explican así. Como dice uno de sus biógrafos, Helena Petrowna se reveló desde su infancia como una mujer de extraordinario poder magnético. Durante su sueño y sus estados de crisis se desdoblaba plenamente y, sumergida en catalepsia, pronunciaba oráculos inesperados y prodigiosos, porque la inteligencia que así manifestaba revelaba los más sorprendentes conocimientos... Tal la acaecía ya en la infancia, cuando se entretenia con los *dobles* astrales de los animales embalsamados existentes en el museo de su castillo, o con los gnomos, ondinas y demás habitantes del vecino bosque, con gran terror de sus ayoas, niñeras y demás supersticiosa servidumbre rusa. Otras veces, los muebles crujían y daban extraños chasquidos y se verificaban cien otros fenómenos de los que hoy llamaríamos espiritismo espontáneo. La extraordinaria sensibilidad de este sér enigmático, a quien—según el coronel Olcott que la trató tantos años—se diera por muerta, bajo su disfraz de garibaldino, en la batalla de Mentana, fué su tortura constante a través del mundo, rodeándola de incomprensibles actividades, sumergiéndola en una vida doble y alucinante. Desde que penetraba en una casa deshabitada, el ambiente astral de la casa se animaba; silenciosos e indiferentes fantasmas pasaban a lo largo de los corredores vacíos, yendo a desempeñar las que en vida fuesen sus habituales ocupaciones. Blavatsky los describía con

toda puntualidad, los contaba y seguía con la mirada. Luego, si alguno se informaba acerca de la realidad de tales videncias retrospectivas, las encontraba adecuadas a la historia del lugar en cuestión y a la de cuantos allí vivieran y murieran (1).

Con el tiempo se produjo en el carácter y facultades psíquicas de Blavatsky la transformación más profunda, y entonces reveló en sus juicios una generosidad imperativa y dulce de que hasta entonces careciese. Semejante cambio en todo su sér intelectual y moral parece haber tenido por origen la desaparición completa de la atmósfera fantasmática en la que hasta entonces había vivido. Sometida, a causa de su constitución, a la esclavitud de aquellas influencias sonambúlicas, se encontró repentinamente libertada de éstas, mientras que nacía al par en ella ese poder extraño que tan completamente debió desenvolver en seguida y por el cual, según su gráfica expresión, pudo «mandar a los fantasmas». Parece ser que esta terrible crisis curativa, acaeció, a lo que se cree, en Tiflis, crisis que ha permanecido misteriosa. La potencia de sus facultades psicológicas aumentó hasta tal punto desde aquel entonces, que llegó a ser insensiblemente y en cierta manera dueña del pensamiento de los demás. Tal transformación se operó tras una larga enfermedad en aquella capital asiática, y de ella sólo tenemos noticias por algunas líneas escritas a sus hermanas, en las cuales habla de pasada acerca del completo cambio que en ella se había producido. «Desde ahora—escribe en 1866—ya no estaré sujeta jamás a las influencias exteriores; el último vestigio de mi debilidad

---

(1) *Theda de Mommerot* publicó en la *Revue*, antigua *Revue des Revues* francesa, un interesantísimo artículo sobre H. P. Blavatsky, bajo el título de *Una Maga Moderna*. El hecho de no pertenecer la autora a la Sociedad Teosófica avalora sus juicios, juicios hechos sin idea preconcebida y con el solo propósito de llegar a explicarse el enigma de tal existencia. Como en la obra de Sinnet, *Incidentes de la vida de Mad. Blavatsky*, y en la de Olcott, *Historia Auténtica de la Sociedad Teosófica*, nos da detalles verdaderamente maravillosos acerca de la infancia de aquella incomprensible mujer, tales como el incendio que se produjo en las vestiduras del sacerdote cuando la bautizaba; su nacimiento en la noche del 30 al 31 de Julio de 1831, pues todos los que nacen en esa noche son considerados por la superstición del país como *Sedmitchku*, expresión vaga y misteriosa que viene a significar «en relación con el secreto del siete»; sus juegos con ondinas, *rwsalkas*, *damovoys*, con los que se entregaba a coloquios interminables, espanto de sus custodios, y, en fin, sus *reviviscencias* fantasmáticas de los animales disecados en el museo de su castillo natal, feudo de los Hahn, regía familia paterna suya cuyos antepasados tanto se distinguieron en las Cruzadas.

psico-física ha desaparecido para no volver más. Estoy, pues, lavada, purificada y desprendida de esas temibles afinidades eléricas y de esa funesta atracción de los fantasmas errantes hacia mí. Soy libre, completamente libre, gracias sean dadas a *Aquellos* (los Maestros de Compasión, Custodios o Guías de todas las religiones), a quienes hoy bendigo y bendeciré siempre en cada momento de mi existencia.»

Desde tal época—añade Mad. Pissareff en un artículo sobre Blavatsky publicado en la *Revista Teosófica de la Habana*—, su personalidad resultó tan por encima del nivel usual, que resultaba completamente extraña para la inmensa mayoría de las personas que la conocieron. «Ella se elevó a las alturas donde sólo los que son águilas entre los hombres pueden remontarse, y aquellos que no se pudieron elevar con ella sólo vieron la huella de sus pisadas.» Aun su más íntimo confidente, el coronel Olcott, confiesa en su Diario que, a pesar de sus muchos años de trato con ella, jamás pudo contestarse satisfactoriamente a sí mismo a esta pregunta: «¿Quién es H. P. Blavatsky?» Tan difícil era dar una definición corriente de su compleja naturaleza, aunque todos convienen en el hecho de que poseía un extraordinario poder espiritual, que subyugaba a cuantos la rodeaban; una increíble capacidad para realizar trabajos intensos; una paciencia sobrehumana para llevar a cabo su ideal y el cumplimiento de la voluntad del Maestro y una sinceridad sin límites que la perjudicara, las más de las veces, en toda la expresión de su alma ardiente que jamás retrocedió ante el qué dirán, ni las rutinas sociales, siendo sus experiencias en la India y el Tíbet, cual bellísimos cuentos de hadas.

Los *haruts, maruts* de que nos hablan, no sólo Blavatsky, sino cien otros ocultistas, pasaron, desde sus víclimas, a quienes hiciesen más de una vez famosas, o más bien desde sus dominadores, a los blasones de sus escudos. El tratadista de Heráldica Pallot ha hecho un estudio curioso acerca de las figuras quiméricas de los blasones. Él nos habla, entre otros simbolismos heráldicos, del célebre *Centauro de Arot (Tora)*, en Bretaña; la *Sirena de la Sesquière*, en Tolosa; las *Harpias* de los *Lamis* o *Lamlas*, de Tolosa, vírgenes con patas de cuadrúpedo, alas de ave y dulcísima voz; el *licornio* o *unicornio* de los Chabanes, con cuerpo de caballo y un cuerno en la frente, «mortal enemigo el tal espectro de toda cosa impura»; el *pellicano*, de Coligny; el *Fénix*, de los Savalettes; la *salamandra*, de Francisco I, que al «caballero sin tacha» le inundaba constancia en sus adversidades; el *basilisco*, del emblema de Flandes; el *dragón alado*, de los O'Neylan; el *grifo*, de los Esterhazy; el *anfibesnio* o *anfiterio*, de Brescia y Normandía, «serpiente con alas, garra de águila y una tercera cabeza en

la cola»; todos ellos y mil otros monstruos, hermanos simbólicos de nuestra consabida *vaca de cinco patas* (1), seres todos que, lejos de ser creación de nuestra fantasía, son criaturas de lo astral y lo etéreo con proteicas transformaciones a cual más extrañas dentro de nuestra atolondrada tejepeza, las primeras veces que visitamos esos pobladísimos mundos subterrestres, donde, a la manera de aquellos monstruos cuaternarios que e soñara Julio Verne en el lago subterráneo pintado en su *Viaje al centro de la Tierra*, perduran aún los espectros de las formas monstruosas, vacilantes e inseguras de las primeras *Creaciones* o *Rondas* sobre el Planetario, luego recordadas en sus bajo relieves por los propios hierofantes egipcios a manera de otros tantos simbolismos heráldicos, bien lejos de sospechar que «llegaría un día, según la sabia sentencia de Hermes Trimegisto, e que pueblos infantiles con pretensiones de cultísimos culpasen a los admirables hierofantes, árbitros del saber, de haber adorado, como cantara e antipático salúrico Juvenal, no sólo a los animales, sino «hasta los puerros y las cebollas».

¿Quién, sin los conocimientos necesarios, se atrevería a introducir algún orden en la clasificación de estas *gentes* de lo invisible, si, como se ha dicho, los libros védicos nos hablan de trescientos y pico de millones de especies para estos seres: unos buenos, otros indiferentes y otros perversos? Además, ¿qué pensaría de ella nuestro escepticismo contemporáneo? Preferimos, pues, consagrar unos párrafos más a los elementales de la Naturaleza en general, y después, unos capítulos especiales a los *jinns* y sus tesoros y a los excelsos seres superhumanos que, como ellos, viven también en lugares para nosotros inaccesibles, aunque otras veces desciendan a tratar con los mortales, cual el Conde de Saint-Clermain.

Al principio de este libro vimos un sencillo relato de Olcott en el que,

(1) ¡Cuán grande es nuestra ignorancia actual acerca del verdadero sentido ocultista que entraña la Heráldica del medioeval Día llegará en que se den a luz los tesoros encerrados en ella.

Mientras tanto, repitamos con los orientales:

—*Tamas*: ignorancia! —no sin advertir de pasada que esta misma palabra de *Tamas* es la que en el bajo Aragón suele emplearse a guisa de interjección, relacionándola con la célebre vaca mitológica de Morala de Tajuña y de su ternerrillo, vaca que no sabemos si es de cuatro patas o de cinco, pero sí que es una más que sumar al inacabable catálogo de los *dos dos* legendarios orientales de nuestra Península, pues en el país de la típica fiesta ocultista taurina todos somos más o menos *orobios* o montaraces (de ὄρος y βίωσις, *el que vive en los montes*), y tenemos en las venas no poca *tams* o ignorancia infiltrada por aquellas religiones enemigas de la *Vaca*.

al modo del famoso cuento de Aladino, se nos hablaba muy seriamente de que cierto habitante de Bombay había tenido a su servicio nada menos que siete *djins* o *jinas*, elementales complacientes y serviciales que fueran sometidos o esclavizados por su buen padre, quien le legó el dominio sobre ellos a cambio de que llevase una vida honesta.

También en otro relato del mismo Olcott se nos habla de aquel maestro de escuela que fué llevado por uno de sus discípulos al extraño mundo de los *djins* o *jinas*, a condición de que guardase secreto, y en pleno campo, levantando una piedra, se halló de manos a boca con todo un mundo subterráneo habitado por gentes muy parecidas al hombre, pero más pequeñas y dotadas, cual la célebre tribu de los *orejones* en Norteamérica, de muy deformes orejas. Dichas gentes vivían completamente a la usanza de los seres humanos con casas que formaban pueblos, templos con campanas, que acaso copiasen para los suyos los primitivos etruscos de la Campania italiana, y en fin, todas las demás cosas que son propias de los vulgares vivires de los hombres (1).

---

(1) Entre las infinitas alusiones de *Las Mil y Una Noches* a la raza de los *jinas*, tenemos el interesantísimo cuento titulado *Sind-bad, el marino*.

Las conocidas aventuras de este personaje son una abigarrada mezcla de leyendas, más que una sola en la que nos limitaremos a señalar lo curioso del nombre: *Sind-bad*, o el Señor *Dsin*, *Djin* o *Jain*, nombre perfectamente adecuado a la índole de los tesoros y maravillas con que tropezara este nuevo Ulises en sus odiseas, según relata el pobre cargador *Hind-bad*—otro nombre simbólico—, como si el infeliz cargador, émulo del Domiclo de La Oreja del Diablo y de aquel otro que penetró en el palacio *astral* del cuento de Los tres calendos y las cinco damas de Bagdad, personificase a los desheredados mentales de este mundo que miran con envidia la felicidad de los genios poderosos sin darse cuenta de que, colocados por su miseria moral y física en semejante plano inferior, en lugar de sentir una envidia y rabia impotentes contra el que está por cima, deben esforzarse por imitarlos. Esta doctrina predicada por *Sind-bad* a *Hind-bad*, y que bastaría en nuestro tiempo quizá para resolver la llamada *cuestión social* mejor que tantas necias panaceas como *científicamente* se nos sirven, está simbolizada en el lenguaje oriental, tan maravilloso e incomprendido, por el cambio y endurecimiento de una sola letra, y para que ello no se atribuya a mera coincidencia, podríamos citar también las palabras sánscritas de *Dharma*, ley suave, persuasiva y libre que nos estimula por la idea del Deber hacia el Bien por el Bien mismo, y la palabra *Karma*, que, con sólo cambiar una letra, ya nos muestra a aquella misma ley de Justicia y Retribución, como algo severo, indeclinable, inflexible, especie de Talión semita, o Némesis grecorromana, que obliga, con la terrible fatalidad de las leyes naturales, a cumplir por fuerza aquello mismo que antes por libre Voluntad o *dharma* nos negamos a cumplir. El *Dharma* de las verdades sepultadas con la

Por otra parte Blavatsky, en cien pasajes de sus sabias obras, nos ha hablado de que coexisten en la Tierra, sin que nosotros nos demos de ello cuenta, hasta siete evoluciones humanas diferentes, separadas quizá de la nuestra, por decirlo así, mediante una simple *hoja de papel*; el *velo de la cuarta dimensión* que, descorrido, nos haría ver en los mundos de lo astral y de lo etérico, cuando no se trate, como efectivamente parece más proba-

Atlántida es hoy el triste Karma de todos los pueblos, idea que recuerda a la admirable de Max-Müller cuando sueña en un hermoso día de Verdad para el mañana, «cuando los pecados o *Karma* de Israel sean perdonados en gracias al polvo de las Iglesias cristianas, que son *Karma de Karma*, de aquella gloriosa época sepultada y que nuestra Prehistoria desconoce aún.»

De las aventuras mismas de Sind-bad, poco hay que decir. En su primer viaje nos da la leyenda de los caballos marinos del rey Mlhrage, de Deglal; en el segundo, la del ave-roc que le transporta al inaccesible país de los diamantes, para cuya extracción los comerciantes han discurrido la estratagema de arrojar carne fresca en la que aquéllos se incrustan por sus aristas ni más ni menos que, gracias a la carne de nuestros cuerpos en la vida física, podemos extraer del mundo del Misterio los diamantes de nuestro Espíritu, merced al ave-roc de nuestro corazón y nuestra mente volando a las alturas. El tercer viaje es sencillamente el pasaje de Ulises y del ciclope Polifemo, que aparece en dos o tres sitios más de *Las Mil y Una Noches*. En el cuarto, Sind-bad es enterrado en vida: viviendo largo tiempo *en la ciudad de los muertos*, hasta que se salva por una galería guiado por un monstruo marino que muy bien pudo ser el Pez-Oanes o Dagón de las leyendas caldeas y también nuestro pez de las leyendas vanderlinas. En el quinto viaje, cae bajo el poder del Viejo del Mar—el Levatán apocalíptico—que cabalga sobre sus hombros, símbolo de la locura o posesión elemental que con tanta frecuencia sigue a los excesos de la mente desprovista de la intuición, o *Magia*. El astuto consigue embriagarle al fin, con el vino, es decir, con el sagrado *Soma* de la Iniciación, y darle muerte, como Sigfredo, Hércules, Krishna, etc., a sus monstruos respectivos. En el sexto viaje llega a la Isla Serendíba contra todas las pretendidas *leyes naturales*, es decir, penetrando en débil balsa a lo largo de inmensas galerías, llevado por unos extraños ríos que corren al revés de los demás, desde el mar hacia las montañas—alusión a las nubes y a los misterios de la atmósfera, con las que efectivamente corren las aguas del mar a las montañas en forma de vapor—. En la Isla halla al rey de las Indias, quien le recibe complacido, y le comisiona con un mensaje para su califa Harund-al-Raschid. En el séptimo viaje Sind-bad lleva el mensaje contestación de este califa al rey de la India, símbolos ambos mensajes de la comunicación continua y recíproca o Escala de Jacob entre la Tierra y el Cielo.

Por sólo lo apuntado colegirá el lector ocultista que tras las aventuras de Sind-bad, se esconde todo el simbolismo de la Iniciación y que la leyenda árabe que poseemos no es sino un mal extracto de otro libro mucho más extenso y expresivo, hasta hoy, para nosotros, perdido.

ble, de seres tangibles y físicos, seres separados del mundo nuestro poco más que el asceta de la Tebaida pudiera estarlo del romano libertino.

Uno de los más disculidos teósofos contemporáneos, C. W. Leadbeater, en su obra *El Plano Astral*, alude asimismo, aunque de pasada, a la existencia de dos evoluciones parecidas a la humana, hoy separadas en absoluto de nosotros, pero cuyo contacto con la Humanidad ha tenido lugar dos veces por lo menos, con graves daños en el terreno de lo oculto.

Y si, dejando a un lado los autores teosóficos, nos paseamos por el campo de la Historia, veremos que graves autores como César Cantú y tan poco afines como el que más a las cosas de la Teosofía, nos relatan episodios extraños, inexplicables con las luces ordinarias, y perfectamente explicables no obstante admitiendo la existencia de nuestros vecinos los *jinas*. Para aclarar, pues, un tanto este complicado asunto, empecemos por hojear la Historia en punto a estos *jinas* de carne y hueso, y ver después lo que sobre ellos dicen la tradición y los más afamados ocultistas.

Los *jinas* han jugado gran papel en la historia del *Farsistán*, montuoso país del Irán, núcleo y alma de la antigua Persia, entre la India, la Mesopotamia, el Cáucaso y el Turán o Tartaria. Si poseyésemos veraces y completas traducciones de los *Nascas* o *Nu-ascas* de Zoroastro, esos libros sublimes, hermanos gemelos de Eddas y Vedas, con todo el viejo saber de los atlantes y *ascos* o *vascos*, y si no hubiesen andado en ello las implías manos de Beroso y Eusebio, falsificadores de todo cuanto a parsis y caldeos se refiere, sabríamos de los *jinas* mucho más de lo que puede creerse (1). Han quedado, sin embargo, en ésta y otras varias literaturas lo suficiente para que de ellos podamos formarnos una idea sucinta.

(1) *Los Nascas*, cuyo nombre acaso viene de *Nisa* o *Nischa* (el bralimán Dionisios) son los Vedas parsis. De la Bactriana montuosa y de la Media occidental procede el libro *Dabistán*, que trata de doce religiones diferentes y que fué compilado en el siglo XVII por otros tantos pelvia, entre los cuales se encuentra el *Dalsa-tir*, que nos habla de las cuatro primitivas *dinastías* o edades del remoto Irán. Una de ellas, la de los *Yanianos* o *Jainos* (los puros) duró todo un *aspar* (*parsa* o ciclo), es decir, mil millares de años, detalle concordante con todas las altas cronologías de Oriente que asignan a la Edad de Oro o de la Pureza un millón y setecientos veintiocho mil años, cuarta parte de los cuatrocientos treinta y dos millones de años del Maha-yuga. El único superviviente de esta divina edad lo fué *Maha-bali* (el gran Bala o Manú Celeste, conductor de *jinas* y hombres; la masculina *Vala* o *Urwala* de los poemas nórdicos, a quien fuerza Wotan, el bárbaro y pasional dios de la lucha, para arrancarla los secretos de los ciclos y del mundo). Este *Maha-bali* tiene todas las características de *Ganesa* o *Jainas*, el dios parsí de la Sabiduría Oculta. Por

El poeta-historiador Dakili y su sucesor el sabio Abul-Kasem-Mansi Ferdusi, en su poema histórico *Shah-nameh* o Libro de los Reyes, habla del gran *Mahaball*, fundador de la primitiva civilización persa, con el jefe de los *sha-manes* u hombres divinos, cuya autoridad estaba por encima de *Jinas* y de *hombres*, pues todo *shamano* o *adepto* manda por igual sobre todas las gentes de la tierra, como veremos acaece también entre chinos y japoneses, hermanos gemelos de los parsis primitivos. Triste de esta dinastía verdaderamente solar, vino, igual que en la India y en el resto del mundo, la dinastía lunar de los *la-sánidas* o *Sasánidas*, es decir de los adoradores de Isis o IO. La anarquía acabó muchos siglos más tarde con aquella civilización. Después de una larga época en la que, huyendo del hombre del hombre, todos cayeron en el más triste salvajismo, y habitaron, cual las fieras, los bosques y los desiertos en ese estado infeliz que ahora los empieza a sorprender nuestra ciencia de la prehistoria, la Divinidad envió *Kaju-ma-rot*, fundador de la dinastía de los *Pisdadlano* quien, con los hombres dispersos que reunió, se estableció en Balk, y ahí habitó durante mil años. Todos los seres vivientes, incluso *Jinas* y *hombres* acudían dos veces al día a tributarle homenaje, y antes de morir dejó escritos tratados maravillosos como el de *La Eterna Razón* y otros que se han perdido, siendo, sin embargo, algunos pobres fragmentos dislocados y mal traducidos del árabe la admiración de los doctos más o menos sin cereos (1). Ya no existían, pues, aquellas primitivas dinastías que, entre otras maravillas de las que no quedan ni memoria, alzaron la Ciudad-Tempel de Ecbatana con sus siete murallas de mármol de los siete colores del iris en misterioso simbolismo histórico-astronómico, simbolismo que, si acañzásemos a descifrarle bien, nos daría la clave de muchos seres y cosas que hoy creemos ensueños y quimeras en nuestra infantil ignorancia cri-

---

eso, todas las religiones vulgares han llamado a los parsis «los puritanos del gentilismo»; y de *Ganesa*, leida en bustréfodo, se ha formado *Saga* o *Sagan*, nombre de las profetisas nórdicas que derivaban de la primitiva *Ur-Wala*, de *Wal*-halla toda la luz de sus inspiraciones. Las invocaciones sagradas de *Iasna* gozaron por ello de tanta autoridad como el mejor de los *mantras* védicos. La *Saga* o Sibila más antigua fué la sibila pérsica *Sam-beth*; las siguientes fueron en Occidente la Déléfica, Cumeana, Erytrea, Sammana, Pennana, Hesponlina, Tiburlina y Bagoa.

(1) Tales como Silvestre Sacy, Boré, Michaelis, Malcom, Brissonio, Van Kennedy, Hammer, Dorow, Winckelmann, Schlötzer y otros, cuya abundante bibliografía puede verse en las notas a la Época II (Tiempos Antiguos de Persia) de la *Historia Universal*, por César Cantú.

tina. En su lugar, aquellos pueblos nacientes empezaron a asociarse, y tras *Kajurot*, que parece recordar a *Arjuna* en el *Patala*, vino su hijo *Ushenk* enseñando la agricultura, luego las artes metalúrgicas, y su nieto *Tamurash* la caza de cetrería, la música, la equitación y el lazo corredizo, con lo cual cazó numerosos *demonios* (*Jinas rebeldes?*), a los que perdonó la vida bajo la condición de que estos *atlantes* supervivientes de la catástrofe le enseñasen la ciencia de la Magia y el arte de la escritura. Después vino *Chensid*, su biznieto, a quien obedecían las aves del cielo y todos los buenos genios o *jinas* de las cavernas, muchas de las cuales fueron por él transformadas en religiosos hipogeos, cual los que en otras partes de la India, la hermana mayor de Persia, llevamos visto. Él fué quien encontró también el Vaso maravilloso o *Santo Oraal*, llamado aquí y allá copa de Faraón, de José o *Iao-suphi*, de Salomón, de Baco, de Hermes, de Alejandro o de Jesús, y quien estableció sabiamente las cuatro castas. En fin, al terminar estos gloriosos monarcas, en cuyas seculares vidas vamos viendo con sorpresa las cifras simbólicas de los *yugas* brahmánicos, y también las de los míticos patriarcas antediluvianos, sobrevino la caída de los hombres en el mal y en el crimen, tratando de implantarse los sacrificios humanos más horribles para alimentar a la doble serpiente de Zoak, cosa que astutamente evitaron los sacerdotes o *cocineros* encargados de la operación, empujando las víctimas hacia la montaña y formando así la población de los curdos. Supo Zoak, en sueños, que Feridun, hijo de una de sus víctimas, castigarla sus crímenes, e hizo buscar, como Herodes, al niño para darle muerte; pero la madre le había dado a criar a la divina Vaca *Pur-maya* (la Gran Madre o Gran Ilusión) enviándole después a la India. Luego vienen los inacabables relatos del historiador-poeta acerca de *Mazanderán*, la capital de los *jinas* malignos; acerca de *Rustán*, el Icaro persa que cayó por querer imitar el vuelo de las aves, y, en fin, acerca de *Gustasp* el justo, cuyas leyes, cumplidas, por *jinas, animales y hombres*, lograron «que el lobo se abrevase tranquilo a lado de la oveja», llegando así, edad tras edad, el archisecular imperio hasta los tiempos ya más vecinos del *Dabistán* y el *Desattr*, cuyos libros nos hablan de las doce diferentes religiones que después se establecieron en Persia.

Volviendo a los *Jinas*, este extraño pueblo es sin duda aquel de que, envuelto en fábulas hermosas, nos habla Ctesias, el sucesor de Herodoto, cien veces más local que él en sus narraciones. La *Biblioteca* de Ctesias de Guido, que sólo conocemos por un extracto de Focio, nos dice que en las montañas del norte del Irán y de la India, era conocido un maravilloso pueblo de unos 30.000 hombres, cuyas mujeres sólo dan a luz una vez en la

vida, y cuyos hijos nacen con bellísimos dientes y el cabello y cejas completamente blancos, que a los sesenta años comienzan a ennegrecer y llegan a tornarse negros del todo cuando alcanzan edades más avanzadas. Estos *jinas* son pequeñísimos, con ocho dedos en cada mano y pie y unas orejas deformes (1). En sus grutas, como se cuenta de las *lavanderas* asturianas, hay fuentes de *oro líquido*. Ctesias, como Marco Polo, aseguró que no se atrevió a narrar otras cosas más estupendas por él vistas, para no incurrir en el enojo de sus contemporáneos.

*Jinas* eran también, sin duda, aquellos célebres escitas, de que hemos hablado otras veces, cuyo rey *Janeiro* o *Jain-dati* se vió atacado injustamente por Darío, rey de los persas. Anquetil du Perron nos cuenta acerca de estos *jinas* que, cuando Darío les intimó la orden de que se le rindiesen, ellos enviaron al déspota un topo, una rana, un pájaro y cinco flechas. El rey se hizo la ilusión de que tales envíos no eran sino símbolos de vassallaje; pero el colegio de los Magos del reino le sacó bien pronto de su error diciéndole que era una burla lo que con ello le hacían aquellas gentes, dándole a entender que para que se le sometieran necesitaba antes el rey dominar en el mundo subterráneo, como el topo; el de las aguas, como la rana; el de los aires, como el pájaro, y, por fin, el de la *mente*, con el símbolo de las cinco flechas o *pentalfa*. En efecto, el rey dió la orden de que se les atacase; pero vióse sorprendido con no encontrar a nadie al invadir tal reino.

Los árabes, o sean los parsis degenerados en sus ideas religiosas primitivas por el contacto de los egipcios en los períodos ya mucho más cercanos a nosotros, hicieron del nombre de los *jinas* o *djin* dos derivaciones, con sólo el cambio de una letra, cambio que fué, según Cantú, el de *Ind* para el *Gan-ges*, y el de *Hind* para el Indo (el río profanado, el río Negro), y nos hablan de los famosísimos tesoros de *Hind* en la *Rajaputana*, o sea hacia el alto Indo, como infinitamente superior en riqueza a los del rey Creso de Lidia. Un tercer río, vecino al Ganges, conservó el nombre primitivo, y aún hoy, según Cantú (libro II, caps. XI y XIII), se le denomina *Jum-na* o *Jim-na*, y en él se desarrolló, como tal religión, el brahmanismo.

Por eso los *jinas* son «el pan de cada día» en todas las edades de la

(1) De las orejas de estos *jinas*, bien conocidos en las literaturas populares, han nacido las frases de: «descubrir la oreja», «tirar de la oreja a Jorge», «oreja de Dionisio», etc., etc.; y también la mutilación de las orejas, operada tanto en Persia, como en la misma Inglaterra, en la época de los puritanos.

Persia, y si aparecen en las leyendas árabes, es porque antes existieron en las leyendas persas. Maravillosamente fieles a sus deberes, cuando se sabe dominarlos, y seguramente mucho más fieles que los mismos hombres, los *jinás* tuvieron no poco que ver con las proezas que en tiempos de las Cruzadas realizó aquel tan temible *Viejo de la Montaña*, especie de juez del torneo ocultista planteado entre las cuatro religiones judía, cristiana, mahometana y parsi o güebra, con motivo de aquella campaña emprendida por todos los pueblos de Occidente, para rescatar de los infieles el sepulcro de su Dios, empresa legendaria que fué base de la Edad Moderna y causa impulsora del descubrimiento de América. Sabido es, en efecto, que aquel caudillo misterioso realizaba justicia brutal e inapelable, cual la requerida por los tiempos, por medio hasta del asesinato, sin hacer diferencia alguna entre cristianos, mahometanos, ni turcos, y que sus adeptos, conocidos por el sobrenombre de *Hermanos de la Pureza*, fueron origen en Jerusalén de la famosa *Orden del Temple*, y en África entera de una verdadera Masonería del Desierto, que aún hoy perdura y tiene quizá centros iniciáticos en oasis como el célebre de Sekelmesa, donde en tiempos atlantes se asentase una ciudad espléndida, que era ya un montón de ruinas en tiempos de Carlago y Roma.

Julio Verne, en su deliciosa novelita mediterránea de *Mallas Sandorf*, al hablar de las fiestas africanas más clásicas, nos menciona la *Fiesta de las Cigüeñas*, o, por mejor decir, del *Sagrado Ibis*, la cigüeña del Nilo, hermana gemela de los *Hamsas* o *Cisnes sagrados* indostánicos (1).

---

(1) Hay un respeto universal a toda suerte de aves que, como el ibis, el cisne, la cigüeña o la golondrina, reúnen en su plumaje únicamente los dos colores: blanco, símbolo de la *Luz Primordial*, y negro, símbolo de las *Tinieblas Inefables primitivas*, de donde brota la *Luz*. Tal era el estandarte de los Templarios y de otros ocultistas, para representar sin duda su completa emancipación de todo lo inferior y todo lo concreto o sensible, pues que es sabido que nada mejor que el color, sea simple o compuesto, puede simbolizar a su vez todo el mundo inferior en el que nos movemos. Los físicos modernos han demostrado, en efecto, que los colores de *Iris* (o de *Isis*) del prisma, no son ya la luz blanca que sobre él incide, sino el resultado de una verdadera transmutación interior operada en las moléculas del cuerpo que con ella se colora, transformación en virtud de la cual, la luz, ya coloreada, es físicamente muy otra de la que cayese sobre el cuerpo o sobre el prisma.

Blavatsky consagra por entero una sección del tomo I de su *Doctrina Secreta* al simbolismo del ave religiosa, ibis, cisne, cigüeña o golondrina, demostrando que el respeto a dichas aves es tal, que se cree por muchos en la Italia del Sur—añadimos nosotros—que quien mata a una golondrina es pronto castiga-

«Antiguamente habla—dice—en el continente africano una raza *Dzjin* o *Jinas*—raza que es la misma que después veremos en España; Irlanda—bajo el nombre de *Bon-Ihaibres*, o *Buenos Genios*. Estos genios ocupaban un vasto territorio situado en el límite del desierto de *Ham-ma* entre el Fezzán y la Tripolitana (de *Tri-polls*, tres ciudades, nombre que ve, al par, en la Trípoli africana y en la Trípoli de la comarca iniciática de Líbano, a la que ya aludimos, al hablar de los templarios en el capítulo de la parte primera, del tomo que antecede). Erase éste un pueblo poderoso sin tan temible como temido, pérfido, inhumano y agresivo. Ningún soberano de África había podido sojuzgarle; pero cierto día Suleimán (Salomón, Siyaman o Surya-Vansa, el gran Profeta de Dios), intentó, no ya el atacarlo como sus antecesores, sino el convertirlos a la Buena Ley. Con tal fin envió uno de sus mejores apóstoles para que les predicase el odio al Mal y el amor al Bien: ¡Tiempo perdido! Las salvajes hordas aquellas se aporrajaron del misionero inmolándole sin piedad, porque conviene saber que si los *Jinas* mostraban tanta audacia, era porque en su país, aislado e inaccesible, sabían que ningún rey vecino habría osado aventurar en él sus armas. Pensaban, además, que ningún mensajero podría ir a informar al profeta Suleymán acerca de la infame acogida que habían dado a su apóstol. Engañábanse en ello, sin embargo, porque en el mismo país habilitaban grandes tribus de cigüeñas o ibis, aves, como es sabido, de excelentes costumbres, alto sentido moral y extraordinario instinto, dado que, según afirma la tradición, no habitan jamás una región cuyo nombre figure siquiera en una moneda de plata, por ser la plata el origen de todos los males y el móvil más poderoso para arrastrar al hombre al abismo de las malas pasiones (1). Ahora bien; al advertir los ibis el estado de perver-

do con la pérdida de una *res vacua*. La degradación del mito ha llevado a crear entre los cristianos la tradición piadosa de que estas aves fueron las que quitaron a Jesús en la cruz las espinas de su corona.

(1) Por estas frases bien se deja colegir que no se trata en la leyenda de ibis o cigüeñas reales, sino de los simbólicos *Hamsa*, Protectores o Adeptos que entre los *Jinas*, como entre los hombres, viven. Seres, en fin, de la Raza Solar de la Edad de Oro, y que no pueden tener contacto con las gentes de la Raza Lunar o de la Edad de Plata (*Treta* y *Dwyparayuga*), es decir, con las gentes brahmánicas, mahometanas y cristianas ulteriores ordinarias, proger degenerada de IO o la Luna, a quien la plata está consagrada como metal. Nos encontramos, pues, con un tema ocultista que sólo puede empezarse a comprender con la lectura del *Mahabharata* y el *Ramayana*, o con la tan repetida obra de Blavatsky, *Por las Cuevas y Selvas del Indostán*.

Por lo que después se ve, dichos *ibis*, para castigar los pecados de aquell

dad en que yacían los *jinas*, se reunieron un día en asamblea y decidieron despachar a un individuo de los de su banda para que fuese a postrarse ante Suleymán y señalase a su justa venganza los asesinos del misionero.

Inmediatamente el profeta llamó a la abubilla, su correo favorito, y le dió orden de conducir a las altas zonas del cielo africano todas las cigüeñas o *ibls* de la Tierra. Obedecieron al punto estas aves, y reunidas en apretada falange—dice la leyenda—formaban una nube que habría podido dar sombra a todo el país situado entre Mezda y el Morzug. Entonces cada una, después de tomar una piedra en su pico, se dirigió al territorio de los *Jinas*, y cerniéndose sobre él, dejaron caer a un tiempo todas las rocas que llevaban, sepultando así a esta mala raza, cuyas almas, desde entonces y por toda una eternidad, yacen enterradas bajo las arenas del desierto de Hammada,...

No puede dudarse de que la leyenda africana y las asiáticas que anteceden, igual que las europeas que pronto daremos, coinciden en absoluto en cuanto a la existencia y los demás detalles de tan extraño pueblo. Estos pueblos, a raíz de la catástrofe atlante, hablan de los *jinas* como de gentes que habitan en las grutas y demás regiones del subsuelo, siquier algunos de ellos, cual acontece entre los hombres, sean tan elevados y buenos como el Gran Temo o *Djin-mu* japonés, el hijo de la diosa solar *Amáteras*, salida del ojo izquierdo del Dios Creador: *Izanagui*, o el ojo de la Mente. A este *jina* supremo, se le tiene en todas las tradiciones del *sunghado*, como el primero de los soberanos humanos que se han sentado en el trono del Sol Naciente; el dios del *magnetismo* o de la Magia, que dirían los chinos.

Pero, por claras que sean las anteriores referencias acerca de los *Jinas*, nadie, como de costumbre, nos ha informado mejor de ellos y de su verdadera índole más astral que física, como nuestra Blavatsky en una de sus más espeluznantes narraciones acerca de *Una Vida Encantada* (1). Extrañaremos tan sugestiva leyenda.

Se trata de un suizo escéptico, discípulo de Voltaire, Rousseau y D'Holbach, que había hecho en el Japón una buena fortuna. Durante su residencia allí pasó una larga época sin tener noticias de su hermana, cuñado y sobrinos, a quienes había dejado en Europa y, exasperado, no sabía

---

perversas gentes, los sepultaron en tremebunda catástrofe, catástrofe que no es sino la de la Atlántida. En tal supuesto, el parentesco de *Jinas* y atlantes, ofrece un lado oculto de un alcance extraordinario relacionado con la reencarnación y la metempsicosis, sobre cuyo punto no podemos hoy detenernos.

(1) *Philadelphia*, revista teosófica de Buenos Aires, tomo IV, páginas 129 a 170.

qué hacer por cuanto que sus cartas no recibían respuesta. Supo entonces por un venerable bonzo que existía un medio de tener en el acto las noticias deseadas, y era el de recurrir a la suprema ciencia mágica de un santo *Yamabeoshi*. Así lo hizo, al fin, aunque de mala gana, nuestro héroe, porque su escepticismo le movía siempre a rechazar, acino buen positivista, toda información que no fuese la realizada por sus propios ojos (1).

El santo asceta, dijo al escéptico infeliz: «Si deseáis ver, por vos mismo, en el espejo mágico, tendréis que someteros después a un procedimiento regular de purificación así que hayáis sabido lo que queréis por medio del espejo, porque en él, bajo la voluntad de los sacerdotes instruidos, se aparecen los *Daij Dzins* (*Jinas*), o sean los grandes espíritus que revelan su destino a los investigadores devotos. De no someteros después a tal purificación, tendréis adquirido para siempre el triste don de ver eternamente, con vuestra voluntad o sin ella, cosas y hechos nada agradables, a cualquier distancia y en cualesquiera condiciones.»

Lo que menos le preocupaba, en verdad, al ansioso escéptico, era dar importancia alguna al consejo del sabio. Quería se operase, para su natural curiosidad, el mágico fenómeno que le hiciera en el acto tener noticias de su familia, y nada más. Tan pronto como fijó la vista en el espejo, el consultante cayó en trance hipnótico, mientras que el *shamano* o asceta ahuyentaba con el efluvio magnético de sus manos las influencias malignas de larvas y vampiros. Transcribiremos el interesantísimo relato novelesco que de sus impresiones hace la propia víctima. Eran precisamente a la sazón *las cinco y siete minutos*.

«—Fijad bien en vuestra mente, lo que deseáis saber y ver —me dijo el exorcista.

—No deseo más—repliqué—, sino conocer la razón por la que mi hermana ha dejado tan repentinamente de escribirme y...

¿Pronuncié yo realmente estas palabras, o las pensé tan sólo? Hasta hoy no he podido saberlo—sigue diciendo el infeliz escéptico—. Únicamente recuerdo, que cuando miraba al espejo, el *Yama booshi* tenía sus ojos fijos en mí; pero si ello duró medio minuto o varias horas, yo no

---

(1) Debería el lector estudiar por sí mismo el pasaje para apreciar en todo su carácter trágico esa contraposición, causa de la ruina de tantas almas escépticas, entre la realidad terrible del Ocultismo que las gentes occidentales se obstinan en creer un sueño, y la funesta ilusión de los positivistas al uso que crean realidades las quimeras de su escepticismo neantista, sin contar, como los animales, más que en un *hoy* de breves años, no un *mañana* resplandeciente, cual el que las religiones, de consuno, nos anuncian.

sabría decirlo. Puedo, sí, recordar todos los detalles, desde el momento en que cogí el espejo con la izquierda y en la derecha cierto cartón con signos místicos dibujados por el asela mismo, hasta aquel otro momento en que perdí por completo la conciencia de los objetos que me rodeaban. El paso fué, sin embargo, tan rápido, que experimenté la sensación de un violento impulso involuntario hacia adelante, como si hubiese sido disparado fuera de mi sillio y aún de mi cuerpo.

Mientras que mis demás sentidos se paralizaban totalmente, mis ojos alcanzaron de improviso una vista más perspicaz y clara, cual jamás la he tenido. Contemplé entonces, como si la viese realmente, la nueva casa habitada por mi hermana en Nuremberg... y al par me veía como muerto en el sofá, mirando con vidriosos ojos de espanto al mágico espejo... Aparecieron luego unas cuantas sombras grotescas y retorcidas, frente a las que traté de realizar, aterrorado, un supremo esfuerzo para darme cuenta de *quién era yo entonces, puesto que era y no era, al par, aquel cadáver*. Un gran velo de densa obscuridad cayó sobre mí como mortuorio sudario y en mi mente se extinguió por completo todo pensamiento...

¡Cosa bien extraña, en verdad! ¿Dónde estaba yo, en efecto? Era evidente para mí que había vuelto a recobrar mis sentidos, dándome cuenta de una manera nítida de que me movía rápidamente hacia adelante, a la vez que experimentaba una rara y extraña sensación como si estuviese nadando sin esfuerzo ni impulso por parte mía y en una obscuridad completa. La idea que primeramente me asaltara era la de que recorría un inacabable pasaje subterráneo de agua, tierra, o aire sofocante, aunque corporalmente no tenía percepción ni sensación de la presencia o contacto de ninguno de aquellos elementos. Traté de pronunciar algunas palabras; de repeler mi última frase... y me encontré sumergido, dentro de aquella obscuridad, en medio de un elemento desconocido para mí, pues que parecía verme de pie y bajo la tierra. Estaba rodeado de una tierra densa y compacta por todos lados... y, sin embargo, su masa no pesaba sobre mí, sino que resultaba completamente inmaterial y transparente a mis sentidos...

El terrible relato del cuitado continúa con la escena subsiguiente en la que llega a su ciudad y contempla cara a cara el cadáver de su cuñado horriblemente destrozado por el volante de una máquina. Vió en seguida, de igual modo, cómo su hermana se volvía loca ante la desgracia acaecida a su marido, y cómo los pobres huerfanitos, sus sobrinos, eran, salvo los dos mayores, recogidos en un asilo. «Todo esto transcurría ante mí—decía aquél—en un lapso de tiempo incalculable, y, sin embargo, tan rápido, que las escenas se sucedían todas mientras a la vez oía, cual procedentes de un

punto remolísimo, mis propias palabras: o sea la breve frase reveladora de mi deseo que pronuncié al caer en aquel estado de trance. Diríase que en todo aquéllo no habría mediado tiempo alguno, y lo más extraño del fenómeno era que presenciaba todas aquellas escenas que tan directamente me afectaban, hipnotizado, con la más impasible serenidad, cual si se tratase, no de mí, sino de otro... Un choque análogo al primero—sigue diciendo éste—sobrevino en seguida, después de haber recorrido de igual modo el camino anterior, *nadando* a través de las duras entrañas de la tierra. Al retornar en mí y abrir los ojos, vi, con inaudita sorpresa, que sólo eran *las cinco y siete y medio minutos*: ¡La experiencia mágica habla, pues, durado tan solo medio minuto! —Lancé entonces un grito de desesperación —añade—, cual si el mundo entero me aplastase con su peso. Durante un momento permanecí sin habla y mi corazón se sumergió en angustia infinita: ¡Mi sentencia era definitiva, y una negra tristeza pareció extenderse para siempre sobre mí en el resto de mis días...!

La terrible historieta cuenta luego que el comerciante, siempre a caballo sobre su escepticismo, lo tomó todo, al despertar, como un mal sueño y una impostura del santo *Yama booshi*, y rechazó las reiteradas súplicas de su amigo el bonzo para que se dejara purificar convenientemente por aquel asceta de toda la dañosa influencia de los elementales terrestres que eran los que habían trasladado su doble astral a través del subsuelo. El comerciante no lo consintió en modo alguno, antes bien, a uno y otro los hubo de colmar de improperios, como a indignos farsantes que habían aprovechado un momento de debilidad suya para hipnotizarle, y deseoso de probar lo burdo de toda aquella farsa, o acaso con la dolorosa intuición secreta de que fuera cierto cuanto había visto, tomó el primer vapor para Europa, no obstante los apasionados ruegos del bonzo, que le decía:

«—¡Amigo de extranjera tierra! Deseo que no tengáis que arrepentiros tarde de vuestra terquedad y escepticismo. ¡Que el *Santo-Uno* os proteja contra los *Jinas*, pues desde el momento en que rehusáis someteros al procedimiento de purificación del *Yama booshi*, él mismo será luego impotente para defenderos contra las malas influencias evocadas sobre vos, porque si él no completa su obra purificándoos, vuestra vida no valdrá la pena de ser vivida de puro triste, bajo la repetición involuntaria de visiones del mismo carácter y, a menos que consintáis voluntariamente en hacerlo, tendréis que ser abandonado al poder de terribles fuerzas que os acosarán y perseguirán hasta el borde de la locura! Sabed que el desarrollo de la *Gran Visión* (clarividencia), facultad que se realiza *a voluntad* solamente para

quien la *Madre de Misericordia*, el gran *Kwan-on*, no tiene secretos, debe obtenerse, en cambio, cuando se trata de principiantes, con ayuda de los *jinns aéreos*, espíritus elementales de la naturaleza que carecen de alma. Sabed, asimismo, que si bien el *Ari-hat* que ha sometido a estas criaturas y hecho de ellas sus servidores, nada tiene en verdad que temer de ellas, aquel que carece todavía del debido poder mágico sobre las mismas, se hace su esclavo. No, no os riáis, en vuestro orgullo e ignorancia de todo esto, antes bien escuchad un momento todavía. Durante todo el tiempo de la visión del espejo y mientras las percepciones internas se dirigen hacia los sucesos que se desean conocer, el *Daij-Dzin* tiene completamente en su poder al vidente. Cuando se trata de uno que, como vos, es un profano inexperto, este vidente no es en sí el mismo que era antes de la experiencia, sino que durante ella participa de la naturaleza de «su gufa». El *Daij-Dzin*, que dirige la vista interna del paciente, guarda al par en vil prisión el alma de éste, convirtiéndola, mientras dura tal estado, en una criatura precita, como él (1). Desposeída, en efecto, la víctima de la luz divina que a todo hombre caracteriza, es sólo un pobre sér sin alma, por la que, durante todo el tiempo que dura una conexión semejante, no siente emociones humanas de índole alguna; no experimenta piedad, ni temor, ni amor... Yo deseaba—continúa el bonzo—, realizar vuestro bien, porque el tal experimento resulta inocente cuando está dirigido *por uno que sabe*, y sólo es peligroso cuando se desatiende esta última y esencial precaución... Un *Daij-Dzin* puede

---

(1) En estas solas frases del *Yama booshi* se sintetiza toda una novísima teoría sobre la locura, enfermedad que, para nosotros, como para las religiones, no es sino el último y más desfavorable caso de nuestra lucha diaria con los *daimones* o «espíritus de los elementos», lucha que, como dice el Catecismo del P. Ripalda, se nos da «para nuestro ejercicio y mayor corona» y que tiene los tres grados clásicos de la *tentación* (o lucha gallarda, en la que se vence siempre con la virtud); la *obsesión* (en que la lucha va mal ya para el hombre), y la *posesión* (que lleva irremisiblemente a la locura al hombre, ya vencido en la terrible lucha). De aquí que al loco se le llame *perturbado*, porque en su cuerpo no mandó ya su propia alma, por el *daimon* aprisionada. Por eso está tan grande como frecuente la sandez de gentes degeneradas que creen que la locura puede estar en las ideas y no en la conducta. ¡Funesta insensatez!... Una idea, por descabellada que sea, podrá ser *errónea*, pero no *locura*, porque la locura no está en la idea, sino en la conducta. ¿Cuánto no está equivocada a diario la ciencia en sus hipótesis más atrevidas, sin que por ello se la llame *loca*? En cambio, ¿qué se nos dice cuando caemos en este o el otro vicio, sino que *cometemos una locura*? El verdadero *caballero teósofo* no debe temer el perder la razón—que no la perderá si es virtuoso—no menos que el perder la vida. ¿Qué arma no puede estropearse en la diaria lucha del mundo?

ser fácilmente desalojado en un principio, mediante la purificación por un *Yama booshi*; pero si se le deja tomar plena posesión de la naturaleza del hombre, se hace ya casi imposible el desar- algar a este ser infernal, a este elemental terrible, sin matar a su víctima...» *Lo mismo que la cicatriz de una herida venenosa, la marca de un Da-j-Dzin no puede borrarse nunca del Alma hasta que ella haya sido purificada por un nuevo nacimiento, y ninguno que se haya sometido voluntariamente al poder de un Da-j-Dzin puede esperar nunca el llegar a ser un Adepto, un Yama booshi.*»

Lo transcripto basta para comprender la tremenda enseñanza ocultista envuelta en la lindísima narración de nuestra Maestra. El lector hará bien, sin embargo, en leerla por entero, con su maravilloso estilo novelesco, al igual de otras varias, en los dos primeros tomos de la revista *Sophia*, de Madrid, que la trae también, porque conviene añadir que, en efecto, el comerciante, en su viaje para Europa, se encuentra sorprendido por el funesto don de ver reproducida una y mil veces, pero ya afectándole trágicamente, la escena de su cuñado destrozado por el volante de la máquina; de su hermana enloquecida y recluida en una casa de orates; de sus sobrinitos en el hospicio, con ese continuo y caótico repetirse de los delirios de la calentura. Además, no pasaba por donde hubiese un dolor, una escena horrible, que no se le reprodujese en la mente con los más sombríos colores realistas; pero cuando llegó a su pueblo y vio comprobado por completo lo que él creía una pesadísima burla del *Yama booshi*, creyó volverse loco. Arrastrando la más miserable, al par que la más inquieta vida posible, ultimó sus deberes para con aquellos infelices, y ya convencido de lo inmenso de su necesidad suicida, retornó al Japón para buscar al *Yama booshi* para que le purificase, mas... era tarde; el asceta había desaparecido, y el mísero sólo pudo hallar algún alivio a su desgracia, ya que no curarse del todo, ingresando, como bonzo, en un monasterio de la selva (1).

(1) A Infinitos comentarios se presta esta trágica novela real, una de las más profundas de nuestra Maestra. En ella juega el espejo mágico, utensilio fatal que ya ha entrado, por desgracia, en las clínicas de ciertos médicos alienistas, causando más y más víctimas con las posesiones elementarias que en los infelices pacientes determinan por carecer aquéllos, en su olímpico desprecio hacia lo que ellos llaman fantasías orientales, de los dones de santidad indispensables para practicar, sin daño para los pacientes a quienes no purifican después, semejantes ensayos de hipnotismo. En la narración juega también una de las principales, si no la única y verdadera causa de la locura, como lo indican, sin meternos en clasificaciones propias de los actuales psiquiatras, las

Esta *vida encantada*, de que nos ha hablado Blavatsky, justifica completamente las frases del gran novelista Balzac, quien, en la revista *Serafita* (1833, página 35), estampó estos sugestivos conceptos:

• Si se estudia atentamente la Naturaleza, tanto en sus grandes revoluciones, como en sus obras más imperceptibles, se hace forzoso el reconocer la posibilidad de los llamados *encantamientos*, dando a la palabra su significación verdadera. El hombre, en efecto, jamás crea fuerzas: emplea sólo la única que existe y que todo lo resume en sí propia: el movimiento, incomprensible soplo del soberano Artífice de los mundos... Hay en el ambiente inexplorado de la esfera espiritual, ciertos seres dotados de facultades inauditas, comparables a los poderes que posee el gas en el mundo físico, seres que, enlazándose con otros, cual venos prácticamente en la humana sugestión, se apoderan de ellos y obran en ellos y por ellos como causa activa, produciendo sortilegios, contra los cuales siempre quedan sin defensa estos pobres ilotas, pues que aquella entidad les encanta, domina y fascina, les reduce al más horrible vasallaje, haciendo pesar sobre ellos el cetro de su naturaleza, que es, en tal orden de cosas, superior a la de la vicilma, cual el pez torpedo, al sacudir su cuerpo, electriza y para-

---

frases consagradas de *allenados*, es decir, dominados sus cuerpos por entidades extrañas de (*allenum*, otro) distintas de su único y verdadero dueño que es su Espíritu Divino, y también de *mentecatos* o *mentecaptos* (*mens capta*) «captados por la mente». Quien, por otra parte, saboree en su original la repetida narración, verá descrita de un modo admirable la terquedad de algunos escépticos, médicos especialmente, que cierran los ojos a la luz de las ideas que venimos sosteniendo, apoyándose en el dicho de tal o cual laureado, Dios sabe cómo y por qué, y en contra del unánime testimonio de la Humanidad en leyendas y religiones que llenen en su favor la sanción del tiempo, y de la mente. La mente humana es función en su obra científica del tiempo y del espacio y en tal concepto está en razón de nuestra ciencia de cuatro o de cinco siglos fecha como de mil a uno. De rechazo la novelita es una censura aplastante contra las prácticas hipnóticas y espiritistas que, cual niños traviesos e ignorantes, nos llevan contra todas las condenaciones religiosas y científicas, a manejar incautos las más peligrosas realidades ocultas, causando nuestra ruina moral y física.

En cuanto al Yama bonshí de que la narración nos hace tanto elogio, no es sino un adepto, un asceta, profundo conocedor de la *Hina-Jana*, *Jana-Hina* o antigua escuela del *Pequeño y Estrecho Sendero*: un verdadero *Gimnósofo* de los que tanto abundan en la alta India; ascetas—dice Blavatsky—, de vida tan rigurosa y pura, que ni siquiera viven en comunidad como tantos otros de Asia y Egipto. El mismo nombre de *Jim* y *Sophos* revela su verdadero carácter de amigos y dominadores de los *Jinas*.

liza el brazo del pescador, o bien como una dosis de fósforo o de otro excitante mórbido que exalta la vida y acelera la proyección. Esta influencia tiranizadora es a la manera del opio, que, adormeciendo la naturaleza corporal, desliga al alma de sus lazos terrenos y la permite volar sobre el mundo, mostrarse a través de cierto emancipado prisma, proporcionándole el alimento que le place. También es ella, en fin, como la catalepsia hipnótica que anula todas las facultades volitivas en provecho de una morbosa visión.»

Llegados a estas alturas no podemos menos de observar que, bajo el nombre genérico de *jinás* o *djins*, van envueltos seres de muy distinta índole. En efecto, los *jinás* semejantes a los hombres y a los que se reflejan en los libros parsis antes aludidos, no pueden ser los *Daij-Dzins* de que nos habla la historieta que antecede. Sin duda, estos últimos, a juzgar por todas las apariencias, son verdaderas y temibles *sifides*, es decir, *espritus del aire*, y, de ser así, el nombre de *jina*, para los japoneses y para otros pueblos, equivale a *espritu*. Nosotros, en el curso de estos capítulos, nos vamos, pues, a permitir emplear el término de *jina* para designar sólo a aquellos seres humanos o casi humanos que, gracias a sus tan legendarios como fabulosos tesoros, han jugado el más importante papel en todos los pueblos dominando, unos en el aire; otros en la tierra y demás elementos.

Hay detalles muy curiosos acerca de estos *jinás*, no ya sólo en los lugares que hemos dicho, sino, en general, en todo el mundo. Ante la imposibilidad de hablar de ellos, país tras país, nos limitaremos a dos regiones tan eminentemente ocultistas como Irlanda, Asturias y Galicia, tres de los más importantes pueblos que quedaron en los límites mismos de la Atlántida sumergida, y libros como ese divino libro iniciático de *Las Mil y Una Noches*, nos ha legado remotos testimonios de ellos. Dos de los más lindos, son, sin duda, los que extractamos a continuación para poner fin a este largo capítulo.

El cuento de *Camaral-Zamán* (1) o *el príncipe de la isla de los hijos de Khalendan y Badura, la princesa china*, es una de las leyendas orientales de más completo simbolismo. Schah-zamán el schah o rey de los *samanos*, especie de Abraham parsi, señor de la isla de *los Calendas*, carecía de sucesión, a pesar de sus cuatro mujeres y sesenta concubinas. Decretadas rogativas generales por el reino, al modo de las que precedieron al nacimiento del célebre rey de Aragón, Jaime I *el Conquistador*, tuvo, al fin,

(1) Zumal o saman quiere decir asceta budista, dotado de poderes transcendentales, es decir, que ha bebido el *Soma*.

un hijo, al que se puso por nombre Camaral-zamán, *la Luna del siglo*.

Educado el príncipe con el mayor esmero, llegó el tiempo de casarle; pero él, al modo de los *kumaras* indos, se resistía al matrimonio. Indignado su padre, le confinó en estrecha torre junto al mar (1), bajo la guarda de un sólo eunuco. Esto, en lugar de contristar al príncipe, le alegró porque pudo así entregarse a su placer favorito del estudio.

En aquella *torre de silencio* había un pozo habitado por el hada *Maimuna* que, asombrada ante la belleza del joven, habló con el genio *Danhasch*, hijo de *Scham-liura-asch*, y ambos se pusieron a disputar, porque el genio sostenía que, por bello que fuese el príncipe, era mucho más bella la princesa *Badura*, de la China.

Para zanjar este curioso pleito dispusieron compararlos de cerca. Al efecto el genio transportó dormida a la princesa de la China, y la depositó al lado del también dormido príncipe, conviniendo en despertarlos alternativamente, y que aquel que vieran hacer más extremos de amor con el otro, ese sería el más hermoso (2). Bajo la tutela del hada y del genio, príncipe y princesa se vieron alternativamente, despertando el uno mientras el otro dormía, y el príncipe cambió su anillo con el de la princesa. No hay por qué añadir que al despertar el príncipe al día siguiente, sintió un amor sin límites por la princesa. Noticioso de tal nueva, su padre y toda la corte pensaron que su hijo había perdido la razón, por cuanto dama alguna le habla podido visitar en la torre.

En cuanto al rey de China, padre de la princesa, que tampoco había podido vencer la resistencia de su hija al matrimonio, se sorprendió no menos de verla a su vez enamorada por un sueño, y como su hija empezase a enfermar de pena, llamó a todos los astrólogos del reino, quienes unos tras otros pretendieron inútilmente curarla.

En esto llegó a la corte de China el sabio *Marzaván*, hermano de lactancia de la princesa, después de haber viajado por medio mundo, y noticioso de la dolencia de ésta, se prometió hacer todas las gestiones para hallar al príncipe de sus ensueños sublimes. Guiado por su talento y por la mano tutelar del Destino, que por las más extrañas y dolorosas veredas guía

(1) He aquí otro recuerdo *calderoniano* de la *Torre de Segismundo* en *La Vida es Sueño*.

(2) Paesa la poesía y al par la filosofía profunda de todas estas leyendas. Hadas y genios inician, en sueños en efecto, la humana pubertad; hadas y genios inspiran a los hombres, mientras duermen, las ideas más excelsas. El pasaje, por otra parte, recuerda al de *Nureddin* y *Bedreddin*, que después veremos, y también a la leyenda de *Palquis*.

siempre los pasos del hombre hacia lo que más le conviene, llegó, después de una peligrosa odisea, a la torre donde yacía el infortunado Camaral-zamán, y le restituyó la razón perdida, noticiándole que, no sólo conocía a la princesa de su amor, sino que le podía conducir hasta ella (1).

Parten ambos hacia la China, dejando ensangrentada la túnica del príncipe (2), y le introduce hasta el palacio de la princesa, al modo de uno de tantos astrólogos como se proponían curarla de su mal de amor. Esta dolencia, como era de esperar, quedó curada, en efecto, así que se vieron y se reconocieron los dos amantes. El rey de China, lleno de alegría, los desposó prontamente.

En medio de la felicidad de su nuevo estado, Camaral-zamán sentía el peso del remordimiento por la desesperación en que había dejado a su pobre padre. Recaba, pues, el permiso del rey, su suegro, para ir a visitarle con su esposa, y, conseguido, parten ambos para la isla de los Calendos. Nada de particular ocurrió al principio; pero cierto día en que reposaban ambos de las fatigas del viaje en un paradisíaco bosquecillo, el príncipe advirtió, mientras Badura dormía, en un talismán del cinturón de ésta que había cosido en él Maimuna. De repente, mientras le examinaba, he aquí que un ave se le arrebató en las garras, y, volando de trecho en trecho, consiguió separar de su esposa al infortunado príncipe, quien, al llegar la noche, se vió extraviado. Sin saber lo que hacía, cayó en una isla vecina a la isla de Ébano, la *Isla Negra* o *Kall*, imagen fiel de todo cuanto hay de doloroso en este bajo mundo (3).

En la isla tuvo, sin embargo, el príncipe la fortuna de hallar un anciano jardinero que le deparó hospitalidad, interin llegase un navío que pudiera llevarle a la próxima isla de Ébano, vecina a la de Calendan, donde su padre reinaba. Con el bondadoso anciano cuidó durante un año del jardín.

La princesa, entretanto, al advertir la pérdida de su talismán y la ausencia del príncipe, sospechó cuanto ocurría, pero cuidó muy bien de disimular su desesperación; y vistiendo un traje de Camaral, siguió así gobernando la comitiva, sin que su séquito se diese cuenta del cambio, merced al parecido enorme que entrambos tenían. Así llegó a la isla del Éba-

---

(1) Esta es la eterna historia de los Mentores o Adeptos, únicos capaces de llevar por la mano, con la iniciación, a las almas de los hombres hasta su Divino Espiritu.

(2) Coincidencia típica con la túnica de José, llevada por sus hermanos a su padre Jacob.

(3) Aquí del poema de *Las Aves*, de Aristófanes, al que consagraremos pronto la atención debida.

no, donde el rey Armanos la recibió muy bien, y tomándole por varón hasta la desposó con su hija, la hermosa Haiatal-nefus. La noche de bodas tuvo que franquearse Badura con su pretendida esposa, contándole sus desventuras y Haiatal-nefus, compadecida, se avino a ayudarla en su situación no revelando a su padre el sexo ni la condición de Badura (1).

Volviendo al príncipe a quien dejamos de jardinero, diremos que cierto día en que su protector le había dejado solo, vió reñir dos aves y advirtió que una de ellas mataba a la otra, pero pronto fué apresada por varias más quienes abriéndole el vientre, castigaron así su crimen (2). ¡Cuál no sería la sorpresa del príncipe al advertir en el vientre de la segunda ave muerta, el preciado talismán de su esposa Badural

Al día siguiente de esto, fué a cortar Camarazal un árbol viejo del jardín que ya no daba fruto y, al arrancar sus raíces, se vió maravillado descubriendo la entrada de un subterráneo, lleno de riquezas. Cuando regresó su protector quiso, generoso, partirlas con él, pero éste no lo consintió en manera alguna, antes bien, como se aproximaba el día de la partida, hizo que el joven cargase el tesoro en cincuenta barricas que cubrió por encima de aceitunas. En una de ellas introdujo el talismán, para que nadie, otra vez se le arrebatase.

Al tiempo de embarcarse el príncipe enfermó su protector y, esclavo de su gratitud, una vez que éste hubo muerto, se dedicó a rendirle los últimos homenajes, por cuya piadosa tarea perdió el barco, que llegó así sin él, pero con su cargamento de aceitunas, a la isla de Ébano, donde ya relataba a la sazón, Badura, como se ha dicho. Badura se llegó al puerto y viendo aquella mercancía la compró toda, descubriendo luego en palacio el inaudito tesoro de las barricas, y lo que más la alegró, su talismán y con él noticias ciertas de Camaral, su príncipe.

Este continuó resignado un año más cuidando *su jardín*, hasta el nuevo viaje del barco a la isla de Ébano. Al fin, pudo verse en ella, y al lado, sin que lo esperase, de su amada Badura. Descubierta el maravilloso caso al rey de la isla, éste consintió en que tomase también por esposa a su hija

(1) En todas estas andanzas varoniles de Badura se advierte de la leyenda de las Amazonas o Mamaconas, tanto de Atmémha cuanto de México y el Perú, y también no poco de la varonil energía de la Walkyria wagneriana.

(2) La lucha de estas dos aves simboliza la eterna entre las dos magias. Un pasaje semejante, respecto a Blavatsky, refiere Olcott en su *Historia auténtica de la Sociedad Teosófica*.

Haiatai-nefus (1), sin que la felicidad de ambas esposas con el príncipe Cameral se anublase lo más mínimo.

Llegada aquí la hermosa leyenda, se enlaza con otra no menos pintoresca: la de los dos príncipes Amgiad y Assad, hijos de Cameral-zamái habidos, respectivamente, de sus esposas Badura y Haiatai-nefus.

Estos admirables príncipes se vieron víctimas del criminal amor de sus madrastras respectivas (2), y para evitar tamaño crimen abandonaron juntos la Corte, huyendo a la ventura. Después de atravesar bosques, desiertos y montañas casi inaccesibles, fueron a topar con la Ciudad de los Malos Magos, que todos los años sacrificaban al Sol una víctima. Amgiad pudo salvarse entre las ramas de un árbol—el Arbol de la Vida—de ser apresado por aquellos infieles; pero Assad cayó en poder de uno de aquellos canibales, y después de sufrir horribles tratamientos por parte de sus hijas Bostaña y Cavana, fué llevado a la vecina isla, como víctima propiciatoria. Amgiad, entretanto, había tenido la dicha de robar con el consejo sabido *sastra* protector—*sastra*, versículo sagrado, que no *sastra*, como ya hemos visto antes—, y de salvarse en uno de los paseos de la ciudad de las asechanzas de cierta dama maga a quien dió muerte, al tenor de un precioso episodio que, por la brevedad omitimos, pero que condujo al príncipe nada menos que a la dignidad de virrey de aquel país (3).

Parten, al fin, los magos hacia la isla vecina, llevando a Assad, su víctima, encerrado en una caja (4); pero les sorprende la tempestad, y tiene necesidad de refugiarse en el puerto de la fiel reina Margiana. La reina, al que vió al príncipe se prendó de él, y se le arrebató a aquellos malvados pero—¡oh dolor inseparable del triste destino humano mientras permanecemos en este mísero mundo!—cuando después de haber recibido los obsequios de la reina, fué un momento a recrearse en el jardín, donde quedó dormido, he aquí que llegan a la fuente los malvados para hacer aguada.

(1) La hermosa obra alemana de Rudolph Von Fabl, *Dar land der Inca*, se consagra por entero al estudio de la *Tau*, cuyo nombre se encuentra doquiera bajo los de Hua-ta, Tahua-Huata, etc., nombre, por otra parte, tan típico en el grito de guerra de Sigfredo y de la Walkyria.

(2) Este pasaje debe ser apócrifo y una especie de apostilla que recuerda las iras de Juno o de Fricka, contra todos los hijos terrestres de su esposo Wotan o Júpiter.

(3) La leyenda bíblica de José, asoma también a lo largo de la presente.

(4) Todos estos encierros en cajas, tan frecuentes en *Las Mil y Una Noches* no son sino símbolos de «la cárcel de barro» de nuestro cuerpo, en el que cautiva, gime nuestra alma.

partir de nuevo para la isla trágica. Sorprenden de nuevo a su víctima y la arrastran consigo, haciéndose a la vela otra vez para su maldito país.

La reina, entretanto, advierte la ausencia de su amado Assad; averigua lo ocurrido y lanza una escuadra en persecución de los piratas; pero éstos, conociendo el riesgo que corrían, echan a Assad al mar. Assad se salva en una tabla, y ya de noche, no sabiendo qué partido tomar, se oculta en un sepulcro. Todavía le sorprenden allí tercera vez los malvados, y tercera vez le someten al tormento, mas, cuando está a punto de perder la vida, Bostana se compadece de él, y sabedora del edicto promulgado por el nuevo visir Amgiad para la busca de Assad, le presenta poniendo así término a sus desventuras.

El final de toda esta intrincada leyenda es una verdadera apoteosis digna del último acto de una ópera de gran espectáculo. En el momento de la liberación de Assad, avanza por el Norte sobre la capital del Reino de los Magos un poderoso ejército: era el de la reina Margiana en demanda de su amado Assad, bajo amenaza si no se le entregaban de asolar todo el reino. Assad y Margiana se desposan. Al instante aparece por el Sur otro ejército mayor: es el del rey Camaral-zamán de la isla del Ébano, que, convencido de su inocencia, viene reclamando a sus hijos. En medio de aquella felicidad general, llega por el Este otro ejército aún más considerable: el del rey de la China, Qaiur, abuelo de Amgiad y padre de Badura, y no bien se han entregado todos a la dicha de tal encuentro, he aquí que llega por el Oeste un cuarto ejército, como jamás se ha visto, mandado por el propio Schah-zamán, sultán de Kalendan y padre de Chararal-zamán en demanda de su hijo y de sus nietos.

Estos cuatro ejércitos son las Milicias Celestes de las diversas religiones, que en el último día de los tiempos vendrán de los cuatro puntos cardinales a la nueva *Ciudad de los Magos*, por la Magia salvada y para la Magia redimida.



El otro cuento al que aludimos es el que lleva el título *Nuredin All y Bedreddin Hassán*.

Narra el cuento que el Sultán de Egipto, el más poderoso del mundo, tenía un visir adornado con todas las virtudes. Al morir éste, el Sultán designó por igual para sucederle en su cargo a los dos hijos del visir, llamados el mayor Schemeseddin y Nuredin el más pequeño (1). Se

---

(1) Correctamente estos nombres acaso deban escribirse *Sechemesa-din* y

querían tanto ambos hermanos, que juraron que se casarían en el mismo día con dos mujeres que fuesen hermanas, y que, si tenían, respectivamente, una hija y un hijo, los desposarían a su vez en prenda de su fraternal cariño; pero, ¡cosa harto humana, en verdad!, aquellos dos buenos hermanos regañaron por una insignificancia relativa a la dote de la hija, y luego, despechado Nureddin, se alejó de El Cairo, su país natal, yéndose a correr mundo (1).

Nureddin llegó a la opulenta Balsora, conoció al Sultán, y, en honor del recuerdo de su padre, le casó con la hija de su visir, tío de Nureddin, de quien luego heredó el cargo. El mismo día de aquel casamiento, sin saber uno de otro, se desposaba en Egipto su hermano Schemeseddin con la hija de uno de los magnates de aquel reino. El Destino comenzaba a realizar así el pacto de los dos hermanos y le terminó haciendo que en el mismo día entrambos matrimonios tuviesen, el de Balsora un hijo, Bedreddin Hassan; y el de Egipto, una hija, que Beldad o Isabel se llamó desde entonces.

Andando los años, murió Nureddin, y Bedreddin, su hijo, tributóle todos los honores fúnebres hasta un grado tal, que llenó de ira al Sultán, quien le confiscó todo y le expulsó del reino. Acobardado Bedreddin, se refugió en el sepulcro de su padre, se quedó allí dormido, y pronto un hada le arrebató por los aires y le transportó al Cairo a tiempo que la hija de su tío Schemeseddin iba a ser desposada con un repugnante jorobadito en castigo dado por el Sultán a Schemeseddin, porque, fiel a la promesa dada a su hermano Nureddin, de quien no se había vuelto a saber, sin embargo, otra cosa sino que se había casado el mismo día que él, y había tenido un hijo, fiel a su promesa, repetimos, se había negado a complacerle respecto al matrimonio de su citada hija.

El hada llevó a Bedreddin a la sala del banquete nupcial, y, auxiliada por su genio (2), se dió trazas a atemorizar al jorobadito e introducir a

---

*Nula-din*, con lo que caeríamos en el nombre de la misteriosa ciudad del oasis sahariano, cerca de Tafílete, y en el acostumbrado nombre de la Luna (Anul, Lanú, etc.). *Bedred-din* equivale quizá a «el din o djin Beder», el genio bueno, hijo del Sol. Puede el lector, sin embargo, renunciar a estas versiones, que acaso le parecerán violentas, pues para demostrar su verosimilitud habría que escribir mucho.

(1) Todo este trozo del relato, que, por brevedad no omitimos, es interesanteísimo.

(2) Por esta parte enlaza la leyenda con la hermosísima de Camaral-zamán que ya hemos visto.

Bedreddin en la cámara de la desposada, en sustitución de su marido el jorobado, haciéndola creer a ésta que lo de la boda con el jorobado había sido una mera broma para sorprenderla. Luego que se hubieron unido ambos, el hada arrebató de nuevo a Bedreddin y se le llevó a Damasco, de Siria.

Aquí entra en juego una verdadera intriga *astral*, mucho más amplia que la que se simboliza en el drama calderoniano. Arrebatado Bedreddin en ropas menores por el hada, es dejado así a las puertas de un pastelero (1), quien le ampara contra el populacho, que al verle así y oírle su historia del Cairo le toma por loco, y le deja al fin como heredero de la pastelería. Entretanto, Schemeseddin había encontrado en el forro del turbante del visir persa, dejado al lado del lecho de novios, un pergamino relatando toda la historia de su hermano Nureddin y de su hijo Bedreddin en Persia, por lo que vino a caer en la cuenta de quién había sido aquella noche el verdadero esposo de su hija. Postróse entonces de hinojos, admirado de ver las ocultas vías por las que el Destino cumplía punto por punto los términos de su famoso juramento y el de su hermano.

Beldad o Isabel, a las nueve lunas justas de su boda, dió a luz un hermosísimo niño a quien se le puso por nombre Ajib (2). La educación que recibió fué esmerada, pero se le ocultó siempre el nombre de su padre. Cierta día los chicos de su edad, con quien jugaba, le echaron en cara que no tenía padre conocido (3), y su abuelo entonces juró buscarle por toda la tierra. Padre e hijo se pusieron en camino realizando una peregrinación que recuerda a la de Ceres buscando a su hija Proserpina o a la de María y José buscando al niño perdido y hallado luego en el Templo. Así tocaron en Balsora, donde encontraron a la madre de Bedreddin, la buena esposa de Nureddin, la Viuda-Símbolo de la Masonería clásica, Mater Doloro-

---

(1) Es el eterno *pastelero* protector de todos los príncipes a punto de caer bajo las garras de la mala magia, y a quien salva con sus *tortas* u *hostias*. Semejante personaje frecuentísimo en *Las Mil y Una Noches*, es el mismo pastelero del sueño del José bíblico y el amasador de la soporífera torta con la que todos los iniciados al bajar a los infiernos, paralizan a los Cerberos guardadores del tesoro iniciático.

(2) Ajib en árabe significa *sol*. Sus variantes de *Bi-ja* y *Jl-ba* han dado lugar a esos groseros trastrueques de concepto, merced a la eufonía etimológica que han hecho amuletos de buen presagio de los hombres jorobados y de los gnomos.

(3) He aquí una escena que recorda la de Mímo y Sigfredo, cuando éste pregunta a aquél que quién fué su padre.

sa, en fin, que ha perdido a su hijo, a quien llora inconsolable. En  
 juntos continúan sus pesquisas, y merced a un incidente trivial relativo  
 las tortas del panadero que por casualidad ha comido el niño Ajib (1)  
 descubre al fin que el panadero es el mismo Bedreddin. Entonces fingi-  
 to que va a darle muerte por el horrendo delito de haber confeccionado  
 las tortas sin haberles echado pimienta o *levadura*, y le encierra, en  
 tanto, como a tantos personajes de su clase, en una estrecha caja-símbolo  
 de nuestra prisión corpórea (2). Schemeseddin, aprovechando su sueño,  
 hace transportar al lecho de bodas, dispuesto enteramente igual que e-  
 día en que el hada le arrebató de él, y cuando vuelve en sí se intriga  
 bremanera no sabiendo si está despierto o dormido.

El complejísimo problema de «los invisibles» no es sino problema  
 Magia y de evolución espiritual. Quédese, por hoy aquí, para ser trat-  
 con más amplitud en otro tomo de esta BIBLIOTECA, pues que el presente  
 está dedicado más bien a esos seres más o menos parientes nuestros, los  
 hombres pecadores que somos, y a los que hemos denominado *jin-  
 gentes* que, acaso, como se verá en el capítulo siguiente, han jugado  
 papel humano en la historia, siquier su recuerdo se halle hoy envuelto  
 el vago ropaje del mito tradicional, o sea de la *edebala* propiamente dic-

---

(1) Aquí hay un pasaje curiosísimo en el que Ajib hiere a Bedreddin, como  
 Sigfredo agredió a Wotan sin saber, respectivamente, que era su padre o  
 abuelo. El símbolo es portentoso.

(2) Un símbolo dentro de otro símbolo.

## CAPITULO VII

### LA RAZA «JINA» DE LOS TUATHA DE DANAND

Los primeros colonizadores hispánicos del Gaedhil Irlandés.—Los arios *Tuatha* y los berberisco-atlantes *Fir-Bolgs*.—Éxodos misteriosos.—La mágica escritura arbórea de los *ogams-craobs*.—Cantos ossfánicos.—Las cuatro ciudades mágicas de Escandinavia.—La piedra del Destino de los hijos de Tuirín.—La Espada encantada de *Mano de Plata*.—La sagrada Lanza.—La Caldera de Dagda o de Pedro Botero.—Cómo los Tuatha se transformaron en invisibles *jinás*.—La caza de los boars encantados.—Datos para conocer algún día sus ocultas bibliotecas.—La Edad de Oro y la bendita *Tierra de Bessinn*.—La *Athanasia*, de Estrabón.—Más y más documentos mágicos.—Los magos de Motezuma en la Tierra *Jina* de Pacaritambo o «La Mansión del Amanecer».—Los *jinás* son una clave preciosa para la historia de México.

No hay problema histórico ni mítico más sugestivo en Europa que el planteado por la extraña raza caldea, cainita, de los *Tuatha-de-Danand*, o gentes que habitaron el *Gaedhil*, es decir, la Galicia irlandesa, hacia el año dos mil antes de Jesucristo, según unos, y muchos siglos atrás, o sea casi a raíz de la catástrofe atlante, según otros. De ella se ha ocupado, con erudición admirable, pero con estrecho criterio positivista, el irlandés Richard Rolt Brash, en su rara obra *The Ogams Inscribed Monuments of the British Island* (1). Verdaderos hombres los *Tuatha de Danand*, tienen, sin embargo, todas las características de los *jinás* que venimos estudiando, y por su importancia los consagramos un capítulo especial, que pronto nos va a merecer también los honores de libro.

Ante todo, el nombre mismo de los *Tuatha de Danand*, envuelve un serio problema filológico, porque nos recuerda, por un lado, al célebre jeroglífico cosmogónico egipcio titulado *Sat-an en Tuath*; al oasis del *Tuath* o *Tuatha* del desierto de Sahara, tan lleno de recuerdos de la Atlántida, y, en fin, al maravilloso estudio hecho por Rudolf von Falb, titula-

---

(1) 426 páginas, en 4.º mayor, con 50 hermosas láminas. Atkinson. London. 1872.

do *Das Land der Inca* (1), en el que el nombre de estos *Tua-tha* o *Hua-ta* se relaciona con el nombre de infinitos dioses y símbolos arcaicos, revelándonos más de un misterio histórico, antropológico y cosmológico.

Datan estas gentes, dice Rolt Brash, de la posteridad del tercer hijo de *Nem-e-dius* (Tercera raza de *Mens-Diaus*, divinos *Hijos de la Mente*, u *Hombres celestes* de la llamada Tercera Raza-Ratz por los teósofos). En la época de la mayor prosperidad de los atlantes, la mágica raza de los *Tua-tha* de Danand, había venido de la Lemuria a Grecia, y de Grecia a Irlanda. Al entregarse los atlantes a la necromancia, muchas docenas de siglos después, surgió a su vez, en las vecindades de Irlanda (que todavía no era Isla, sino parte oriental del gran Continente sumergido) una raza perversa, acaso derivada de los *Romo-hales* primitivos y gigantescos, que se llamó de los *Fir-Bolg* y que, por sus malas artes de hechicería y su empuje brutal, obligó a los *Tuatha* a retornar a su viejo solar helénico, donde acaso se hicieron fuertes, resistiendo victoriosamente a sus rivales tras los muros de Atenas nueve mil años antes de J. C., según el relato hecho a So-

---

(1) *Das Land der Inca in Selner Bedeutung, für die Urgeschichte der Sprache und schrift von Rudolf Falb (Leipzig 1883)*, es una obra que honra a Alemania y que no sabríamos recomendar bastante a los cultivadores de los estudios filológicos y teosóficos. En ella se encuentra un hermoso estudio de lingüística comparada acerca de la cruz *jaina*, *jina* o *svástica*, es decir, de la *tau*, *hua-ta* o *ta-hua*, relacionando mediante él nombres e ideas tan diversos como los de *Tot* o *Vulcano*, *Wotan*, *Orcan*, *Perkun*, *Perú*, por un lado; *Teke*, *Talatta*, *Tsahuana*, *Diana*, *Vesta*, *Horchia*, *Teu-kall*, *Schekina*, *Huara*, *Walhala*, *Tiahuanaco*, *Tabor*, *Taurus*, *Eloch*; *Moloch*, *Hermes*, *Tártaro*, *Janus*, *Horn*, *Kronos*, etc., etc. Todo ello a base, repetimos, de la cruz *ta-hua*, *hua-ta* o *tua-tha*, de donde los míticos *Tuatha* de *Danand* o de *Diana*, tomaron el nombre, sin disputa. También es notable cómo la obra deriva estos nombres de la forma jeroglífica de la *tau* T, y de su forma subsiguiente de la +, que puesta en forma de aspa X da lugar a los jeroglíficos  $\Lambda$  V o doble triángulo del Sello Salomónico, representativos del Fuego y el Agua, el Sol y la Luna, lo masculino y lo femenino o, en suma, *los contrarios*, la *Dúada* en el Universo. Verdaderamente que el problema filológico es uno de aquellos en los que hoy estamos más a ciegas por nuestra ignorancia en la sagrada ciencia del Símbolo, y por nuestro empeño en querer desconocer que, como enseña Blavatsky, existió y existe aún un lenguaje simbólico universal del que, por degeneración, se han formado los conocidos. Sobre estos asuntos pueden verse nuestros trabajos: *Los numerales del Gaedhil* o *Un folio del Códice de Bullymote*, publicado en la revista *bonaerense La Cruz del Sur*, año de 1911; los artículos que irán apareciendo en la *Revista Crítica Hispano-americana*, del Sr. Bonilla y San Martín, y nuestras obras tituladas: *La Ciencia Hierática de las Mayas*, y *Hacia la Onosis*, capítulo *El Sello de Salomón*.

lón por los sacerdotes de Sais, que Platón nos transcribe en el Tineo, como prólogo de la gran catástrofe atlante, y según también nos refiere, respecto a la victoriosa resistencia hecha por los egipcios a las dichas gentes etíopes-atlantes de los Fir-Bolgs, la Historia Universal de Anquetil (1).

Viviendo largos siglos los *Tuatha* en las inmediaciones de Tebas, se

(1) Este nombre *Fir-Bolgs*, parece provenir de las palabras *abelo*, *abedul* o *avellano*, y *noche*, *niebla* o *tinieblas*; aludiendo, sin duda, a sus artes necrománticas, porque aquellos árboles no son sino los *ogams-craobs* (o simplemente *ogams*) en que sus libros y fórmulas mágicas estaban escritos. Lo de *noche*, *niebla* o *tinieblas* les correspondía, tanto por seguir el sendero sinietro o *negro*, cuanto por ser verdaderos *Fir*, *Rif* o *rifeños*, es decir, de la raza Ibblo-Ibera, como hoy diríamos. En este último sentido, al haberse conocido a las regiones occidentales de Europa por los arios con nombres todos relacionados con la *noche*, el *ocaso* y similares, tales como el propio nombre de *Europa*, *Hesperia*, *Iberia*, etc., tal nombre de *Rif-Bolgs*, pudo significar, pues, simplemente *rifeños europeos*. En cuanto a sus *Ogams Craobs*, o *árboles mágicos*, no eran sino unos caracteres jeroglíficos muy frecuentes aún, hoy en rocas y piedras rúnicas, cuanto en manuscritos del siglo X y ulteriores existentes en el *Trinity College*, de Dublín, y en la *Royal Irish Accademy*, de Irlanda, manuscritos a los que se denominaron *mágicos* u *ogámicos* por su carácter, y *craobs*, porque no sólo las letras tenían forma de tallos y ramitas de árbol, sino que cada una de ellas tenía el nombre de un árbol, en estrecho parentesco, como demostramos en nuestro estudio sobre los *Códices del Gaedhil*, con los sistemas de las primitivas numeraciones mexicanas. Estas verdaderas *runas*, tan ensalzadas por los bardos oslánicos, corren también sobre las aristas de ciertas piedras, formando tallados o escotaduras, al modo de las *tarjas* andaluzas para contabilidad y de tantos otros sistemas escriturarios primitivos, cual el mogol, o el sánscrito en los que las letras van como adheridas a una línea general o patrón, vertical para el mogol y horizontal para el sánscrito y el gaedhílico.

De *Los Tuatha de Danand* o *de Danaan*, dice un escritor inglés:

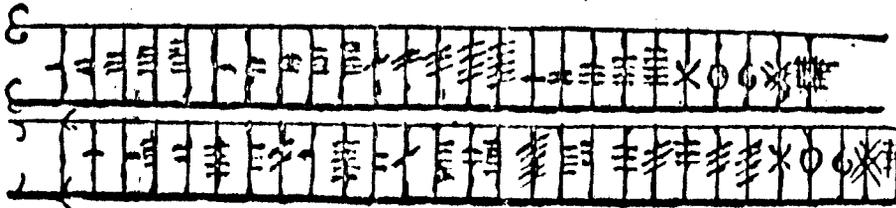
«The Irish are not of Atlantean stock but belong to the 4.<sup>th</sup> sub-race of the 5.<sup>th</sup> root-race. It is true that Ireland was part of the Atlantean Continent and that the earliest inhabitants were of the Romoahal, but no recognisable trace now remains of these aborigenes nor is there much now left to bear witness to the first invasion from Africa of a host led by an Ethiopian queen; but there are still some tokens of the next arrivals a race called the *Firbolgs*. The great majority of the Irish nation is composed of the descendants of two races: The *Tuatha de Danaan* and the *Milesians*. The *Tuatha de Danaan* reigned in Ireland through many ages of power and great glory but their civilisation waned in time as all other do and at last they were overcome by an invasion of the *Milesians*. «The stolid matter of fact *Anglo-Saxon* cannot possibly comprehend the point of view of the imaginative and poetical Irish man the average English peasant lives almost entirely upon the *physical* plane, the average Irish peasant

hicieron famosos en todas las artes, ciencias e industrias y hasta en Magia y adivinación del porvenir; pero las envidias de las tribus vecinas a aquella su patria adoptiva mediterránea, les fueron empujando de país en país, hasta llegar por último a Escandinavia, a través de toda la Escitia europea.

of the louth and West lives very much upon the *astral plane*. (C. W. Leadbeater, *The Inner Life*, V. II.)

Sir Daniel H. Haigh, en las «*Transation Kilroan Society*», de 1858 (página 172), dice «Diversos alfabetos arcaicos denominaron a sus letras con los nombres de objetos reales, pero no ha podido averiguarse el por qué cada letra se haya llamado sistemáticamente con el nombre de un objeto; aquí, por ejemplo, con el de un árbol.» Luego añade, copiándolo de la Gramática Latino-Hibernica, de O'Molloy: «Obscurum locuendi modum, vulgo Ogham, Antiquaria Hiberniae satis notum, quo nimirum loquebantur syllabizando voculis appellationibus litterarum, diphthongorum et triphthongorum ipsals duntaxit nota.» Sus consonantes se llamaron *Tao-homna* (*slide trees*), y sus vocales *Pheadha* (*tree*), y sus diptongos *Forfeda*. El M. S. Clarendon, número 15, nos habla de los *Dalh Ogam* u *Ogam* en color, verdaderos émulos de las pinturas *rupestres* o de las cavernas. Por la clave de Book of Ballymote, sabemos las equivalencias de este modo:

Grupo de la B.				Grupo de la H.				Grupo de la M.				Grupo de la A.				Diptongos.						
B	L	F	N	H	D	T	C	M	B	Ng	Sl	R	A	O	U	E	Eu	Oi	Ui	Ia	Ea	
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23



(Abecedario gaedhlico).

Como se ve, los signos de los códices del Gaedhil tienen perfecta traducción en letras; pero como dice Baiston Skinner en su *The Key to the Hebrew-Egyptian Mystery*, hubo un lenguaje primitivo (atlante) cuyos vestigios existen en abundancia. Tal lenguaje podía estar contenido dentro de otro y ser percibido mediante ciertas instrucciones especiales, letras o signos que poseyesen al par los significados de los números, figuras, pinturas e ideas, y que además fuese auxiliado en su recordación por medio de adecuadas palabras, tales como las que designan el nombre de los árboles. Este es el caso de los códices del Gaedhil y de sus simbolismos, los cuales tienen una traducción literal, al modo de como se la han dado Rolt Brash y sus congéneres; pero al mismo tiempo hay un interno contenido numérico y mágico en tales simbolismos como se ve en las mismas equivalencias transcritas, pues que al par vemos en sus

Admirados los naturales de Escandinavia de su profunda sabiduría, les acogieron fraternalmente y les asignaron para que las poblasen cuatro comarcas o ciudades llamadas *Falias*, *Gortas*, *Flintas* o *Findias* y *Murias*,

signos *las cuatro quinquenas*, grupos de cinco unidades de la *veintena*, ni más ni menos que en los numerales mexicanos que hemos estudiado en *La Ciencia Herédica de los Mayas*. Entramos así en un terreno nuevo de índole filológico-matemática, que no podemos detallar aquí, terreno que se disputan con encarnizamiento la Historia y el Mito, porque ambas cosas tienen gran riqueza en los *Cantos Osslánicos* en los que los bardos nórdicos o errantes rápodas irlandeses al estilo del gran Homero, nos hablan de las dos razas rivales, los dos pueblos de la Buena y de la Mala Magia, representados respectivamente por los *Tuatha* y los *Fir-Bolg*. Al tratar estos Cantos de lo relativo a los *ogam* escripturarios y de los avellanos característicos de estas dos razas rivales, de los *Tuatha* y de los *Fir-Bolgs*, nos relatan los *Topographical Poems* de O'Dugan y O'Heering, cosas como las que siguen:

¿Quién se atrevería, oh viajero, a pasar por estos sagrados sitios vecinos al mar, sin recordar que huella nuestra planta los dominios de la gloriosa raza de *Lughaid*?—De *Corca-Laighde* os hablo, del país cuyo rey de reyes fué *Oh-Eidirs-ceoil*, el que asentó sus reales en el puerto de *Clear* el baluarte inexpugnable. *Oh-Eidirs-ceoil*, el bueno, reinó también sobre el *Bearra*, el río riquísimo en salmones, con su gran puerto de *Baol*, cuya ría es de esmeralda y está siempre cuajada de barcos que transportan el vino. Después de ocuparme de la raza de *Lughaid* y del verdadero país de *Desmond*, olvidemos para siempre el país de *Ith*, las comarcas de los amarillos avellanos, una vez que *Desmond* es el paraíso terrestre del ensueño, la dulce comarca de *Maghna Beithighe*, la región de *Mac* y *Bhainbh de los avellanos escarlata*, el país de *Logha*, donde *Allican*, el hijo de *Bicealmas*, el vate más gallardo, fué inmolado cual un cordero, sin que exhalase una queja, por el perverso *Aengus*, en el *Ar-Midhr* de tan triste recordación»...

...«Yo vi, yo vi todavía en su más lozana pujanza, el espeso bosque de avellanos en tiempos del noble hijo de *Oll-chan*, yo le vi hasta el día en que aquel fué talado completamente por el joven y fuerte *Lluth*, el hijo de *Laighne*... «Yo vi, yo vi las glorias de los *Fir-Bolg*: cuentos fenianos como los de *Find*; destrucciones y estragos infinitos; robos de ganados; amores y raptos; tabletas mágicas escritas con estilos y libros de *árboles (craobs)*; sátiras y afiladas *runas*...»

En cuanto al mágico país de *Ith*, el de los amarillos avellanos, simbólicos o de la Magia tradicional, no es él sino el clásico de los *Eddas*, donde crece el Arbol del Mundo, el *Fresno de Ithdrasil*, donde Wotan clavó su Espada Mágica, destinada al Elegido, a Sigfredo el Welsungo, como ya veremos al ocuparnos del *Anillo del Nibelungo*, jornada de la Walkyria, en el tomo tercero de esta BIBLIOTECA. Así, al menos, parece deducirse del pasaje siguiente de los Cantos Osslánicos: «Un *Id* en la dura pedral: ¿qué es lo que esto puede significar?...

donde erigieron sendas Academias bajo la dirección de los grandes Instructores *Moirphias* (¿Orfeo, Morpheo?), *Arias* (el *Ra ario*), *Erus* (¿el tura-

Su antiguo secreto mágico, ¿quién osará descubrirle? ¿Probaron muchos adalides, acaso, la aventura, o sólo uno, el Elegido, el Único fué quien osó probarla?... Un *Id* así en la entraña dura ¿podrá ser de mal presagio para la hueste valerosa?... ¡Oh tú, sablo drulda, indaga; dime, tú que conoces el pasado y el porvenir, cuál es la causa de que el sagrado *Id* quedase así! *Ello, lo que no puede decirse fué la causa*, responde el druida... Nadie pudo, en verdad, tener fuerza bastante para así clavarlo, a no ser aquel consumado campeón guerrero que está lleno de odio hacia sus héroes escogidos... Ese es el liero héroe que con su mano lo forjó. Nadie de la Inmensa hueste de los guerreros que custodian al rey, puede medirse con él ni resistir la prueba del *Id*, nadie, hasta que venga Aquel, el Prometido—*el hijo amado de un Padre enemigo*, que dice el Prometeo de Esquilo—que se alce de igual a igual contra el hombre celeste que aquello hizo y que escribió en el *Id*... Yo no sé más que eso, ¡oh casto y célibe clérigo!—el relato supone que el bardo informa al cristiano quien le pregunta sobre una religión en la que ya dejó de creer—y sé también que el *Id* no pertenece a la *pietra*...»

Los *Fir-Bolg*, aunque vendidos por los *Tuatha*, quedaron por mucho tiempo después en el país, especialmente en la comarca de Connaught e islas de Occidente, al contrario de lo que aconteció a sus vencedores, como se verá después. Las cámaras sepulcrales, dólmenes o *rath* de los *Fir-Bolg*, han sido cantadas por los bardos al par que las de los *Tuatha*. Los *Round-Towers* o *Cementerios de Erin* nos muestran las siete cámaras sepulcrales de aquéllos, entre las que descuella, con un verdadero jardín, la de *Carmen*, nombre perfectamente rifeño y arábigo, como tantos otros de estas gentes, que en la época de los opulentos Omeyas y reinos de Taifas españoles, sirviera para designar los más plácidos jardines andaluces donde floreciese el arrayán, el naranjo y el limonero, aquellos naranjos cantados por el lied de Beethoven, que dice: «¿Conoces tú el país donde florecen el naranjo y el limonero?» El aludido poema del Ossian *Cecinit*, continúa así:

•••••  
 «Estas son las siete cámaras sepulcrales:  
 El cementerio de Tailté para los escogidos,  
 El cementerio de Cruachan, que es todo pesadumbre,  
 y el cementerio de Brugh.

El cementerio de Carmen es el de los héroes Oenach Cuile, con sus anejos, el mortuorio retiro de la gente de Pharthalon y Teamar de Dun Firtan.

Veintiún *Rath* de sólida fama—sepulcros, mausoleos—en el que yacen enterrados los conspicuos de más renombre por el lado del delicioso y noble Carmen.

Siete túmulos todos separados, donde frecuentemente han sido llorados los muertos; siete llanuras sagradas sin una sola casa, para los ritos funerales de Carmen.

nio?) y *Semius* (el Semita), donde habitó la progenie de *Beothach*, hijo de *Iar bonel Fatha*, hijo de *Eimhedh*, que viviera antaño en las siete islas

Los tres cementerios de los ídólatras, añade otro autor, son: «el de Talltan el escogido; el siempre limpio cementerio de Cruachan—Culhuacán mexicana—y el de Brúgh.»

He aquí, en fin, la tabla de equivalencias numéricas y literales, en viejo irlandés, en inglés y en castellano, de los misteriosos signos rúnicos de los *Ogams craobs* empleados por los dos pueblos rivales y de los Fir-Bolgs o acaso sólo por estos últimos de los Tuatha de Danand:

Núms.	Letras equivalentes.	Nombre primitivo.	Nombre inglés.	Nombre español.
1	B	Belth.	Birch.	Abedul.
2	L	Luis	Quicken.	Espinó.
3	F	Fearn.	Alder.	Ailso.
4	S	Sail.	Sallow.	Sauce.
5	N	Nin.	Ash.	Fresno.
6	H	Hualth.	Hawthorn.	Acerolo.
7	D	Duir.	Oak.	Roble.
8	T	Tinne.	Holly.	Acebo.
9	C	Coll.	Harl.	Lino o yaro.
10	Q	Queirt.	Apple.	Manzano.
11	M	Muln.	Vine.	Vid.
12	G	Gort.	Ivy.	Yedra.
13	Ñ o Gn	Ngedal.	Broom or reed.	Escoba.
14	Z o St	Straif.	Blacktorn.	Endrino.
15	R	Ruis.	Elder.	Sauce.
16	A	Ailm.	Fir.	Abeto o pino.
17	O	Onm.	Furze.	Argoma o allaga.
18	V	Vr.	Heath.	Brezo o urce.
19	E	Eadad.	Aspen.	Alamo temblón.
20	I	Idad.	Iew.	Tejo.
21	E A	Eabad.	Aspen.	Alamo blanco.
22	O I	Oir.	Splndietree.	Boj, bonetero.
23	V I	Villean.	Woodbine.	Madreselva.
24	I A	Iini.	Gooseberry.	Grosellero.
25	A E	Amhancoll.	Two coll.	Pinsapo.

Las 15 primeras letras son las consonantes *taobanna* o *side trees*; del 16 al 20, las vocales *feadha* o *trees*. Los cinco últimos son diptongos, de los que el primero E A, equivalente a la X—o sea al 10 romano, nueva forma de IO—, y el segundo O I—IO también en semita—, son exóticos, y se los ha llamado *forfeada* u *over trees*.

del Norte del Mundo (Isla Sagrada de otras teogonías). Después de larga residencia en Escandinavia, el triste y errante destino de los Tuatha, narrado también en el código llamado *El Destino de los hijos de Tuirín* o *Tuiria* (el Sol), les obligó a cambiar nuevamente de residencia, pasando al norte de Escocia, donde permanecieron *siete* años; es decir, una Edad, habitando en las dos ciudades de *Dobhar* y *Olar-Dobhar* (el *Dobhar* y la *Dobhara*, como si dijéramos) (Book of Ballymote, t.º 17).

Cuatro célebres tesoros mágicos fueron traídos, según la tradición, por este extraño pueblo, uno de cada una de aquellas cuatro ciudades. De Falias trajeron el *Lia-Fail*, o *Piedra del Destino*, de la que tanto se ha escrito modernamente con motivo de la coronación de los reyes de Inglaterra, probablemente sin el debido fundamento, porque el asiento de piedra del viejo trono en la Abadía de Westminster, no tiene la forma fállica o cilíndrica que su nombre supone. La piedra oracular del *Lia-Fail* fué solemnemente instalada en Tara, la mágica capital del Gaedhil, cuyas ruinas aún se ven cerca de Dublín. Ella habló sibilamente a sus reyes, pero tronó feroz, con acentos apocalípticos, bajo los pies de Mony, el monarca milesiano que siglo después acabó con los *Tuatha* y su imperio. El Dr. Petrie cree que el verdadero *Lia-Fail* sigue en Tara, y es un obelisco de seis metros de altura, el mismo que allí viesen O'Lochain y O'Hartigan en los siglos X y XI. La piedra de Westminster pudo muy bien ser un asiento oracular de los milesianos posteriores, cual aquella otra que se dice sirviera para la coronación de los reyes de Ailech y que tenía señalados los dos pies de una raza gigantesca. Ella es de arenisca roja, y según cuenta Sir Rivett-Carnac, el investigador de las *coup-mark* o escrituras simbólicas en *cazoletas* en tan diversas partes del mundo, fué la piedra que utilizó como cabecera el patriarca Jacob (IAO), cuando, receloso de su hermano Esaú, fué desde Bersabee y Bethel (Bethel, la ciudad de las piedras mágicas o *betilos*) a Ibarán en la Mesopotamia. Jacob, después de haber visto en sueños la mística Escala celeste durmiendo sobre la *Piedra del Destino*, la llevó consigo a Egipto, y allí la tuvieron en su poder los israelitas hasta que acaeció el tránsito del Mar Rojo. No todos los egipcios que perseguían a Moisés y penetraron en este mar perecieron ahogados. Haytheques, hijo del griego Naulo, que se había casado con Scota (*Scotia*), hija del Faraón egipcio, fué en persecución de Moisés; púsose al frente de los egipcios —entiéndase más bien los atlantes— que no perecieron ahogados, y apoderándose de la piedra fállica, atravesó todo el Norte de África, pasó a España y fundó un reino en el Noroeste hacia Galicia, cuya capital fué *Brigantium*. La piedra sirvió de trono a Haytheques y a los reyes de *Briga*,

sus descendientes, los cuales eran sobre ella proclamados y coronados. Uno de éstos, con ocasión de enviar una colonia a Irlanda, acaudillada por su hijo Simón Breç, le dió la *Piedra*, que fué colocada en Tara, la capital mágica de Irlanda. Tal es la leyenda más aceptada; pero existen sobre la *Piedra* otras muchas, todas contestes en afirmar la extraordinaria estima en que fuera tenida siempre, llamándola también *Lapis Pharaonis* y *Anchora vitæ*. Este último nombre alude asimismo al hecho de que Simón Breç, al arribar a Irlanda, sintió detenida por la piedra el áncora de su buque al clavarse al pasar sobre ella levantándola del fondo de las aguas de la Rota Romana; es también el *Ator* u *Otur* mexicano inca y ario; el *Ator* o *Atanor*, el hornillo alquímico y también la *Noche-Madre*, de la cosmología egipcia, la iniciática obscuridad sin límites, el primer elemento del abismo donde las ondinas guardan el dormido *Oro del Rhin* o *Fuego del Pensamiento Divino* y *Geneslaco*; es el *Ar-ar-at* armenio, donde se dice parara el Arca de Noé. De *Tara* proviene también el nombre de los *Tarascos*, *tarascos* o *vascos* de *Tara*, es decir, gentes del Gaedhil o Galicia irlandesa; el de los *tarascos* o *atupascos* aborígenes septentrionales del Nuevo Mundo; el del río *Atabasco*, de América, afluente del Orinoco; el de los *tarascos* aborígenes del *Pázcuar* mexicano, que según el P. Motolinia, habitaron el *Mechoacán* (reino de *Melchas* o bárbaros, según el idioma sánscrito, y la propia Biblia cuando nos habla del Melchisedec o *Sadac*, sacerdote indígena de Siria y amigo de los primeros Patriarcas); del *Taa-roa* o *Taraoa*, el Poder Creador, según los indígenas de *Tahiti*, y en fin, de *Tura* o *Taraka*, la esposa de Júpiter (*Brihaspati*), que, según el *Taraka-Maya* ario o «cielo de la primera guerra en el Cielo», fué robada por Soma, naciendo de esta unión el primer Budha, guerra esta que parece el propio argumento de la *Iliada*, con el robo de Elena por Paris, etc., etc.

Esta *Piedra* es, pues, uno de tantos símbolos de la *Piedra-Cúbica* de que antes nos ocupásemos, y las leyendas relativas a ella establecen para el pueblo africano e ibero de los Tuatha un itinerario idéntico al que asigna la prehistoria a los primeros habitantes de las Islas Británicas. La capital de *Brigantium*, *Briga* y *Brócara* no es sino un detalle precioso, acerca del cual nos permitiremos hacer las siguientes observaciones históricas.

Fabulosos o no los éxodos o periplos de los Tuatha de Danand, parece que ellos fueron cuatro: el primero, de Este a Oeste, o sea de Egipto y Grecia a Irlanda, según Brash; el segundo, a la inversa, o de Oeste a Este, de Irlanda al Asia Menor, que acaso es al que alude frecuentemente *La Eneida* de Virgilio en los relatos de Eneas, que no son sino leyendas de la época; el tercero, de Asia Menor y Grecia hasta los Escandinavia; y el

cuarto, desde esta gran Península a las Islas Británicas y a algún otro país del Occidente.

El primer éxodo desde el Mediterráneo oriental a las costas occidentales de Europa, o, mejor dicho, a las tierras orientales del Imperio toltecaatlante, pues que aún no había sobrevenido la gran catástrofe, supone previamente la existencia en lo que hoy son costas orientales del Mediterráneo, de un gran emporio de civilización, al que aluden los conocidos diálogos platónicos en los que se habla de la resistencia que el gran pueblo pelasgo-heleno hizo a los pueblos occidentales, *fir-bolgs* o atlantes. Pero, ¿existió realmente tal emporio de cultura?

•Las recientes excavaciones practicadas en la isla de Creta, hoy Candía, preparan una revisión total de la historia mediterránea antes del período clásico. Aunque muchos problemas de ella permanezcan poco definidos, todavía otros, en cambio, se aclaran hasta la saciedad, tales como la existencia de un gran Imperio, cuyo centro era Creta, y cuyo comercio e influencia política se extendía desde el norte del Adriático hasta Tell-el-Ainarna, y de Sicilia hasta Siria, en la época del esplendor de Tebas, o sea hacia la octava dinastía egipcia. Como todo el comercio marítimo entre Europa, Asia y Africa estaba en manos de los cretenses, se puede inferir de la leyenda de Theseo que los minoanos dominaban en todas las islas griegas y en las costas de Atica.

Civilización semejante, al par que antiquísima, era sólida y digna de admiración. Las primeras capas de ruinas encontradas por el doctor Evans bajo el palacio de Knossos, fueron estimadas como anteriores en unos diez mil años a la Era Cristiana, y a partir de dicha época, el desenvolvimiento del pueblo minoano puede ser trazado sin interrupción. Tres grandes períodos pueden establecerse entre la Edad neolítica y saqueo final de Knossos, correlativos de otros tantos períodos de Egipto *menfítico* o del viejo Egipto, Reino Medio y Octava Dinastía o Imperio de Tebas. La más estrecha comunicación ligó constantemente a Creta y a Egipto, tanto en el comercio de ideas como en el de mercaderías; pero la civilización minoana fué esencialmente mediterránea y la más importante de cuantas se alzaron al fado del Imperio de los Faraones. En más de un particular se nota un acentuado sello moderno; sus palacios de piedra y ladrillo y el vestuario femenino diríanse pertenecieron más bien al mundo moderno que al antiguo. Al par el número de ciudades minoanas y sus inmensas riquezas, excedían a las que pudiera presentar Creta por sí sola, debido a poderío marítimo que las antiguas leyendas atribuyen a Minos. Así, cuando este poderío estaba en su apogeo, debió resultar dicho pueblo real-

mente formidable a las naciones vecinas, acrecentándose su prestigio por el misterio de las tierras que dominaban y por la maestría con que manejaban un elemento como el mar siempre aterrador para el mundo antiguo. Por Levante debieron circular muy extraños relatos de vastos palacios misteriosos, juegos, danzas, y, sobre todo, los combates o corridas de toros. El Imperio minoano, por tanto, era una vasta y antigua potencia ligada sus partes por el mismo mar, que les separaba al mismo tiempo de otras naciones cual un continente aparte dotado de una civilización propia. De repente, una racha de destrucción y aniquilamiento sopló sobre aquel emporio que, fiado a una dilatada experiencia de su supremacía marítima, dejaba desguarnecido el interior. Un desastre marítimo destruyó el poder naval de Knossos... y las teocracias de Grecia y del Asia Menor mencionadas por Eusebio, se apoderaron de la hegemonía. Es cierto que la influencia del Imperio derrocado perduró aún durante bastante tiempo; pero salvo la leyenda acerca del sabio Minos, la memoria de los minoanos se borró del recuerdo de las generaciones posteriores.

El anónimo escritor, con quien no estamos conformes en más de un extremo, continúa numerando, apoyado en Varrón y Plinio, los cinco laberintos de Porsena, Clusion; Knossos, Harwar y Lemos, que más adelante veremos también entre los nahoes de México, y relatando las luchas de la Liga Cretense con Egipto, hasta que fué desechada por Ramsés III, para terminar pretendiendo identificar la leyenda de la inmersión parcial del Imperio cretense, con la de los atlantes, siendo así que en diversos pasajes de la *Doctrina Secreta* se distinguen claramente el Diluvio Cósmico; el que sumergió a la Atlántida; el de Ogiges, el Samotraco y algún otro particular, sobre los que hoy no vamos a detenernos.

No insistiremos en más citas referentes a la existencia, frente a las postrimerías del poderío atlante, de aquel grupo de naciones ya de sangre verdaderamente aria, que se sucedieron durante muchos siglos por todo el contorno del Mediterráneo de entonces, naciones proto-caldeas, es decir, arias, porque equivaldría a dar en estos renglones un difícil y largo curso de prehistoria aria. Los arios, en efecto, no son de ayer, sino de hace un millón de años, y los primitivos indos, caldeos, parsis y celtas ya habían creado, engrandecido y perdido más de un Imperio en Asia y en Europa, antes del último hundimiento atlante de la isla de Poseidón, 9000 años antes de J. C. y al que se refiere el diálogo de Solón con los sacerdotes de Sais, tantas veces aludido. Las crecientes y continuas oleadas de ellos de Oriente a Occidente en flujo y reflujo con las de los atlantes, operadas en sentido contrario, fueron el argumento histórico de dilatados

siglos, y a una de ellas en especial, b, mejor dicho, al conjunto de todas ellas en abstracto o simbólicamente, es al que se refiere la tradición del primer éxodo de los Tuatha desde Grecia hasta Irlanda, con tanta ligereza rechazado, como histórico; por Rolt Brash; estos *Tuatha*, de los que aún en pleno desierto sahariano han dejado también su nombre legendario en el *Oasis del Tuath*, no lejos de la misteriosa *Skelmesa* marroquí, emporio que ya era un montón de ruinas informes en los días del Cartago anterromano. La misma meseta tripolitana de Yebel-Ourán ofrece alguna analogía en su segundo nombre, con algunos nombres irlandeses.

Este primer éxodo, en suma, no fué exclusivo de Irlanda, sino totalmente mediterráneo, nórdico y atlántico, y está compendiado en una leyenda universal: la de Hércules. Cedamos nuevamente la palabra sobre ella al propio Rolt Brash, en la parte que se refiere a las regiones boreales y occidentales, ya que harto conocida es esta leyenda entre los pueblos mediterráneos, desde el Asia Menor hasta la Península Ibérica.

• Los bardos de Irlanda atribuyen la invención de los Ogams (escritura ógmica) a Ogma, cuya genealogía se halla consignada en el Códice de Lecann (folio 280, p. b. c. 3), con estas frases: «Dagda el Grande, Dealbaoh, Breas, Dana y Ogma». *El Adorador del Sol*, era el quinto hijo de Elatan, hijo de Dealbaoh, hijo de Neid, hijo de Judai, hijo de Allai, hijo de Thait, hijo de Tabairri. He aquí a Breas, el poderoso, Dan, el poeta; Dagda, el del fuego del Gran Dios; Ogma, el de las letras y la elocuencia... Ogma, es también apellidado Ogma Grianicus y Ogma Grian-Aineach, al cual el doctor O'Curry considera como *of the sun like face* de cara de rutilante sol. (M. S. Mat. Iriser History, pág. 243.) Este dios ocupa en la mitología de Gaedhil un lugar parecido al de Apolo en el Panteón griego. Él fué el último dios de la poesía, la elocuencia y la música, todas las cuales se atribuyen a Ogma. Apolo ha sido identificado con el Sol asimismo. Vossius diserta acerca de la personalidad de Apolo, y encuentra que es la personificación del Gran Luminar. Los epítetos aplicados a Ogma, de *el Amado del Sol, el Adorador del Sol*, etc., se derivan de *Grian*. *Grian* es el *Grial* famoso de otras leyendas nórdicas: el Sol; el Sacro Viril o Viril, cuya conquista ha sido tema de tantos poemas, *Grial* hasta llegar al *Par-sifal* de Wagner, que en lengua gaedhética se suele aplicar al Sol, a la luz y a aquellas raíces que entran en la composición de multitud de palabras, tales como *griannar, sunny, warm, grianan, grianoc, sun dial*, etc., todas referentes al Sol o con él relacionadas, como el monumento de Inveresk, en la Escocia del Sur, con la inscripción de «Camdem» (v. III, pág. 310).

• Appollini *Granno* Q. Lusius Sabinianus, proc. Ang. V. S. S. L. V. M. •

•Nosotros mismos hemos visto inscripciones de los bretones romanizados, con nombres de deidades del país de sus conquistadores, tales como Minerva, Belasama; Mercurio, Teulates; Júpiter, Dolichenus, y Marte, Bra-ciaco. En Castle Hill, en el Valle de Antonino, se ha hallado una inscripción consagrada a los dioses de los campos y a las deidades bretonas por galos romanizados. La inscripción de Inveresk se ha encontrado en conexión con el país de los *brigantís*, raza céltica que actualmente no existe en él. Tenemos, en fin, otra pieza de convicción de que el nombre de Ogma se ha identificado desde muy remotos tiempos con el Instructor de la elocuencia entre muchas tribus del Oeste de Europa, nos ha sido dada por Luciano en su descripción del dios galo Ogmios.»

•Este pasaje ha sido dado a conocer primero por John Toland, quien al par identifica a Ogmios con el Ogma de Irlanda (*Historia de los druidas*, páginas 72 y 154). Los trabajos de Toland aparecieron en 1726 y han sido publicados y comentados con igual criterio por el doctor O'Donovan en el *Journal d'Arqueologie*, VII, página 81, y por Betham, en su *Gael and Cimbri*, página 81. Lo que sigue está tomado de Franklin Lucian, II, página 340.»

•Los galos, en su lenguaje, llaman a Hércules, Ogma, y hacen un extraño simbolismo del mismo, pues le representan como un hombre de ancianidad extrema, casi calvo, con un mechón de cabellos de plata sobre la rugosa frente y el rostro de macilento color tostado como el de un viejo lobo de mar. Podría tomársele por un Caronte o un Jafet de las riberas infernales, si no se viese en él también a Hércules con todos sus conocidos atributos: la piel de león colgando de sus hombros; la clava o maza en la diestra mano y en la siniestra el arco temible: es decir, el prototipo del perfecto Hércules. No llego por eso a suponer que los galos llegasen con esto a darnos una copia de la deidad griega, sino más bien su reflejo en recuerdo de alguna irrupción en su reino, operada como la legendaria de «los bueyes de Gerión» en Iberia. Recuerdo, sin embargo, un pormenor notabilísimo. Dicho viejo Hércules aparece representado como seguido por una gran multitud, a él ligada por diminutas y frágiles cadenas de oro y de ámbar de hermosas apariencias, de tal modo, que más parecían así encadenados por voluntad que por fuerza; una esclavitud dulce, grata y dichosa en honor de su caudillo amado, y lo más raro del caso es que el pintor en cuestión no parece alcanzó a representar por dónde se fijaban semejantes cadenas en el caudillo, ya que sus manos estaban ambas ocupadas por la maza y el arco como va dicho, como no fuese adheridas a la lengua de Hércules el semidiós. Admiraba largo rato la figura no sin cierta repug-

nancia, sin acertar a comprender el obscuro significado de tamaño simbolismo, cuando un galo, sentado a mi lado, un hombre versadísimo en la literatura griega, que hablaba un lenguaje perfectamente correcto y que, como tantos de su nación, era todo un filósofo, dirigiéndose a mí me dijo: «Te veo, oh extranjero, preocupado por esclarecer la significación de esta pintura. Yo te la esclareceré. Nosotros no solemos simbolizar la elocuencia con la figura de Mercurio, sino con la de Hércules, tan fuerte como él y aún más poderoso, y no te debe extrañar que le representemos a éste como un anciano, porque en dicha edad es cuando la elocuencia llega a todo el vigor de su madurez, de acuerdo con el dicho de uno de nuestros poetas: «La juventud es un estado vacilante y frívolo. A medida que la edad avanza alborá la venerabilidad. Los ojos del discernimiento sereno empiezan a abarcarlo todo. Ve ya cuanto sucede al presente y cuanto puede llegar a suceder. De todo se informa y a todo provee del modo mejor. Por eso es preferible a la misma juventud la edad madura para nosotros, y nuestro Néstor destila mieles por su boca cuando habla. Los viejos oradores troyanos fueron celebrados por su dulce voz, tal era de florida y sugestiva, y recuerdo muy bien que semejante poder sobrehumano de la elocuencia fué el que hizo colocar a Hércules en el número de los dioses. Dada la relación íntima que guardan los oídos y la boca, no tiene nada de extraño que la dulce cadena se represente así, desde la lengua del instructor hasta los oídos de sus discípulos»... Así habló aquel galo sabio y sin este testimonio precioso, unido al de César, cometeríamos aun el error de considerar como bárbara o iletrada a aquella raza tan culta, que contaba entre sus hijos al personaje de que nos acaba de hablar Luciano, «versado en los conocimientos de los griegos, hablando un lenguaje correcto, y siendo, en fin, todo un filósofo verdadero, como cien otros en su país. César, por su parte, consigna claramente que entre los galos eran usados los caracteres griegos» (1).

•El anterior pasaje de Luciano—sigue diciendo Brash—, es una corroboración absoluta de que el Ogma de los Gael no era una fantasía de los bardos medioevales, sino antiquísima y curiosa tradición, piadosamente transmitida hasta ellos por sus antepasados galos, y merced a esto no cabe duda de que la raza de los conquistadores de Erin fué una rama de aquel viejo cuanto notable pueblo, cuyos anales y demás manuscritos consignan, por supuesto, las continuas relaciones entre Irlanda y Galia en edades remotas. Los galos no eran tampoco los únicos en representar a Hércules

(1) Esta influencia griega es sabido que aun hoy se advierte en la lengua francesa no obstante el poder absorbente del latín.

como el protector de las letras y de la elocuencia, ya que los griegos también le representan como protector de la Ciencia y conductor de las Musas (Bryant, capítulo II, página 347). En resumen, Ogma y Ogmius son dos vástagos de la familia céltica, y el inventor o introductor del alfabeto entre los hombres ha sido siempre una divinidad mítica con todos los atributos del conocimiento, la elocuencia y toda la actividad intelectual, punto de apoyo suficiente para poder afirmar la inmensa antigüedad de la palabra *Ogma*, en conexión con la introducción del alfabeto entre los hombres (1). El culto de Hércules aparece, pues, difundido en la remota antigüedad entre escitas, asirios, fenicios, griegos, etruscos, romanos, iberos, godos y celtas, como una sola divinidad con nombres y atributos diversos, según los países, como un poderoso rey o caudilló cuyas armas victoriosas se pasearon por la casi totalidad del mundo habitable de entonces, en Asia Occidental, Africa Septentrional, Sudoeste y Oeste de Europa, sojuzgando naciones, alzando nuevas ciudades y fundando colonias, por lo cual fué divinizado al morir por todos los pueblos a los que alcanzaron sus empresas. Es más: se ha supuesto que hasta el glorioso conquistador egipcio Sesostris, en el que con frecuencia se ha simbolizado la magnanimidad, no es sino el Hércules original, cuyas hazañas se han corrompido, formando mito, entre los griegos, con todas las fábulas de que le vemos rodeado en los escritores clásicos (2). Esta curiosa leyenda de Hércules, está conexas en cierto modo con las emigraciones de los pueblos de Europa occidental, según resulta de múltiples consideraciones. De acuerdo, en efecto, con los clásicos, el país originario, Grecia, en esta edad primitiva, después de llevar a cabo multitud de hechos gloriosos, invadió la Escitia, penetrando hasta más allá del Monte Cáucaso, donde halló a Prometeo en su duro

(1) Por uno de esos misterios del lenguaje, contra los que aún no ha encarrado la moderna filología, el vocablo *Ogma* y el vocablo *Mago* son homófonos entre sí como lo son respectivamente los de *Taro*, *Othar*, *Tora* y *Tara*, que estudiaremos al ocuparnos de la vieja cartomanía egipcia y semita, y como lo son, en general, tantos términos ocultistas de La Doctrina Secreta.

(2) Si a esto añadimos que el Quetzalcoatl o Venus de las religiones de los nahuas, mayas y quiches americanos no es sino el Hércules de aquellos países, como en breve demostraremos, resulta Hércules un Instructor universal, a la manera de Hermes, Orfeo, Buddha, Cristo o Mahoma, es decir, un Rey-Divino, un Hermapo mayor de la Humanidad, a quien el criterio más elemental tiene que considerar como cabeza de una de las grandes religiones troncales del Mundo: la obscura religión jainita quizá, en Europa, religión que aunque nacida en Asia como rama del Hinduismo o Brahamanismo, vendría a ser a modo de un Cristianismo prehistórico en Europa y en Africa.

cautiverio y a las terribles Amazonas de Thermocon. De regreso luego en Grecia, emprendió la expedición hacia el Oeste de Europa, la más notable de todas, dirigida primero a Creta y tierras costeras africanas a partir del Egipto, donde tras varios encuentros fundó la ciudad de Hecalompópulos. Atravesó después la Libia hasta el Fretum Gaditanum, donde erigió las «Columnas» memorables. Cruzó la Península ibérica, venciendo en ella a los hijos de Churusaor, y robando los famosos «Bueyes de Oerlón», todo con el principal objeto de encaminarse a la Galia y a la Celtia; fundó en la región occidental la ciudad de La Coruña en España y la de Alexis en la Galia, donde encontró a los gigantes Albión y Bergión, y tras nuevas expediciones—tales añadiremos nosotros, como la batalla de Maytura contra los Form-oriones—, hubo de penetrar por los Alpes en Italia. Tal es también justamente la historia de las emigraciones en el territorio de Gaedhil; las desde la Escitia hasta el Egipto y las desde la Libia hasta España, Galia e Islas Británicas, expediciones idénticas en un todo, incluso en el episodio de las Amazonas y del Laberinto de Creta. La memoria de Hércules (héroe probablemente fenicio más que griego) está íntimamente ligada con la de La Coruña (1), en la boca de cuya bahía se alzó un notabilísimo faro al que se le asigna inmensa antigüedad en las tradiciones locales, atribuyéndole al Hércules fenicio, cuyos comerciantes le erigieran como gula en aquellas remotas costas. La *Torre* original fué reedificada con nuevos sillares en 1797 (Wilde's Narrative, Dublín, 1844, página 9). Coruña, por otra parte es la *Tor Breogan* de los escritores bárdicos, quienes hacen de *Breogan*, el hijo de Bratha, el caudillo del Gaedhil hispánico (Galicia), donde existió una ciudad y un faro de este nombre, desde lo alto de la cual su hijo Ith alcanzó a columbrar a lo lejos la costa meridional de Erin en un claro día. El nombre de *Breogan* existe en el de *Braganza*, cuyos descendientes son llama-

(1) Igual pudo decir con Gades (Cádiz) donde existió el famoso templo del Dios Sin Nombre, en las profundidades de la actual plaza de *Sancti Petri*, que es descrito por Castro en su *Historia de Cádiz* en estos términos: «Era de arquitectura fenicia, de 70 p. de largo; el techo de vigas tan fuertes que aspiraban a la incorruptibilidad, según Sillio Itálico. En el frontispicio aparecían grabados los 12 trabajos del dios. La divinidad del templo era invisible, ninguna imagen daba a conocer dentro de su recinto la figura del Sér a quien se tributaban cultos. Los sacrificios humanos jamás en él existieron, y un fuego inextinto, bajo la vigilancia sacerdotal, ardía en sus aras. El vestido de los sacerdotes era de lino blanco, con toca. La ropa del ceremonial era blanca también, pero con flores carmesíes. Cuando los sacerdotes ofrecían incienso al numen iban sin ceñidor en la túnica, desnudos los pies y recogido el cabello. Permanecían todos en estado de castidad.»

dos los *Ilanna Breogan*, en las poblaciones de un extenso distrito hacia el centro y este de Irlanda, que se ha denominado la llanura de Bregia, o sean los *Brigantii* de Ptolomeo y de Tácito (1). Hércules, al decir de Diodoro de Sicilia (libro IV, capítulo I), fundó la ciudad de Alexia en la Galla, la que a la sazón gozaba de grandes privilegios y era veneradísima por toda la nación céltica... (2): Para terminar, el nombre arcaico del Hércules-Ogmios ha sido también en *Qaedhil*, *Erc*, *Erca*, *Ercus*, y así se han consignado en los Anales y esculpido en los monumentos ogámicos (Véase Dummore y Roovesmore y las formas griegas y etruscas de *Ercles* y *Arcles*.) (3).

•La Indoie guerrera de los siluros y el área de difusión que generalmente se les asigna en situación opuesta o frontera a las costas de España dan gran verosimilitud a la hipótesis de que los antiguos iberos hayan llegado alguna vez a ser dueños de su territorio... Tácito halla en los siluros la fiera indomable de la raza ibérica, con todos los rasgos físicos y morales característicos de los celtas españoles, cuyo verdadero nombre nos ha sido conservado por el escritor romano, o sea el de *Gaedhellc-one-Caractatus*. La ortografía arcaica nativa ha sido fielmente observada, ya que la terminación latina del nombre es *Carctac* o *Cartacc*, que hallamos en la inscripción ogámica de Banrachaurlín, condado de Cork, en la forma de *Carrttac*, que es el *Carrthalh* de la página 35 de la obra *Tribes and Customs of Hy Maine*. En los Anales de Ulst, es *Carthach*, que por un proceso lógico del lenguaje ha degenerado en *Carthalgh* y en el moderno *Carthy*, uno de los nombres más generales del Sur de Irlanda.

•Los *Suil-Eibher* (siluros) y *Crelle* son formas también gaedhéticas. El mismo asenso que hasta aquí se ha prestado por los escritores del *Qaedhil*

(1) Briga, ha sido la desinencia común de «ciudad» de multitud de poblaciones ilustres de la Iberia pre-romana y romana, tales como Aogustóbriga, Nertóbriga, Londóbriga, etc. Este último nombre, parece ser el de una isla entera frente a un promontorio de Lusitania, nombre, como se ve, radicalmente análogo al del moderno Londres. «Briga», más que ciudad es «fundación», «religiosa erección» y de aquí que «la palabra haya quedado para la Inglesa de bright», «puente», obra de los *iniciados sacerdotes* o *pontífices*, cual entre los etrusco-romanos.

(2) En el tomo III de la Doctrina Secreta se mencionan varias veces las dos ciudades iniciáticas de Bibractis y Alexis, destruidas por la cultura romana, como las de América, por los españoles, copiándolos de Ragón.

(3) También pueden verse las formas análogas de *Orcus*, *Orca*, *Hércades*, *Forcas*, etc. Diríase, pues, que el *Orcus* del poeta Luciano, adonde van las almas de los muertos (Hades) es también la morada de los Tuathas del *Qaedhil*.

¡Triste y eterna obra de las empresas militares de cultura!

respecto a una posible colonización prehistórica irlandesa de las costas del Noroeste de España, cabe prestar al hecho de que el pueblo cuyos descendientes ocuparon el Sur de Irlanda en un período prehistórico remotísimo, al que hoy conocemos por su nombre originario de *Stol-Eibher*, que acaso es el de *Eibher* o *Eibhar*, una importante población vasco-española, célebre por sus armas. El nombre de Eibher, o Heber, como también se ha escrito, revela, no a un individuo aislado, sino a todo un pueblo, tal como la Iberia y sus iberos, conclusión que se puede llevar hasta la evidencia con una simple ojeada etimológica.

• Si examinamos las tradiciones gaedhéticas, hallamos que los antecesores de los *escotos* venidos de Scythia a Egipto y de Egipto a España, que se encontraba habitada en aquellos tiempos por tribus hostiles a las que empujarían hacia la emigración, hacia las regiones del Noroeste de la Península, tales como Galicia, una de cuyas principales fortalezas costeras sería la de Tor-Breogan (Brigantia), así llamada por haberla fundado Breogam, y de allí pasaron a Irlanda.

• Scitia es un término genérico para tomar las tribus primitivas, esparcidas en los albores de la especie humana hacia los mares Negro y Caspio, frecuentes emigrantes hacia la Caldea Palestina, Egipto y todo a lo largo de las costas europeas del Mediterráneo, empezando por Grecia (*Bryant, Analysis of Heathen My*, c. III, págs. 183 y 505), hasta España, donde reprodujeron la Escitia ibérica, y en Irlanda y Gran Bretaña del Norte, entrambas Iberia y Albania, donde por feliz casualidad aún se ha podido conservar el nombre gaedhético de Eibher. El nombre de Alba fué dado a la tierra escocesa por la misma raza, en atención a su montañoso aspecto, y también el de Albania o Albaín en los manuscritos irlandeses más antiguos.

• Tácito identifica los siluros con los iberos; Ptolomeo nos informa de que un pueblo denominado *Briganti* ocupaba parte de la comarca central de Irlanda, y si examinamos cuidadosamente la primitiva Historia de España, veremos que la ocupación millesiana de Hibernia (Irlanda) está fuera de duda... M. Varrón habla de los iberos persas (?), fenicios, celtas y penos. Estrabón dice que el nombre de Iberia abarcaba toda la zona comprendida entre el Ródano y el istmo formado por los dos golfos gallegos (l. II, c. IV). La Aquitania entera estuvo ocupada por gentes ibéricas. La antigua Irlanda se denominaba a sí propia *Gael*, y añade aquel autor que sus antecesores arribaron al país desde las costas del Noroeste de España, y con referencia a antiguas autoridades, cita en éste una región denominada *Gallicia*, con un pueblo llamado *Gallaici*. Nos encontramos también con una tierra alta llamada *Ortuagal*, origen del nombre moderno del reino

de Portugal, y con que el Oael estaba dividido en tribus, tales como Clanna Eibher, Clanna Breogan, Clanna Heremón... La tribu de Kerry Had, desde Shannon hasta Carnsore Point en las costas de Leinster, estuvo formada no sólo por el nombre arcaico de Spania, sino también por el Artabri, uno de los pueblos de Galicia, siendo de notar que Artbar es nombre propio gaedhético y que contamos, en fin, con cántabros, celliberos, berones (veltones) (?) y bargussi (tharusos) (?), tribus todas del Norte de España. El Clanna Breogan estuvo representado por los Briganti gallegos, cuya ciudad principal se asentó donde hoy Braganza. La tribu de antaño, conocida como de Va Bhaiscinn y cuyo territorio se ha llamado después Corca-Bhaiscinn, tiene sus correlativas entre los vascones, una tribu del Norte de España representada hoy probablemente por los modernos vascos. El Clanna Heremón o Eremón. De *Clanna*, equivalente a la palabra *Clan* o reunión de tribus caracterizadas por un origen común, equivale a la tribu de los Herminios, hacia el Oeste de España, la cual, según Dion Cassius, fué dominada y exterminada por César (Dion Cassius, Stephan). En tiempos de Estrabón la Bética estuvo dividida en dos denominaciones: Turdetania y los Túrdulos, cuyos habitantes aparecen pintados como una antiquísima raza con leyes escritas en verso de unos seis mil años de fecha; pero entrambos términos son gaedhético puro: Turdetania como *Tir*, tierra, comarca o región y Tana «herd» «drove», «semillero de gentes», literalmente «piara» o «ganadería», o sea, en suma, la *tierra de los Herds*. Habla también Estrabón de la superabundancia de castillos en el país, superabundancia que hubo de continuar en la Edad Media, y de donde provino, como es sabido, el nombre de Castelli, Castilla o Castiela (I. III, c. II). Turduile, o sea *Tir dhile*, significan «comarca deleitosa», símbolo muy adecuado para *El Jardín de España*. En cuanto a los ríos denominados *Dur*, *Abhain*, *Visge*, and *Bior*; *Dur* significa agua y es la radical de multitud de ríos y regiones marítimas, tales como Duera, Duerma, Dorio, Toreon, Teron, Tera, por ser la T y la D permutables en gaedhético. Abhain, pronunciada Avon, y Owen es el nombre del principal río o corriente de Irlanda y entra en la composición de más de un centenar de nombres, con las formas de Oun, Owen, An y On, con prefijos y sufijos tales como Ounabin, Ounageeragh, OVENmore, Owenbeg, Shannon, Sullave, Funcheon, Dalligan, etc. En los ríos españoles dicha forma aparece, por el contrario, como sufijo, cual en Nalón, Jabalón, Aragón, Asón, Pirón, Carrón, Nerián, Sedana, Taiana, Guadiana o Anas... Andaro, Unna... Abona, Abhain, etc. En Llanes tenemos el Irish-Lanne, río de Kerry y el Betis o Guadalquivir en el término Beit, par, pareja, río de dos ramas. Bior es otro nombre gae-

dhélico del agua, el hebreo *beer*, Tobar, Tubber, Tipper en Irlanda y Bernesga, Sabor, Tambre, Piron, en Iberia. La palabra Brug, Brugh; palacio fortificado, la encontramos también como Brog, habitación, y Brughean, palacio, o sea en España Burgidium, Brigaecuno, Lacobriga, Arcobriga, Netibriga, Mirobriga, Cetobriga, Dessobriga, etc. Otra palabra analógica en uno y otro país es la de Caer, que entra en la composición de un número enorme de nombres de lugares en Irlanda (recinto fortificado), y en España Carinicum, Carae, Cortona, Cara, Carracam, Carcuvium, Carmona, Carica, Corduva, Carula, Carteia, Carthago, Brocara y tres Carteias (1)... La raza

(1) A la altura en que ya se hallan los estudios de Filología Comparada, bien puede asegurarse que en la lengua vasca o éuscara se halla la clave explicativa de la inmensa mayoría de los nombres de pueblos, montañas, ríos, etcétera, no ya de la Península Ibérica, sino de no pocos nombres dispersos por la Europa occidental y Norte de Africa, cuando no de la propia América. Sobre este particular existe una muy numerosa bibliografía, en las principales lenguas, y entre ellas los estudios del sabio filólogo D. Julio Cejador, en su *Tesoro de la Lengua Castellana*, y trabajos de D. Francisco Fernández y González. Es clásica aún en la materia la obra del Inmortal Humboldt, *Recherches sur les habitants primitifs de l'Espagne*, traducción Marrañt Frank, 1866, de donde extractaremos algunos conceptos, tales como el de qué el filósofo Leibniz y el poliglota Hervás y Panduro, creen también, como Humboldt, que los *euskues*, a quienes los extranjeros denominaron iberos, no hablaron otra lengua más que la vasca, repartida en multitud de dialectos por todo el territorio peninsular (véase Max-Müller, *Science du langage*, pág. 146, éd. francesa). El príncipe Luis Lucien Bonaparte, en su obra *La langue basque et les idiomes finnois* (1862), deduce de la comparación de muchos nombres de lugares en Iberia, Galla, Italia; Islas del Mediterráneo y Tracia, que todos estos países y algún otro tuvieron una lengua común, que muy bien pudo ser el vasco extendido, como va dicho, y sirviendo de nexo o parentesco evidente entre iberos y celtas, como también con las lenguas americanas. Théodore de Laubadie (1836), en sus *Etudes grammaticales sur la langue euscarienne*, señala analogías poderosas del vasco con el sánscrito, georgiano, finés y otras lenguas de Africa y América del Norte. Agustín Chao adopta las ideas de Eichhoff sobre el origen africano de la lengua vasca (siendo muy cierto que en la guerra de España con el Riff en 1860, vascos y bereberes lograban entenderse directamente). Bondard señala analogías entre el alfabeto tuareg o thuatá del Desierto y el viejo turdetano, aunque Momsen ha querido probar que estos pretendidos alfabetos originales eran el fenicio más o menos alterado, cosa, después de todo, que altera poco los términos del problema por ser los fenicios descendientes de los acadio-caldeos o vascos mediterráneos. Bergmann, en su *Memoire sur les Gêtes*, cree a los vascos verdaderos sabmeanos (japones-fineses). Alfred Maury y M. Schelchez, enseñan que el vasco es lengua polintética, cuyo organismo concuerda de una manera sorprendente con los idiomas del Nuevo Mundo y

ibérica de los conquistadores de los Fir-bolgs o Damnoni debió, pues, tener idéntica procedencia.» Todo esto, por supuesto, sin contar con las numerosas toponimias apuntadas con cargo a Asturias en nuestro *Tesoro de los Lagos de Somiedo*, y donde nombres como los de *Ballymote Brec*, etcétera, que aquí juegan como gaedhólicos, son otros tantos poblados de la misteriosa región del Eo, el Navia y el Narcea, en especial la de los Oscos o Vascos.

Determinado así, por el propio Brash, la comunidad de origen entre irlandeses e iberos, conviene saber hasta qué punto la buena magia, la de la virtud y de la ciencia, sin supersticiones idolátricas ni cruentos sacrificios era característica de estos pueblos, tan nobles como antiguos.

Carrasco, en su *Mitología Universal*, dice: «Con razón se asegura que los primitivos españoles tuvieron su culto, originario e indígena, distinto del importado por celtas, tirios, cartagineses, griegos y romanos (o sean, declimos nosotros, su culto distinto de aquellas prácticas necromantes que nos ha relatado Beltrand). Eforo, hablando de Iberia, dice que en su tiempo (338 antes de J. C.) *no había templo de dios alguno en Turdetania, y que tampoco realizaban sacrificios según la práctica general*. Sólo se

---

con las lenguas tártaras, siendo, según Charencey, la sola lengua verdaderamente indígena de Europa, o que no se ha debido a Asia. Pablo Pedro de Ascarlos, en su *Apología de la lengua vasca*, y el célebre Juan Bautista Erro y Aspíroz, en su *Mundo Primitivo y Alfabeto de la lengua primitiva de España*, al continuar la obra de Hervás y Panduro y de Larramendi, han prestado gran servicio con ello a los estudios de Filología Comparada, que es hoy quizá la arma más poderosa de los estudios prehistóricos. Mil detalles dispersos de la grandeza religiosa de esta lengua, especie de supervivencia de la que se habló probablemente en la Atlántida, existen o han existido en *La Iberia* (Strabón), *De situ orbi* (Pomponio Mela), *Naturalis historiae* (Plinio), *Iphigenesis Geográfica* (Claudio Ptolomeo), *Itinerarium provinciarum Antonini Augusti*, *Orae Maritimae* (Rufo Festo Avieno), *Guerras Púnicas* (Silvio Itálico), *Periegesis* (Dionisio Alejandro), *Periplus Iberiae* (Marciano Heracleota), *Tábula Peutingeriana* o mapa de veinte pies de longitud hecho al tenor de las enseñanzas de Anaximandro. En fin, entre otras muchas y muy valiosas obras de tiempos modernos, tenemos las de Cartailhac, *Edades prehistóricas de España y Portugal*; Simonet, *Glosario de voces ibéricas*; Cubello Piñol, *Nomenclator*; Ed. Phillipon, *Les Iberos*; Hoffman, *Los iberos en Oriente y Occidente*; Leibnitz Yung, en su comparación del copto y el basco; Fournel, *Historia de los berberiscos*; Hübner, *Monumenta Linguae Ibericae*; Pierre Paris, *El Arte en la España primitiva*; los estudios de D. Manuel Antón, catedrático de Antropología de Madrid, y cien otras publicaciones arqueológicas, tales como el *Boletín de la Real Academia de la Historia* y *O Archeólogo Portuguez*, etc., etc.

veían los dólmenes y meuhires, que primitivamente—añadimos nosotros—, no se dedicaron a enterramientos, sino a lugares secretos de iniciación, ni más ni menos que la pirámide de Gizeth, como lo prueba, entre otros detalles, el aparecer el techo y las paredes de muchas de estas criptas que empiezan a estudiarse ahora a fondo por nuestros arqueólogos, cubiertas de delicadísimas pinturas que no han podido hacerse a la luz del día, sino a una luz desconocida por nosotros: una especie de *luz astral* propia de las iniciaciones mágicas (1). Según Estrabón, los celtíberos y sus comarcas del Norte, adoraban a un Dios sin nombre, Dios que, según el propio San Agustín, era el Dios Unico, Inefable, Incorpóreo, Incorruptible... Autor de lo Manifestado; un Dios, en fin, como el de los sabios y los filósofos: nuestro Origen y nuestro Bien. Duplex se expresa así sobre el asun-

(1) El estudio de las pinturas llamadas *rupestres*, o de las cavernas paleolíticas y neolíticas, ha tomado en todas partes gran fomento. De las primeras que se dieron a conocer en Europa fueron las de la cueva de Altamira y las de Fuencañete, sufriendo los defensores de su procedencia *humana*, no natural, los Sres. Góngora, Villanova y Fernández Guerra, no pocas burlas de la crítica, hasta que un día pudo establecerse las identidades de ellas con las de Dordóña, con la cámara tumular de Mane Sud en Locmarlaker Morbilán (Baja Bretaña), con los del arroyo Smolank, afluente del río Irirpisk (Siberia), y después poco a poco con la infinidad de sus similares en una zona enorme que abarca por lo menos desde la Escandinavia hasta el Atlas o, mejor dicho, en todos los países de abalengos atlantes. Son clásicas en ese tenor las del Alcalde del Río (Santander), la de Coque (Lérida), donde aparecen pintadas mujeres de perfecto tipo africano o egipcio, la de la Graja y sus similares de Menga, el Romeral, etc., estudiadas en Antequera por el Sr. Gómez Moreno, las de Ciudad Real, las que se han publicado por docenas en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, en España, y en la revista del gran Leite de Vasconcellos, el autor de *Religiones de Lusitania*, en *O Archeologo Portuguez*, la célebre cueva de la Pastora y los Canchos Pintados de las Batuecas; las innumerables francesas estudiadas por Carthillac y hoy por el Abate Breull, por los Sres. Overmaler, Hernández Pacheco, Cabré, Marqués de Cerralbo y hasta las alemanas de Niederbronner, recientemente estudiadas por Charles Matthys, sin olvidar las venerables ruinas de Stonehenge y las Irlandesas y escocesas, que pueden verse citadas en la obra de Rolt Brash, con estilos cuya plena florecencia hallamos después en las salas hipostilas de Karnac y en la pirámide egipcia, y cuyas pinturas que los arqueólogos europeos toman inocentemente hoy por dibujos incipientes y toscos de aquellas razas, al modo de los tan imperfectos de los chicos, siendo así que muchos de ellos son, como pronto demostraremos, verdaderos numerales ógnicos, variantes de los estudiados en México e inscripciones arbórescentes a manera de las gaedhlicas e ibéricas.

to: «es cosa harto admirable que estando las otras naciones del mundo sumergidas en la idolatría y en el culto de diversas divinidades con múltiples nombres, los celtíberos adorasen al Dios sin Nombre...» Los Padres Mohe-  
hedanos, añaden: «Preciso nos es el confesar que apenas se hallan vestigios de idolatría española antes de la venida de los fenicios—acaso por esta causa fué preservada España de la ulterior catástrofe atlante, como siglos antes lo fuese de la lemúrica—. El culto y la religión de los naturales, si alguno tenían, no era tan supersticioso y abominable como el de algunos pueblos de Oriente, ya que en las naciones tenidas entonces por cultas, floreció la idolatría, multiplicándose las deidades hasta lo infinito, aunque más en las civilizadas que en las menos cultas, cuya propia barbarie las preservó largo tiempo de tamaña desgracia. Su religión—continúan los sinceros eclesiásticos—, era falsa, breve y menos refinada que la de los pueblos civilizados de entonces; pero al mismo tiempo más sencilla, menos supersticiosa y absurda. Masdeu, en su *España Sagrada*, confiesa que hay que convenir en que la Religión Revelada (la primitiva o paradística) se introdujo en la Península con los primeros hombres y se mantuvo constantemente pura por la tradición oral hasta que los fenicios implantaron la caterva de sus deidades. Erro, en fin, confiesa que los primitivos españoles, por el simplicísimo rito de aquellos tiempos, no conocían templos ni altares: unas piedras amontonadas—casta base—decimos nosotros—, del más profundo culto a la Madre-Naturaleza, único practicado por los patriarcas, desde Abraham hasta Job, igual que en los tiempos precorámicos—eran sus únicas aras, sobre las que ofrecían a la Divinidad las primicias de sus frutos, pues que el Universo todo era para ellos el Templo del Señor, mientras que los templos *de barro* que por primera vez se vieron luego en España, fueron los de las colonias fenicias, cuyos ridículos dioses penetraron, sin embargo, muy poco tierra adentro de Celtiberia, sin alcanzar jamás a las naciones septentrionales ibéricas, donde se conservó pura la primitiva religión hasta que fué anunciado el Evangelio.»

Hasta qué punto coincide esta adoración naturalista al Dios de ignorado Nombre, con culto mágico (que nos es todavía desconocido, nos lo enseña la obra de Gerhardt, *Los dioses de Grecia y Roma*, al ocuparse de pueblos prehistóricos, tales como el etrusco-atlante (1), rama también del

---

(1) Etrusco o heter-osco equivale según Fernández y González, en la Introducción de su *Diccionario Vasco Caldaico Castellano*, a los otros vascos, los vascos ultra-alpínicos; es decir, «los iberos de Italia», porque dicho pueblo iberico o pre-caldeo, así como ya hemos visto que alcanzó a Gales e Irlanda, como

tronco ligur o libio-ibero (vasco). Cumas, dice, fué la colonia griega más antigua de Italia. Su Sibila presentó una vez los nueve libros sagrados (1) a Tarquino, pidiendo por ellos una suma exorbitante. El rey rehusa aceptarlos, y la Sibila, impasible, quema tres de ellos, y pide por los seis restantes una suma mayor aún. Segunda negativa del rey y segunda quema de otros tres libros por la Sibila. Aterrado entonces el rey, la deliene cuando ya iba a destruir los tres libros últimos y le otorga a la Sibila cuanto últimamente había pedido. Los tres libros así salvados de la destrucción, fueron llevados con toda solemnidad al Capitolio y allí custodiados en urna de pórfido, lejos del alcance de los profanos, hasta que el incendio del Capitolio por Sila, los hizo desaparecer. El Senado romano prevé las calamidades que con tan tamaña pérdida van a descargar sobre la República, y envía solícito comisiones sacerdotales a Cumas, Grecia y Asia para ver de reconstituir el tesoro perdido, y, desde entonces, acudió a ellos la República, en religiosa solemnidad siempre que sobrevengan circunstancias críticas para el Estado, *celebrando fiestas en honor de un Dios de ignorado Nombre y en forma ritualia todavía desconocida*. La Égloga IV de Virgilio, se reputa como una alusión honda a semejante rito. Los primeros padres de la Iglesia, por eso, citan con respeto a la Sibila Cumana, y en el canto elegíaco del *Dies Irae* se invoca su testimonio augusto para robustecer el del propio Profeta David. Marcio, ciudadano y, acaso, sacerdote romano, vaticinó el desastre de Cannas y dijo que la restauración de la disciplina sibilina era el único medio de salvar la República. Pocos años después, como la peste se enseñorease de Roma, el Senado restauró dicha fiesta anual del 5 de Julio, y cesó, como por encanto, el azole. Cuéntase en cierta antigua leyenda, que reunido el pueblo para la celebración de la fiesta, cayeron sobre él, de improviso, sus enemigos, pero surgió, no se sabe de dónde, una lluvia de certeras flechas, dispersando a éstos hasta tal punto, que el pueblo romano pudo volver en seguida a sus juegos y danzas sagradas en honor del «Dios Salvador», sin que el sacerdocio hubiese siquiera interrumpido sus cánticos.

Frente a tan hermosas «supervivencias ancestrales» como las contenidas en este y en los anteriores conceptos, no cabe más comentario, antes de abordar en los sucesivos el problema fundamental que nos hemos pro-

---

a Bretaña y Liguria francesas, penetró en Italia y con los etruscos iniciado fué base del Imperio Romano.

(1) Estos libros sibilinos, a juzgar por cuantas vagas referencias están aquí y allá esparcidas, debieron ser algo así como los tan repetidos Códices Mayas.

puesto, sino el contenido en las siguientes frases de la clásica obra de Fustel de Coulangé, *La cité antique* (11.ª edic., pág. 4): «El pasado, por fortuna, no muere jamás, por completo, en el hombre. Puede éste, quizá, olvidarle; pero, aunque no lo quiera, le guarda perpetuamente en sí, por que tal cual resulte el hombre en cada época, no es, sino el producto y compendio de todas las épocas anteriores, y, si desciende hasta el fondo de su alma, puede encontrar en ella, diferenciándolo, todo aquello que dichas épocas han dejado, respectivamente, en él. Los griegos de tiempo de Pericles y los romanos de tiempos de Cicerón, ostentan el sello auténtico; los indelebles vestigios de los más remotos siglos».

Por eso, los estudios prehistóricos, rectamente encaminados, son en sí un *buceado* en el piélago inmenso de la Luz Astral; un acabado curso de Ocultismo, completamente exento de los peligros que se señalan a los demás ocultismos, que miran hacia el porvenir, porque, mal podemos prepararnos un glorioso Karma o Destino, si despreciamos las enseñanzas ocultas de la Historia, maestra de la vida. La ignorancia es siempre la sembradora kármica de los más tristes destinos. Estudiar el pasado es estudiarnos a nosotros mismos.

La ciencia de la Prehistoria, a pesar de sus dos poderosos auxiliares, la Antropología y la Filología Comparadas, es hoy entre nosotros un verdadero caos: un conjunto informe de hechos fragmentarios y de observaciones dispersas y, casi siempre, exactas, aunque, en apariencia, contradictorias, como habrán podido apreciarse en los párrafos anteriores, cuyo caudal de citas y referencias podría haberse aumentado hasta formar varios gruesos infolios. En efecto, cuántos cultivadores de estos estudios confiesan explícita o implícitamente que no existen, por hoy, medios para salir de semejante confusión, muy lógica para tratarse de épocas tan remotas y que abarcan una amplitud tal de siglos que el propio Mortillet la ha calculado en unos doscientos cuarenta mil años, en números redondos, a partir de los hombres de Cromagnon y de Solutré hasta nuestros días (1).

---

(1) Uno de los argentinos más ilustres, el Dr. Ameghino, ha sido de los primeros en demostrar la existencia del hombre terciario, más allá de esa fecha, con el hallazgo de un cráneo del homo pampeanus, o aborigen de las Pampas, el más antiguo hombre terciario, según la opinión de muchos, datando de hace próximamente un millón de años. Los ocultistas saben a qué atenerse respecto de la cuestión. El homo pampeanus es un antecesor de las razas actuales de Patagonia; un lemur más que un atlante, pues en la época del esplendor atlante, hace próximamente esa fecha, la Pampa yacía en el fondo del mar sedimentando las capas de sus fecundos limos vegetales que hoy son una

En semejante lapso de tiempo, nuestros treinta y cinco o cuarenta siglos de historia, más o menos, son como un día, frente a tamañas épocas que casi se enlazan por su magnitud con esos períodos astronómicos de la precesión equinoccial, el desplazamiento del perihelio y el cambio de la excentricidad y la inclinación de la eclíptica, que, según Indicamos, aunque deficientemente, en nuestro libro *Conferencias Teosóficas en América del Sur* (Vol. II, *Astrología y Astronomía*), están muy ligados con las cronologías brahmánicas y con los ciclos de la Historia.

Volviendo a los Tuatha de Danand o *Jinas* galaico-irlandeses, y a sus cuatro tesoros, diremos con Rolt Brash que el primero de éstos fué la *Piedra del Destino*, o del *Lia Fail* o de *Tara*, según ya vimos y el segundo tesoro mágico traído por ellos de la segunda de sus cuatro ciudades, es decir, de *Gorias* o *Morias*, lo fué el *Magic Spear* o *Lanza encantada de Lughaid-Lanchfada*, llamado también el *Caudillo de la Larga y Poderosa Mano*. Nadie podía impunemente acercarse al portador de esta lanza, porque despedía mortales rayos, como forjada que había sido por Concovar Mac Nessa, el gran artífice cainita o Vulcano, de las gentes de Danand. Semejante lanza es la *kyries* del derecho quirritario romano; la lanza de las *runas*, *ogams*, *pactos escritos* o leyes del mundo, que asegúrase a Wolan, en *El Anillo del Nibelungo*, el dominio del Universo; la lanza de las Walkyrias, las vírgenes guerreras, sus hijas; la lanza de Klingsor y del Oraal en Parsifal, y tantas otras lanzas-símbolo de que nos ocuparemos al tratar de estas obras de Wagner en los tomos ulteriores.

El tercer tesoro de los Tuatha, igual que en *El Anillo del Nibelungo*, es la *Espada Mágica del divino Nuada*, el *Sigfredo Irlandés*. Cuéntase, en efecto, que, después de corta estancia en el norte de Escocia, los Tuatha determinaron invadir a Irlanda y llegaron a esta tierra el primer lunes de Mayo, bajo el mando del gran Nuada, especie de Eneas nórdico, que, habiendo quemado sus barcos al estilo del personaje de la Eneida y del Hernán Cortés extremeño, envolvieron sus personas durante tres días, con sus noches, en una niebla mágica que les hacía invisibles, mientras que, a marchas forzadas, llegaron a un monte llamado *Sliabh*, desde donde *Nuadhat* o *Nuada* envió emisarios a *Eochaidh Mac Erc*, el rey de los *Fir-bolg*, exigiéndole se les sometiese. *Eochaidh* les retó al combate en el campo de *Magh-Tuireadh*, combate que duró cuatro días, siendo derro-

---

de las riquezas de la patria de Belgrano. Los pueblos del extremo meridional de dicho continente americano están clamando, hace tiempo, por un estudio concienzudo.

tados los *Fir-bolg* y muerto su monarca, pero no sin que su rival *Nuada* perdiese la mano derecha en la pelea. Después de esto, como, según las leyes del reino, no se permitía reinar a ningún monarca con deformidad física, he aquí que se reunieron los mejores operadores mágicos para prepararle una nueva mano al rey, a saber: *Dianceacht*, el cirujano; su hijo *Miach*, y *Credne*, el metalúrgico, prepararon una mano de hueso de plata, con sus músculos, tendones, etc., y la enlazaron tan perfectamente con el brazo, natural, que en nada se diferenciaba en forma y movimientos la mano mágica de plata de la mano legítima (1), según muy al pormenor se refiere en el *Book of Ballymote f.º 17*. Mientras duró la cura o arreglo de

---

(1) De cierto emperador actual se refiere que posee una mano deforme, pero tan maravillosamente arreglada por los ortopédicos de su Imperio, que hasta puede manejar con ella la espada igual que con la otra. Ignoro el hecho, que se ha dado por muy cierto en varias publicaciones; pero no es necesario que lo sea para poner bien alto el pabellón de la Cirugía moderna, que ha llegado hasta el prodigio mágico de la sutura del corazón y otros tales por el estilo, cuanto a verdaderas maravillas con los mutilados en la guerra.

De una Revista de 1914 transcribo, en efecto:

«En vez del brazo que tiene seco, dicho emperador ha estrenado uno artificial, electro-mecánico, que es una maravilla y que le permite realizar todos los actos con la misma facilidad y destreza que si se tratase de un brazo de carne y hueso.

Al nacer se le estropeó al emperador el brazo izquierdo, y el desarrollo de este miembro fué defectuoso. El brazo se quedó corto y sin fuerzas en la mano, lo cual venía constituyendo una gran contrariedad para un hombre tan activo como es aquél.

El nuevo brazo es una ingeniosa combinación de electricidad, de resortes y de otros recursos mecánicos, y ha sido ideado por un hábil ingeniero electricista. La corriente eléctrica suministra sólo el impulso y desempeño, hasta cierto punto, el papel de los nervios en un brazo normal, pues la batería que se hubiera necesitado para hacer el trabajo del brazo hubiera ocupado demasiado sitio. El brazo artificial envuelve por completo al natural, y está sujeto al hombro y al pecho por medio de recias correas que le dan fuerza y rigidez. Como el brazo izquierdo del emperador es más corto que el normal, ha sido posible encerrarlo en esa especie de estuche.

En el antebrazo tiene el miembro artificial una serie de botones eléctricos que va desde el codo hasta la muñeca, y por medio de los cuales se gobiernan los movimientos del brazo, de la muñeca, de la mano y de los dedos. Estos botones están dispuestos en los sitios que se les pueda oprimir con más facilidad, según la frecuencia con que el monarca tiene que hacer uso de ellos. Por ejemplo, el más fácil de hacer funcionar está en el lado interno del codo y se le oprime con sólo apretar el brazo entre el costado. Tocando ese botón, se consigue que el antebrazo se levante y que la mano se cierre fuertemente;

la mano, o sean siete años, su hermano Bres o Breas ocupó el trono. Todo esto pareció acaecer hacia 1300 antes de Jesucristo, esto es, antes de la fundación de Cartago. Mancos semejantes aparecen en los cuentos de *Las Mil y Una Noches*.

Estas hazañas de los Tuatha, semihistóricas y semifabulosas, cual las de kurús y pandús; griegos y troyanos; romanos y latinos, han tenido también sus Valmíkis, sus Homeros y sus Virgílios que las enalteciesen. La epopeya popular universal de los errantes rápsodas o bardos, donde se inspirasen estos y otros eruditos, han cantado por luengas edades posteriores las dichas hazañas, hazañas que sólo serán bien interpretadas el día que sean desentrañadas por una crítica histórica leal, no tan falsaria e injusta como la hasta aquí conocida, que no ha querido conceder su verdadero puesto de honor a la *Magia o Gran Ciencia*, no a la cretina ciencia

si es necesario, la mano se queda así con sólo correr lateralmente el mismo botón.

De ese modo, el emperador consigue sujetar firmemente las riendas del caballo que monta. Hasta ahora había estado a merced de los caballos amaestrados que tenía en sus cuadras. No podía manejar bien las riendas más que con la mano derecha; cuando, al frente de sus tropas, tenía que llevar desnuda la espada en la mano, se veía obligado a atar las riendas a la perilla de su silla, y dejar que el caballo marchara sin dirección. Así cargaba al frente de 10.000 soldados de caballería todos los años en las grandes maniobras, exponiéndose siempre a ser arrollado y pisoteado por los demás caballos. Ahora puede sujetar las riendas con la mano artificial, como si fuese con una mano normal, y a cada lado de la muñeca tiene el aparato botones para volver la mano hacia la derecha o hacia la izquierda para gular al caballo.

La mano es de acero y está cubierta de goma pintada que imita perfectamente la carne. Sin embargo, el monarca la lleva siempre enguantada.

Otros botones colocados junto a la muñeca y parte del brazo que más fácilmente se apoya sobre la mesa, gobiernan los más complicados movimientos de los dedos. Los dedos de la mano artificial se mueven por grupos, como los verdaderos; el pulgar y el índice forman una combinación; el pulgar, el índice y el dedo corazón, otra; el pulgar y todos los demás dedos, otra; y, además, puede usar separadamente el índice al mismo tiempo que quedan doblados los demás dedos.

Otro ingenioso mecanismo: el monarca puede levantar la mano y apuntar certeramente con su revólver, cosa a la cual el emperador concede la debida importancia.

En la Historia de Alemania figura un famoso guerrero llamado Goetz von Belchingen, que también tenía una mano de hierro que funcionaba perfectamente, y que dió motivo a que se diera a aquel guerrero el nombre de «Goetz Mano de Hierro». Peleaba con la mano artificial mejor que con la otra. Un capitán de hugonotes del siglo XVI se hizo famoso porque tenía una mano

histórica moderna que nos envanece como a chicos. Uno de estos cantos es el mutilado poema de *Eochaidh O'Flinn* (folio 18 del *Booh of Ballymote*) que, traducido al inglés por Connellad, dice:

«Era tan grande la excelencia de los *Tuatha de Danand*; tan poderosos sus ejércitos, que las llanuras de la verde Erin se vieron cuajadas por hordas de combatientes que se extendían hasta las regiones donde se oculta el Sol al declinar el día. Sus héroes se immortalizaron en Tara por actos de un valor inaudito.

•Treinta años (¿edades?) después de *Gea-nam* (*Geaman*, atlantes, hombres terrestres), una magnífica raza se enseñoreó de la tierra: era el *Tuatha de Danand*, que amenazaba al formidable poder de los *Fir-Bolg*, los de los dardos envenenados; los de los encantos letales y perniciosos.

•Innumerables eran aquellas gentes a quienes el Señor permitió caer

---

por el estilo de Goetz. Y el célebre cirujano francés Ambrosio Pare fabricó, en 1564, otra mano artificial verdaderamente notable. Todo esto sin entrar en el terreno novelesco de la célebre obra de D. Manuel Fernández y González, *El caudillo de la Mano-Larga*.

Pero hay, además, los prodigiosos milagros, pues de tal debe calificárseles, la cirugía y la ortopedia, gracias a los cuales, en muchas ocasiones es sustituido un miembro que una bala mutiló para siempre. Antiguamente se sustitula un brazo, una pierna, una mano, etc., por un aparato que figuraba el miembro perdido, pero que, en realidad, no servía para nada, pues era un aparato sin movimiento, sin vida. Hoy la ciencia llega a algo que, en principio, parecía una quimera, pero que es una realidad asombrosa. El miembro perdido es sustituido por otro, artificial; pero cuyo mecanismo es tan perfecto, que llega a ejecutar los mismos movimientos que el sano.

•En muchas ocasiones es, por ejemplo, cuando se trata de un brazo, éste es sustituido por completo; y cuando es sólo el antebrazo, se une al muñón un aparato que, sin tener la forma de la mano, sustituye perfectamente sus funciones, nos dice un amigo que ha visitado a Francia en guerra, y añade:

•Yo he tenido ocasión de ver algunos heridos a quienes les faltaban los dos brazos y se les habían colocado dichos aparatos; los mutilados aprendían, en las escuelas de que antes me ocupé, a escribir, e incluso a hacer cigarrillos, bajo la dirección de profesores destinados a la enseñanza de estos pobres inválidos.

He visto, y no se crea que en esto hay exageración alguna, un carretero a quien le habían sido amputadas ambas piernas, marchar al lado de su carro, subiéndolo y bajándolo del mismo con una agilidad increíble.

En el Hospital de la Caridad, de Lyon, he visto otros muchos que subían y bajaban escaleras, sin esfuerzo ninguno. Conozco el caso de un capitán alemán, al que le fué amputado un pie en el mes de Octubre, y que en el mes de Diciembre hacía ya ejercicios de equitación, reingresando en filas a fines de dicho mes.

sobre este noble imperio de antaño, descendiendo desde la cumbre de *Connal-cue* (1) en el territorio de los *Connaught*, sembrando el espanto por doquiera.

»A pesar de haber llegado sin barco alguno conocido, era tal la grandeza de estos enviados celestes de los *Tuatha*, que nadie pudo saber jamás si eran gentes nacidas de la tierra o bajada de los astros del cielo; si se trataba de diabólicos precitos de la altura por causa de sus crímenes, o de una nueva nación de la tierra, nación que no podría en modo alguno ser humana, si no corría por sus venas la regia sangre de la estirpe de *Beothach*.

»El excelso, el bondadosísimo caudillo de quien naciera aquella libre raza invasora, la raza que protegía por igual a todos los hombres, concediéndoles iguales derechos, sin excepciones ni privilegios, no era, en efecto, otro que *Beothach* el infatigable, el fundador de la *Feirne*, el hijo de *Iar-banel*, hijo de *Neimhed*.

»A nadie brindaron paz ni prestaron vasallaje. En *Junis-fall*, allí hacia donde se pone el sol, asentando sus reales, riñendo en seguida fiera batalla con los *Formo-Oriones* en *Moy-Tuireadh*. El valeroso *Tuatha* de *Danand* arrolló como un alud a esta tribu poderosa entre horrores y gritos de dolor.

»Ved en el ejército triunfante a sus más gloriosos caudillos; ved a los hijos de *Elathan*, ilustres en artes y ciencias; ved a *Alloth*, que jamás conociera el miedo; ved a *Breas*, el más sabio de toda *Fadhla*; ved a *Ogma*, a *Dagda* y a *Dealbaoth*;

»Ved a *Eire* de quien, agradecida, hubo de tomar nombre aquella tierra; a *Bamba*, *Fodla* y *Fea*; a *Neman*, el supremo entre los artifices; a *Dannann*, la incomparable madre de *Dée*;

»Ved a *Badbh* y a *Macha*, las de la gran riqueza, las reinas de la profunda sabiduría en el arte de los encantamientos. Más blancas que la nieve, y perfectas, como las de ninguna otra mujer, eran las manos de estas dos hijas de *Earnmas*;

»Ved a *Golbhnen*, el habilidoso, el más admirable de los orives; y a *Creidhe*, el artista que con la Magia se apoderó de toda sabiduría; y a

---

(1) Este nombre y tantos otros que juegan entre los *Tuatha*, guardan una doble conexión con numerosos de los mayas y aztecas por un lado, y de los libro-iberos por otro, cual si hubiesen quedado por mudos testigos del continente sepultado que antaño los uniese. Todavía en el desierto de Sahara deben perdurar como recuerdo de estas gentes mágicas no pocas cosas análogas.

*Dian-cecht*, el que hacía sanar instantáneamente de las enfermedades más horribles, y al heroico *Lughaidh*, el hijo de *Eithne*;

Ved a *Creidin-bell*, cuyo corazón fué siempre puro; a *Bechmilll* y *Dannann*, de facciones perfectas; a *Casmael*, el más severo de los satíricos, y a *Coipre*, el hijo de *Ethna* y *Ethan*: Ved, en fin, a los nietos del gran *Dagda* que imperó en todo *Erinn*. Emancipado Bamba de otros poderosos reyes, eran príncipes de gran autoridad los tres hijos de *Cearmna de Cua-laun*, porque, rica y abundante como pocas, la hermosa *Erinn*, fué dividida en tres partes para premio de las hazañas de los tres valerosos cainitas *Mac Cull*, *Mac Cencht* y *Mac Greine*.

Cuando el Hijo (el Hijo de Dios) hubo de decretar el Diluvio—el de la inmersión de la Atlántida—para aniquilar esta raza real, hija de cien reyes, el resultado final de todas sus malas obras fué el condenarles a que ninguno de sus descendientes quedase en *Erinn*, de donde toda la posteridad de los *Tuatha* fué raída para siempre.

*Eochaidh O'Flinn*, el bardo en la sabiduría de las edades, compuso estos versos con sujeción a las reglas más estrictas. Yo, aunque anteriormente he tratado por su orden de todos estos seres divinos, no por eso los adoro:

Pues sólo adoro el nombre del Rey Creador de los Cielos, el que ha establecido el curso regular de las estaciones del año y sacado del Caos a la tierra de *Erinn*.»

Las *Transatlans of Osslanic Society* (Vol. I, página 49) describen otra batalla de la misma campaña: la batalla de *Gabhra*, en estos sugestivos aunque incompletos fragmentos del verdadero poema perdido, aquel que empezara en lo relativo a Irlanda, con los versos de «Desembarcaron de sus seguras canoas en el tranquilo puerto azul de la tierra deleitosa, en la bahía de los brillantes escudos de *Seene*.»

Un ogham resalta en una piedra funeraria; bajo la piedra hay una tumba: El ogham, que está en la piedra, marca el sitio donde, peleando, cayera muerto en la batalla el hijo del rey *Erie*, derribado por una poderosa lanza sobre un caballo blanco. Allí puso el ogham Finn, el único guerrero que sobreviviese y que jamás olvidó durante su vida aquella visión de horrores.

Cairpre lanzó un repentino dardo certero desde su buen caballo de batalla, poco antes de encontrar su muerte. La temible diestra de Cairpre derribó así a Oscar el valeroso, matándole.

Oscar, al mismo tiempo, agresivo y violento como un león, antes de que se diese el grito de combate, había lanzado rápidamente un dardo contra Cairpre.

El feroz guerrero *Conan*, no participó de la tremenda pelea de *Gabhra*, porque en el célebre día de Mayo del año anterior, en una asamblea, aceptó

el adorar al Sol, pero el héroe, modeló de bizzarria, fué muerto traidoramente por los fenlanos de *Fionn*. Su tumba fué erigida hacia el lado noroeste. Tristemente se lamentaba su daga, y su nombre está inmortalizado en la pulida piedra que se alza misteriosa en la negra montaña de *Callan*.

El sepulcro de *Modha Neid* está en *Magh Tuatling*, con su jabalina al lado del hombro: con su maza que fué poderosa en la lucha; con su espada y con su yelmo.

Una tumba con una puerta estrecha para el hombre de ciencia; una tumba con dos puertas para una mujer; otra tumba mas sin puerta alguna. Túmulos alrededor de los muchachos igual que de las doncellas. Montículos en torno de los extranjeros distinguidos y cercados alrededor de los que mueren de la terrible plaga.

A Oscar, el de las viejas armas, le enterramos en el lado norte del gran *Gaghra*, junto con Oscar el hijo de *Garraldh* el de las renombradas hazañas y de Oscar el hijo del rey de *Lochlann*.

Nunca él codició riquezas, nunca buscó el oro el gigante guerrero *Mac Lughaidh*. Cuando llegó a ser rey, cavamos muy ancha la fosa de su sepulcro, todo cuanto eran de estrechas las obscuras tumbas de los hijos de *Garraldh* y de *Oisín*. Toda la extensión del gran *Rath* fué la tumba del ilustre *Baolsque*. (Ossianic Society VI, página 133.)

¡Juntos yacen bajo el mismo túmulo en la vieja *Gablira*, en el sitio de honor, *Flann* y *Fionn*, nobles fenlanos; *Aedh* y *Congal Clidhna*. Cuando contemplo, ¡oh casto sacerdote!, estas tumbas de los mejores caudillos de las tribus, el dolor más acerbo traspasa mi corazón.

Yo referiré dónde están esas tumbas y todo lo que sé de ellas.

Debajo de este tulach sobre el que estoy, yace un hombre que siempre estuvo en peligro: *Gonan*, el despertador de la mente de los hombres, yace bajo de él.

Yace allí bajo aquel tulach, al sur, *O'Duibhne*, el rubio de piel de rosa; el hombre que jamás retuvo en sus manos riqueza alguna que no compartiese con los demás.

Yace allí bajo el tulach del Oeste, un hombre que fué el deleite de los justos: *Mac Romain*, el de los muchos escudos.

Bajo este otro tulach yace el que trajo tributos de allende los mares: *Mac Lughaidh*, el dominador de los héroes.

Yace bajo este tulach, al Este, *Oscar* el de las caballescadas armas; el vencedor de todos los héroes.

Bajo este tulach, al Norte, yace *Mac Cumhall* el valeroso; el que nunca sintió cólera ni pronunció nunca una expresión grosera.

Describamos las tumbas de su desaparecida raza, los heroicos hijos de los fuertes esquifes. Después de ello, nada me queda ya que hacer en el mundo, y voy inmediatamente a cavar mi propia tumba.

En todos estos poemas surgen, por parte de los *Tuatha*, las arimas mágicas; y las armas envenenadas, por parte de los *Fir-Bolg*. Una leyenda respecto de *Concovar Mac Nessa*, da como gemelas la *Espada* y la *Lanza*.

de aquéllos. En *El Destino de los Hijos de Tuirinn*, igual que en el *Lanzarote del Lago* y otras leyendas caballerescas, entre ellas el *T'Octar Gael* o las *Aventuras de los Siete Campeones (Hotares: sacerdotes-reyes o Incas) en Oriente* (1), *Manú-man* instruye a *Cuchullind* respecto de la *gabolg*, o sea, del veneno de la *plast*, serpiente maléfica que, cual la de Shiva, que antes vimos, infestó la comarca de *Loch-na-Nia*, cerca de la fortaleza que *Mana mán* tenía en Armenia. En *El Díálogo de los Sabios*, libro al modo del *Banquete*, de Platón, que forma parte del *Book of Lismore*, tenemos varios pasajes referentes al uso, por los *Fir-Bolg*, de armas envenenadas con ciertos jugos maléficos, tal como la muerte de *Caol-na-Neavón*.

Finalmente, los *Tuatha* trajeron de la cuarta de sus ciudades escandinavas, de *Morias, Morphias* o *Murias*, la cuarta de sus maravillas mágicas es, a saber, el *Colreau* o *Coire*, o sea, el *Cauldron* de *Daghda*, esto es, una gigantesca caldera, retorta o matraz, para las operaciones de Alquimia, matriz de cuantos *Cauldrones* mágicos se conociesen después, tales como el de *Ceridwen de Bran ap Lyr*. De tal recipiente se dice sólo que era tan enorme que cabía en él una Vaca entera, con lo que acaso quiso hacer otro género de alusiones al sacrificio lunar de la Vaca religiosa, el anónimo autor del *Book of Ballymote*, donde se habla de aquélla, porque, como dice *Brash*, resulta de todas las leyendas del *Oaedhil* y de *Cymris*, que el *Cauldron* fué símbolo de la religión y misterios del *druidismo*. *Dagda*, además, o sea el introductor de tamaña maravilla, es uno de los personajes más preeminentes de los *Tuatha*, pues que, si a veces suena como rey, otras se le considera más bien como un verdadero Ser Divino, un Iniciado, en fin. En el *Book of Lismore* (folios 279 y 280) se dice de él lo que sigue:

*Eo-chaidh Ollathair*, por otro nombre el *Dagda-More*, hijo del *Dealbaoth*, reinó ochenta años (2). *Dagda-Morias* tenía tres hijos; cuyos nom-

(1) Estos siete hermanos recuerdan a los Siete hermanos Atar de la región yucateca mexicana, los cuales salieron de las *Siete Moradas* o *Manslones de Pacaritambo*, o sean, *Las Manslones del Amanecer* (Oriente), y cuya tradición se conserva entre los Incas.

(2) En otras genealogías se dice, «Dagda el Grande, hijo de Ealladan, hijo de Dealbaoth, hijo de Neid, hijo de Judal, hijo de Allal, hijo de Talt, hijo de Tabairú». Tal manera de nombrar a los héroes y tales nombres son completamente árabes y semitas, es decir, libio-iberas genuinas, cuyo parentesco con árabes y semitas es tan íntimo. *Dealbaot* es el *Ilda-Baoth* ofita, el *Jehovah*, *Baco* o *Saturno*, dios de Israel. *Judal*, *Cabirú*, y, en general, una gran mayoría de los nombres que con el mayor esmero venimos reproduciendo, son de un corte oriental clarísimo.

bres fueron *Aenghus*, *Aodh* o *Alloth* el hermoso, y *Cearmadh*. *Breasal* el Victorioso y *Daghdá* el Grande (1). *Dagda Morlas* (2) ha sido reverenciado, no pocas veces, como el *Buen Dios Grande*, el *Divino Fuego*, el hermano de aquel *Ogma* que inventó la escritura de los *crabbs*, y enseñó a adorar al Sol. Su hija se llamó *Brígida* y fué la diosa de la Poesía, el Fuego de la Elocuencia y la Medicina. Cornac, en su *Glosario*, nos dice que las *Brigidas* o *Minervas gaedhéllicas* fueron tres: la de la Poesía, la de la Metalurgia o Alquimia y la de la Medicina. Edward Davis, en su *British Druids* (página 213), dice que a esta *Brígida*, la hija de *Drághda*, se deben los sibilinos libros de *Pheryllt*, y que, para beneficiar a su *hijo Avaggddy* (3), que era deforme (la pobre y desvalida Humanidad física), le quiso enriquecer con dotes intelectuales, morales y mágicas que obscureciesen sus defectos físicos. Al efecto, preparó el *Colre* o caldera mágica, con la *Awen-a-Gloyboden* (agua viva de la inspiración). La caldera—copia fiel de la española de *Pedro el Botero*—coció sin interrupción durante un año y un día, para poder obtenerse tres gotas tan sólo del bendito *Élixir de Vida*, encargando a *Gwion el Chico*, hijo de *Gwreang*, el poeta de la tierra de *Powys* o *Tierra del Descanso*, que vigilase la caldera en compañía del ciego *μύστης* o *Morda*, Soberano del Mar, encargado de encender el fuego. En el brebaje hervían hierbas escogidas. *Gwion* probó el agua aquella con el dedo, y su mente fué iluminada en el acto con el don de profecía, viendo claramente el peligro de la vecindad y asechanzas de *Ceridwin*, por

(1) *Moria*, *Marú*, *Morú* y *Merú* son variantes masoréticas de aquella gran familia a la que alude *Krishna* cuando predice a *Maytreya* los grandes pecados y dolores del *Kaliyuga*, a cuyo final «las mentes de los que sobrevivan serán tan puras como el cristal, gracias a dos *Deva-Pi*, de la raza de *Kuru* y *Marú* o *Morú*, de la familia de *Ikashvaku*, que continúan viviendo durante las Cuatro Edades del Mundo y residen en *Kala-pa*. En el *Mahavansa* y en el *Mastya Purana* se habla de la dinastía de los diez *Moryas* o *Maureyas*, a los que aluden también los códigos del *Qaehdli*.

(2) *Avaggddy* significa literalmente *Suma Fuente de toda Oscuridad*: *Butha*, a-mente, *Tamas*, sin sentido, etc.

(3) Esta deformidad del hijo de *Brígida*, es la misma de tantos héroes míticos, como *Vulcano*, los *Ciclopes*, etc., como se ve también en las leyendas españolas de *Blanca-Flor*, *La Oreja del Diablo* y otras insertas en nuestro libro *Conferencias teosóficas en América del Sur*. Ella es un símbolo admirable del *Titán* o *Prometeo* humano, físicamente, el más débil; intelectual y mágicamente, el más poderoso de cuantos seres pueblan la Tierra; pues si como animal es el último en fuerzas, como superhombre que puede llegar a ser, está llamado hasta sobrepasar a los ángeles, como diría *San Pablo*.

lo que voló hacia su patria nativa en alas de su buque. La caldera se dividió en dos mitades, porque el líquido que contenía, a excepción de las tres gotas que iluminaron a *Gwlon*, se había vuelto veneno. El líquido se derramó por el mundo, y los caballos del propio *Gwydduo Garanchir* que le perseguía y que bebieron las aguas del canal que formó el líquido derramado, cayeron, instantáneamente, muertos...

Desde entonces las mágicas gentes de los *Tuatha de Danand* desaparecieron de la tierra de Erin, sin dejar rastro alguno, como no fuese en el fantástico reino de *Faery*; pero no es que muriesen, sino que por el pecado cometido con la caldera cuando se transformó en veneno, es decir, merced a las malas artes mágicas aprendidas por los pueblos atlantes entre los que los *Tuatha* habían vivido, acaeció la gran catástrofe, la catástrofe de la caldera rota en dos mitades o mundos: Europa y América, y los escasos *Fir-bolg* que quedaran en Erin, y que después se enlazaron con los Milesios invasores y lograron hasta tener un rey de su raza, habían perdido el don de ver a este pueblo fiel que los venciese en *Maytura*, pueblo encantado y dichoso, pueblo verdaderamente *jina* o *jaina*, que sigue viviendo, sin ser visto por los mortales post-atlánticos, en el seno del *rath*, túmulo o gruta, entre los encantados círculos de piedra de aquellas otras edades mejores, en el *tarn* de la montaña, en el seno de las cavernas, en los *pagos* benditos, debajo de las aguas de los lagos, y, en fin, en todo lugar no profanado por la habitación o los vicios de los hombres. Algunas veces, sin embargo, aparecen entre éstos en forma humana, prestándoles misteriosos servicios, mágicas protecciones contra la maldad, el vicio y el crimen, y—al decir de los bardos, influidos ya de cerca por las estrechas ideas eclesiásticas—, viviendo una vida terrestre con ansia insaciable de lograr aquella vida eterna, de la cual, como las criaturas elementales de los cuatro reinos, nunca podrán gozar: *Calypso ne pouvait se consoler du départ d'Ulysses; dans sa douleur elle se trouvait malheureuse d'être immortelle*, que dijo el gran imitador de la Odisea, el bueno de Fenélón, en sus *Aventuras de Telémaco*...

Cuantos *mounds* sepulcrales existen en Irlanda: los de New Grange, Dowth, Knowth, Brugh-na-Boyne, Tara, etc., etc., están habitados por ellos, envueltos en sus tesoros inauditos, que a veces son revelados en sueños a los mortales. En las mismas *Ossianic Transactions* (V y VI, página 133) existe la traducción del antiguo poema titulado *La Caza de los Boars Encantados de Aenghus-an-Bhroga*, en el cual se cuentan las aventuras de *Finn Mac Cumhal* en el *Brugin* aquelarre o palacio encantado de *Aenghus*. En el cuento ossiánico de los *Feis Tighe Conan* (Ibidem V, II)

se encuentran otras mil noticias extraordinarias de esta raza y de su vida misteriosa, que es la de todos los viejos hombres-dioses del Gaedhil, entre los que hay un panteón tan rico y variado como el grecorromano, con el cual guarda estrechas analogías (1).

Orutas maravillosas, tanto como puedan serlo las Indostánicas, albergan y albergarán los tesoros de los Tuatha y a ellos mismos (2), hasta el día

(1) La llamada *Caza de los Boars Encantados*, o sea la busca del mundo de los *Jinas* y *caza de los Swan-ursinos*, que se dice en otros países, cual Italia, tiene todavía en España una supervivencia picaresca procedente probablemente, de Asturias y Galicia, los países hermanos del Gaedhil Irlandés. Nosotros fuimos víctimas de ella en nuestra infancia feliz, cuando un buen pariente humorista nos llevó de noche a la divertidísima *Caza de Gamusinos* (caza del gamo nocturno, o séase del latín *Dama* o *Danna* en alusión a la Luna). La cosa era complicada y emocionante en extremo: consistía en ir en noche de novilunio, y lo más oscura posible, al fondo de un sembrado cerca de unas rocas, donde los incautos *gamusinos*, al decir de nuestro pariente, yacían dormidos en las bocas de sus vivares, semejantes a los de los conejos. El pariente llevaba una como red de codornices, y yo un enorme saco donde hablan de irse echando los animalejos según se fuesen dejando cazar. Por decontado, el éxito completo de la operación consistía en hacerlo todo a tientas y perfectamente a oscuras... No hay para qué describir la emoción sentida entre el terror de la noche y el frío al tener abierto el saco, y advertir cómo iba nuestro deudo echando dentro los gamusinos según los iba atrapando, ni menos nuestra desilusión y rabia al ver, al llegar a casa, en plena luz del hogar, cómo la pretendida caza aparecía transformada en hierbajos y pedruscos... Tal es la idea que de la Magia de los *Boars Encantados* nos ha quedado en este país, donde la literatura picaresca desterró a la fantástica y casi siempre sabia de los *Libros de Caballería*, contra los que no quiso ir Cervantes, según lo que se cree, como ha demostrado nuestro nobilísimo y muy querido amigo D. Baldomero Villegas en sus excepcionales obras exegéticas y críticas sobre Cervantes, que aún no han sido atendidas como merecen por los doctos.

En cuanto a las correspondencias entre los panteones gaedhílico y mediterráneo, basta apuntar que Morrigan o Morphas es el Buen Dios; Nemain es Marte; Manaman Mac Lir, Neptuno; Dagda es Baal; Dianceacht es Esculapio, Creidne, Vulcano; Brigida, Minerva; Ogma, Apolo y también Cadmo; Buanann, la militar Belona; Abhortach, el dios de la Música; Ned, el de la Guerra, etc., etc.

(2) Lo mismo que la leyenda del Gaedhil dice de sus cuevas, cuentan las demás leyendas de todos los países del mundo acerca de las suyas respectivas, y todos sus tesoros, como más al pormenor se detalla en el tomo I de esta BIBLIOTECA. Y no poco da que pensar al filósofo la peristancia universal de todas las características de semejante mito, tras el cual hay algo muy real y muy grandioso sin duda alguna, es a saber: a) todos estos tesoros proceden

feliz en que, regenerada la pobre Humanidad de sus defectos y crímenes, se haga digna de recibir estos tesoros para emplearlos en actos del Bien, no en males y guerras fratricidas, puesto que ninguno de los astrales guardadores de tesoros los conserva por codicia o egoísmo. Tal es la gruta del *Liath Bealaidhe* y su tesoro de las joyas de Semius o Seanagh que eclipsarían a las célebres de la Corona británica, tesoro que un día fué visto por el gran Oisín en el Canto Ossiánico, cuando sedujo a las *hadas* o mujeres que le custodiaban en el palacio de *Lochan*.

Pero semejantes tesoros ossiánicos no consisten en oro y joyas tan sólo, sino en otras riquezas morales que valen infinitamente más, las joyas inmarcesibles de la Paz y la Felicidad transcendentales que nacen de la práctica de la virtud y el esfuerzo constante en el que se aunen la voluntad y la imaginación, las dos fuentes divinas de la Magia. Ellos son los verdaderos tesoros de la *Tierra bendita*, cantada en estos términos por los bardos en aquel poema ossiánico que, recordando todas las dichas de la Edad de Oro pretérita y anhelando la futura, dice:

### LA TIERRA BENDITA

¡Oh Beinn, Beinn querido, ven, ven conmigo al maravilloso país mío! Allí donde el cabello de las mujeres es rubio como el color del oro y sus cuerpos de la pureza de la nieve virginal. Allí donde las preocupaciones y las congojas humanas no hallaran jamás asiento.... Blancos como perlas son los dientes de ellas, y negras sus pestañas. Los ojos se extienden sin límites por las llanuras donde nuestros Inmortales gozan de deleites infinitos, con el color de las rosas en sus mejillas juveniles.

---

de una raza desaparecida ya de sobre la faz de la Tierra (cual la de los Tuatha); b) todos los tesoros consisten siempre en oro, cuando no en libros; c) tras todos ellos hay un toro, vaca o becerro de oro, nunca ningún otro animal; d) la entrada al subterráneo del tesoro está siempre guardada por monstruos, fieras, elementales o cosa así; e) una gran losa con signos cabalísticos a la manera del *It* que pronto veremos, impide también el acceso a ellos; f) en tamaño laberinto, más de un cuitado se ha perdido; g) a dichos cancerberos hay que dominarlos dándoles a comer una *torta*, cuando no un ser vivo, inocente y puro cual los monstruos que se cuenta defendían a los magos negros de la Atlántida para prevenirlos contra todo riesgo, o cual esotros contemporáneos llamados *porteros*—y perdónesenos el humorismo—guardando las antecámaras de príncipes y grandes hombres; h) la posesión, en fin, de semejantes tesoros, en el mejor de los casos es causa de desgracias y dolores para el osado mortal que arrebatar logre su secreto y su riqueza al extraño mundo de los *finas*.

Las praderas aquellas están eternamente cubiertas de flores multicolores, ematando graciosamente el fresco césped, como las motitas que salpican el huevo del mirlo. Aunque hermosas sean las llanuras de Junisfall, ellas no son sino desiertos tristísimos comparados con nuestras llanuras elicas. Aunque alegre y embriagadora sea la hidromiel de Junisfall, infinitamente más embriagadora es la ambrosia de aquel sublime país, porque este país es el único en verdad digno de alabanza en todo el mundo; la tierra bendita donde nadie muere jamás de edad decrepita... Dulces y cristalinas corrientes de agua se entrecruzan en aquella comarca deleitosa, donde están los más perfumados bosques y se bebe el mejor vino. Sus habitantes son todos hermosos, sin imperfección alguna... El amor no envuelve jamás sombra de pecado ni de vicio. No tienen allí la maldad ni el dolor su asiento... Los que en tal región vivimos podemos ver la gente en todas partes, aunque pretenda ocultarse; pero por nada ni por nadie podemos nosotros ser vistos de los hombres: la nube, el velo de la transgresión de Adán es lo que os impide a los mortales el vernos... ¡Oh mujer infeliz. Si alguna vez vinieses a mi país dichoso tendrás en tu cabeza cabellos de oro, frescas viandas, vino, hidromiel, leche recién ordeñada y pálida cerveza. Allí, en fin, reposarías en mis brazos, oh Befinn!

El viernes hice una visita a la casa de la divina Creide, os lo aseguro: a la casa de Creide en el noble sendero me llevó mi destino feliz: a la casa de Creide la del lado nordeste de la montaña, venciendo dificultades sin cuento.

Allí estuve cuatro días y medio de una semana deliciosa. Feliz es en verdad la morada aquella. Allí viví en la dulce compañía de hombres y mujeres, todos en lozana juventud; de druidas santos y de celestes músicos, servidos con opulencia por toda clase de cultos pajes, porque allí estaba Romaine para distribuir y para cuidar de todo cuanto concierne a los siervos de la rubia Creide, la de los cabellos de oro. Allí dormí entre abrigados cobertores sobre mullidos lechos de plumas. Oye, si quieres saber cuanto hay de bueno en casa de Creide, mi deliciosa visita. Sus vajillas destilaban néctares deliciosos, de aquellos de los que se hizo el negro Abial. Limpias líneas del jugo de Malta y limpios receptáculos para beber.» (O'Longas Transation.)

También se alude a dicha bendita tierra en esotro poema de los bardos: el *Poema de Lonne*, el Enoch Irlandés, que vemos también citado en el libro de Rolt Brash, libro al que casi por entero debemos el presente capítulo.

«Oh Lomna, Lomna; tú no fuiste muerto por los hombres... por las malas gentes de Luighue; tú no fuiste muerto por un jaball, ni por otra fiera alguna; ni has muerto por una caída; ni tampoco en tu lecho... ¿Vives, pues, todavía, oh tú maravilloso Lomna? ¿Vives tú allí donde sólo los Inmortales residen?»

Poemas como los indicados deben existir en gran número, y la mayor parte desconocidos para la cretina y escéptica crítica histórica contemporánea, al modo de aquel a que se refiere el Dr. O'Connor cuando dice que en una biblioteca de Stowe (Irlanda), se halla un M. S. irlandés conteniendo un poema rítmico, atribuido a Oliol Olum, rey de Munster en el siglo III, y al que el autor asigna una extremada antigüedad, llevando en su

margen una nota que dice: «Ni maith thuigin au (sean duan so», o sea: «No comprendo bien este viejo poema». (O. Connor en Prolegómena, página LXXIV.) Una edad más respetuosa que la nuestra con las religiones del remoto pasado llegará así a demostraciones que hoy serían consideradas como meros fantaseos. Esperemos, pues; pero no sin consignar detalles curiosos respecto de esos extraños *Id*, *It* o *Ith*, a los que aluden los bardos ossiánicos, pues ello prepara el terreno para el tomo de esta BIBLIOTECA, que se ha de consagrar a la Atlántida.

Wilford, al estudiar los *Puranas* y *Brahmanas*, nos habla de la *Shankha-dvipa*, cuyo rey fué muerto por Krishna, aquel rey cuyo palacio era una concha de nácar, y conchas marinas también eran las viviendas de sus súbditos. Dicho autor, después de hablar de aquellos *Mlechchhas*, o extranjeros, que adoraban divinidades indias, dice: «En las orillas del Nilá (región del Atlas, no el Nilo de Egipto), había frecuentes luchas entre los *Devas* (Seres Divinos, Semidioses) y los *Daityas* (Gigantes); pero siendo esta última tribu la que prevaleció, hizo frecuentes y nocturnas correrías (*Asiatick Researches*, III, 225). Las gentes estaban, por decirlo así, entre dos fuegos, y entrambos ejércitos convirtieron la más fértil de las regiones (el Sahara) en el más árido de los desiertos... En su desesperación, los pocos indígenas que quedaban elevaron sus manos y su corazón a *Bhagavân* (el Señor Misericordioso) y clamaron porque les enviase un libertador. Para ello emplearon el término mágico de *It*, que se extendió por todo el país. A poco estalló súbita tempestad: las negras aguas del Kali se agitaron de un modo extraño y surgió de entre las olas un hombre poderoso —el Pez Oanes o Dagón, el Dragón de nuestra leyenda santanderina de Suances y Liérganes a que hizo referencia en *El Liberal*, en Octubre de 1916, el excelente cronista Pedro de Répide—, caudillo mágico que, a la cabeza de un colosal ejército de «*abhayau*», equivalente al «*noilite timere*» o «*nadie tema*» de los ángeles en el Portal de Belén, derrotó completamente al enemigo y recibió desde entonces el nombre de *It* y de *Rey de Ith*. Este rey, según Wilford, es una encarnación subordinada de *Mira*, *Mrida*, *Miora* o *Rudra*, que restableció la paz en todo el *Shankha-dvipa* atlante, mediante *Misrast'hân* y *Arvast'hân*. (*Asiatick, Researches*, vol. VIII, X y XI.)

Esto está también relacionado con la célebre *Atala*, que sirvió de tema a un poema famoso de Chateaubriand, porque, como dice Blavatsky, *Atala* fué el nombre que las primeras avanzadas de la Quinta Raza, ó aria, aplicaron desdeñosamente a la tierra del pecado: la Atlántida en general, y no solamente la isla Poseidonis de Platón. La llamada *Isla Blanca* por la Teogonía era, en cierto sentido, la *Shveta-dvipa* o *Isla de los Dioses*, isla

primitiva, y en otro la *Shâka-dvîpa*, o primeros isloles con los que comenzó a surgir de las aguas dicho continente. Ella tenía entonces los tradicionales *siete santos rios que lavaban todo pecado*, y siete distritos *donde aún no se escarnece a la virtud, ni nadie se desvía de la senda recta*, pues estaba habitada por la casta de los *Magas*, casta que hasta por los mismos brahmanes es considerada como no inferior a la suya propia, y de la cual procedió el Zarathushtra o Zoroastro primero, y en un pasaje—que es histórico—de los *Puranas* aparece que los brahmanes consultaron cierta vez con Gauramukha si debían o no seguir el consejo de Narada, quien les había ordenado que invitasen a los Magas occidentales, como sacerdotes del Sol que eran, a visitar el templo construido por Sâmba, el sucesor de Krishna.

La conocidísima tradición del Lia-Fall, es otra indicación preciosa relativa al éxodo semita, comprendido, no como hasta aquí, desde el Egipto a la Palestina históricos (en el que jamás pudieron emplear los consabidos años), sino como la dispersión de muchos pueblos atlantes *escogidos* o cumplidores de la Ley, hacia Oriente o hacia Occidente del continente atlántico, en parte ocupado hoy por el mar del mismo nombre. El primero de estos éxodos fué el relatado por la Biblia, y el segundo de los famosos itinerarios aztecas, empequeñecidos y trastocados unos y otros por el cretino criterio de los historiadores. Empezando por los semitas americanos, Ponce de León, al descubrir muchos siglos más tarde la Florida, encontró *semitas* o *semlnolas*, cuyo rey divino ha sido *Saturiova*, *Saturno-lao*, *Baco* o *Jeovah-Saturno* (que todos estos nombres son uno). En su contrario *Olanta* o *Atlanta Quitina* se ve claramente al pueblo atlante. Lo prueba también el mero hecho de la sencillez con que el P. Acosta atribuye en su *Historia Natural y Moral de las Indias Occidentales* la identidad de creencias entre los incás y mejicanos, y los semitas de Israel, a las argucias de Satanás, anticipándose así a la verdadera fe con su *Mulsca*, que *no es Moisés*; el tunal ardiendo de aquél, que *no es la zarza ardiendo de éste*; el Yucatán mexicano, que *no es el Jeclan bíblico*; ni las codornices del Éxodo, ni la confesión y comunión con hostias consagradas por la Iglesia *son tampoco* las empleadas idénticamente en las ceremonias del Gran *Teocalli*; ni *In-ca* (leído al modo ario es el *Ca-In* sacerdote-rey) leído al modo semita; ni el *Viraj-cocha-viraj*, Verbo o Logos maya, es el Varón Divino o *Viraj* de los arios; ni la fiesta del Tezcalipoca es la de nuestro *Jueves Santo*; ni quiere decir nada para nuestros sabios el que, según Humboldt, las pinturas de Aztecas y Tlazcaltecas presentasen la misma *paloma de Noé* por símbolo post-diluviano, a raíz de la inmersión atlante; ni el Moab bi-

blico es el *Mohav-oks* iroqués; ni el Copán yucateco es el Copai de Ogiges; ni *Hu* que es *dios*, en hebreo, árabe y egipcio primitivos, es la radical *Hu* de todos los dioses mayores mayas y nahoas; ni el pueblo *bimini* recuerda al monte *Biminal* vasco-etrusco y romano; ni los *Nahoas* o *nagoas*, son los *nagas* caldeos; ni el *Mar Rojo* israelita tiene *nada que ver* para aquéllos, con el también *Mar Bermejo* de dicho pueblo nahoas de la Sonora; ni el jovenzuelo *Hacaellel*, matando al rey de los *Tepanecas*, es el David que vence al Goliath en Israel; ni los *nazarenos* esenios de largo pelo y purísimas costumbres *equivalen* a los sacerdotes de larga cabellera intensa del dios *Huitzilopoztli* en *Coatepactli*; ni, en fin, para no abrumar al lector con más analogías, los repartos temporales de tierras y su anulación en los años sabáticos y *del jubileo*, resultan a sus ojos instituciones tan idénticas entre unos y otros que puedan revelar un lazo primitivo común, lazo que sólo ha podido radicar en el perdido continente atlante, como broche o intermediario *universalmente recordado* por las tradiciones de todos los pueblos euroafricanos, como por los de las tres Américas. La raíz *ask* es tan común, en efecto, en el nuevo como en el viejo Mundo, de donde vienen, por un lado los vasco-caldeos, libio-iberos o protosemitas de éste, y por otro, todos los pueblos más gloriosos de la prehistoria de México y el Perú, cual los citados, como que, a decir verdad (y en este libro no han de dejar de verse diversas comprobaciones), a poco que se profundiza en las abigarradas y *jabulosas* prehistorias de los infinitos pueblos de la Tierra, se tropieza, por alejados y por aislados que ellos se encuentren en apariencia, con un fondo tradicional de verdades primitivas, *absolutamente idénticas en su contenido científico-simbólico e histórico*, verdades procedentes de la colosal cultura de la Edad de Piedra que pudo *sin metales* subvenir a todas las necesidades humanas del cuerpo y del espíritu. Si el mundo, por otra catástrofe análoga a la atlante, se viese privado de sus principales emporios de cultura, nuestros infantiles sucesores, perdido todo antecedente directo de aquéllos, se resistirían a admitir las evidencias de la tradición universal que presenta, por ejemplo, nombres y pueblos ingleses en todos los rincones del Planeta, por bajo de ellos recuerdos españoles, y más abajo aún, en hondas capas geológicas de la Historia, los recuerdos árabes-romanos, etc. Si el ciclo es ley de la Naturaleza, hay que buscar una cultura perdida, tras la barbarie troglodita que hoy parece constituir el *non plus ultra* en nuestras pesquisas retrospectivas.

Sobre el punto de la actual invisibilidad de estas gentes, existe una correlación curiosa. Así como la leyenda irlandesa enseña que los Tualia se transformaron en invisibles protectores humanos al par que una especie de

espíritus de la Naturaleza, la grandiosa religión *Jaina*, rama nacida del brahmanismo, o hinduismo, muchos siglos antes del Buddha, enseña que las doctrinas del Fundador *Rish-abha-deva*, fueron continuadas por otros 35 grandes profetas, llamados *Buddhas celestiales y conquistadores*, ni más ni menos que los Tuatha. Por otra parte, son muy interesantes las referencias que a los *djins* (ya espíritus de la Naturaleza, como los Tuatha, o más bien seres humanos que habitan en regiones inaccesibles a los hombres, con sus ciudades propias, leyes, etc.), hace el honrado escritor H. P. Olcott en la segunda serie de sus *Old diary leaves*, traducida al castellano como *Historia auténtica de la Sociedad Teosófica*, ya antes citada. A esta raza es la que probablemente aluden también otros varios escritores, ocultistas doctos y profundos, como una evolución humana, aparte que en dos o tres ocasiones se ha mezclado en nuestra historia. «Cuenta también el inspirado Hesíodo en su *Teogonía*, que la raza de hombres de la Edad de Oro (Tuatha), que vivió como una tribu de dioses sobre la tierra, apartados de los humanos valles de las lágrimas y desiertos del dolor, se durmieron, para morir, con la dulzura de la niñez tranquila. Mas Zeus les convirtió en amables genios que, invisibles a los ojos humanos, recorren la tierra velando por los hombres. Sus pensamientos son fúlgidos y diríase que con ellos pueblan la atmósfera mental de los hombres inspirados... Son los hermosos númenes que recorren en los infinitos trigales de la luz las doradas gavillas con que van iluminando su mañana los mortales. La inspiración es el acto de sumergirse la mente en esos esplendores para traducir al lenguaje humano su excelsa belleza o su recóndita verdad. Su rasgo distintivo es el dejar sumergida en divina titilación nuestras almas cual banderas agitadas por el viento durante una marcha de triunfo. A veces, un numen de la raza de oro, en armonía con el artista, desciende con las manos cuajadas de joyas ideales de un raro valor... Los oráculos antiguos llamaban a este mensaje la revelación del numen.» (Roberto Brenes Mesén: *El canto de las Horas*, inspirado y gallardo poema, en prosa, publicado en la «Colección Ariel», de A. Alsina. — San José de Costa Rica, 1911.)

Creuzer, hablando de estas razas preadémicas, dice:

«Aquellos hijos del Cielo y de la Tierra nacieron dotados de extraordinarias facultades físicas y morales: mandaban a los Elementos; conocían los secretos todos de la tierra, del mar y del mundo entero, y leían en los astros lo futuro... Diríase que *no eran hombres como nosotros, sino Espíritus de los elementos, salidos del propio seno de la Naturaleza y con pleno dominio sobre ella... Todos ellos están marcados con infalsificable sello de mugla y hechicería...*, que les habían permitido tener hasta Vima-

nas; esto es: aeroplanos y submarinos para su servicio; y lo que es aún más extraño: «animales parlantes, o pseudoterafines», es decir, unos aparatos maravillosos, artificios, en cierto modo, análogos a la monstruosa creación de Frankenstein, que hablaban y avisaban a sus amos para prevenirles contra todo peligro. Sus amos eran Magos Negros, y tales aparatos estaban animados por un elemental *Jina*, según los relatos, y a quien sólo la sangre de un hombre puro sacrificado podía destruir.» (Nota a la pág. 390 del t. II de *La Doct. Secreta*.)

La primera noticia que se tuvo de la escritura ogámica irlandesa data del encuentro del *Book of Línster, M. S.*, donde, a modo de la «Tabla de Roseta» para el jeroglífico egipcio, aparece un pasaje con la escala literal ogámica completa que desde entonces se emplea por los autores, incluso el que nos ocupa. Códice tan curioso se encuentra hoy en la Biblioteca del Colegio de la Trinidad, en Dublín. El Dr. O'Curry dice que fué compilado por Finn Mac Cormán, Obispo de Kildare, fallecido en 1160. La última noticia de la repetida escritura ha sido encontrada en el *Book of Ballymote, Ms.*, hallado en la Biblioteca de la Real Academia de Irlanda, compuesto de 502 páginas y compilado por *Ballymote Co. Sllgo*, hacia 1370, en casa de Tomallach Og Mac Donogh, lord de Coraun, en tiempos en que Turlogh Og, hijo de Hugh O'Connor (folio 62 b) reinaba en Connaught. El Ms. parece ser una compilación hecha por diferentes personas, tales como Salomón O'Droma y Manus O'Duigenann (O'Curry's Lectures, pág. 188). Es, pues, el tal códice una colección de diversos tratados de Historia, Mitología, Genealogía, *hagiología* y otros asuntos, que datan de fuentes tan antiquísimas como desconocidas. En semejantes copias de otros tratados arcaicos se han encontrado también una Gramática antigua y largas explicaciones acerca de la escritura ogámica del Gaedhil. Tales tratados contienen una clave apenas usada en la traducción de inscripciones, consistente, como dice Brash, en una gran variedad de cifras matrices de donde han ido derivando caracteres hasta aquí tenidos por originales.

Según Roll Brash, la invención de semejante escritura arcaica es atribuída por la leyenda a uno de los Enviados, Instructores o Maestros, uno de los «learned men» de los *Tuatha de Danand*, denominado *To-Oig-ma*, jefe de una tribu de hombres de esa raza roja, maya, egipcia, vasca, etc., de que se ocupa la preciosa obra del argentino Sr. Basaldúa, *La Raza Roja*

en la *Prehistoria Universal* (1), raza a la que hacen referencia más o menos expresa los mitos mexicanos e irlandeses. Dicho *To-Ogma*, o *Ta-hua*, se dice que fué hijo de Elathan, hijo de Delbhaeth, y que propagó su invento mágico en tiempos de Bres, hijo asimismo de Elathan y Rey de Irlanda, ocupando entonces las letras ogámicas un lugar preeminente entre las riquísimas tradiciones irlandesas cuanto en las historias de los bardos, quienes, ya en sus tiempos, al cantarlas a modo de los rapsodas homéricos de los que saliese la *Illada*, cuidaban mucho de decir antes «que iban a cantar las hazañas de dioses y héroes en los que ellos no creían ya», prueba palmaria de su enorme antigüedad.

Estos dos libros de Leinster y de Ballymote, no son las únicas fuentes de la rica y dulce literatura legendaria ogámica de los bardos irlandeses. Hay muchas otras, entre las que conviene consignar las siguientes, con arreglo a los datos de dicho sabio:

a) El *Book of Lecan* o *Lai-can*, Ms. de 600 páginas, compiladas, se dice, en 1416, por *Gilla* o *Xila-Mor-Mac-Fir-Bis*, y hallado en la Biblioteca de la Royal Irish Academy. En dicho códice se encuentran, dice Rolt Brasch, una copia del poema atribuido a *Ur-Acept-Na-n-Eges*, el primero de los bardos, y un tratado gramatical atribuido a *Cenn-Faclad el Instructor*, fallecido en 677. Esta Gramática está compilada sobre los documentos de *Amerghin* y *Felr-Ceirtne*, antiquísimos poetas-filósofos precristianos, y que, merced a esa misteriosa asociación de ideas que debe mediar entre los nombres antiguos esparcidos en las regiones más distantes de la tierra en las edades primeras, nos recuerdan, el segundo, a *Rif-Ceirtne*, a aquellos *Certhnes del Rif* libio alante que figuran en los viejos periplos, quizá americanos, de Hannon y de Scillax, tan discutidos por Costa y demás arqueólogos, y el primero, o sea *Amerghin*, al desconocido autor también de los antiquísimos libros japoneses de *Amerghin*, anteriores a los alfabetos *Hirakana* y *Katakana*, y asimismo a otro caudillo análogo, especie de Quetzalcoatl de Centro América, que ha dado nombre, no sólo a varias montañas, ríos y pueblos de dicho país y del Brasil, sino también al propio continente americano, cuyo nombre jamás se ha debido a ningún Américo-Vespucio, según tiene demostrada la crítica, y aun a la raza *Aimara*, tan poco conocida. Una extensa discusión filológica exigirían también esos nombres de aglutinación monosilábica tan orientales y tan americanos a la vez, como el de *To-Ogma*, *Ta-hua* o *Tu-ha-la* de *Dan-and*; *Fin-Mac* o *Cam-Gor-man*, *Salomón* el *Droma*; el *Manú O'Duige-*

(1) Un t., en 4.º, de 208 pág. Thacker Spink, Calcuta, 1911.

*nan, Gilla-Isa-Mor-Mac-Fir-Bis*, que, tratado al modo semita, nos da el *Xila* de las famosas inscripciones roqueñas de Norteamérica, también cuajadas de *Ogams*, o estilizaciones rupestres, el *Isis, Sals* y *Láis* semiegipcio de tantos y tantos cantos, cultos y leyendas; el *Rom* inicial de aquella legendaria *Roma-ka-pura*, o *Roma* secreta de los Misterios etruscos, cuya revelación era castigada con la muerte; el *Mac* de *Kam* o reino; el *Fir* o *Rif* del abolengo libio-ibero de las gentes del *Qaedhil*, etc. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que el *Book of Lecan* contiene *ogams*, en los cuales se ha encontrado el valor y la equivalencia de ellos con sendas letras del idioma primitivo de Irlanda, valor que, por descontado, es el mismo que el que se asigna en la clave alfabética del *Book of Ballymote*.

b) El *códice del Leabhar-Gabdata* (*¿Patala?*), que, según Rolt Brash, es un notabilísimo trabajo compilado por *Friar Michael O'Clery*, con cargo a datos arcaicos, en 1627. También *O'Clery* y sus eruditos auxiliares, coleccionaron gran número de Ms. gaedhelicos de enorme antigüedad.

c) El *Book of Invasions*, que es parte de la colección anterior y se custodiaba por lord *Ashburnhan*. De él existen dos copias, una en el Colegio de la Trinidad, en *Dublín*, y otra en la *Royal Irish Academy*.

d) El *Book of the T'Octar Gael* o *Las Aventuras de los Siete hermanos campeones en Oriente*, especie de crónica de los mágicos *Tuatha o Tahua de Danand*, y que son las tradiciones irlandesas igual que los *Siete Olares* o *Holtares* (sacerdotes-reyes o Incas) de las leyendas mayas, quienes fueron en los orígenes del pueblo *maisca* o mexicano a las *Siete Posadas* o *Mansiones de Pacariambo*, en Oriente, literalmente la «Posada que amanece».

e) El *códice de El Destino de los hijos de Tuirinn* (*¿turanos?*), verdaderos israelitas, siempre nómadas y fugitivos, raza cainita de los *Tuatha de Danand*, hacedora de cien prodigios que no databan en verdad, según la crítica histórica, sino de sus profundísimos conocimientos en ciencias, artes e industrias, algunas de estas últimas tan terribles como la de las armas envenenadas de *Cuchullind* y de la serpiente de *Lock-na-nia*, de la fortaleza de *Mananan*.

f) El *Book of Lismore*, con su famoso *Diálogo de los Sabios*; especie quizá de *Banquete*, de *Platón*.

Bastan los indicados. Para completar tamaña bibliografía, hay que guiarse por Rolt Brash, quien nos da otras muchas referencias interesantísimas para el estudio de los *ogams* (1).

(1) Son éstas, entre otras, *Festology of Aengus Céle-De*, copla de los anti-

¿Qué más se sabe acerca de los *Tuatha de Danand*? Los antecedentes que tenemos de esta mítica raza se encuentran principalmente—dice Rolt Brash—en el *Leabhar Gabhala* o *Book of Invasions*, notabilísimo trabajo retrospectivamente consagrado a la Irlanda de César, a la de *Partholanus*, a la de *Nemedius*, a la de los *Fir-Bolgs*, y a la de los *Tuatha de Danand*. En lo relativo a la Irlanda de los *Clanna-Miledh*, cuyos últimos reyes alcanzaron hasta el año 1022, se inspiró también Geoffrey Keating en su *General History* (1).

guos Ms. Irlandeses conservados en *Leabhar Breac*.—*Anales de [Inisfallen]*, Ms. Bodleiano de la Bib. de Oxford.—*Anales de Tigernach*.—*Anales de Irlanda*, publicados por J. O'Donovan.—*Anales Kilronan*, Ms. de la *Biblioteca Trin*, de Dublín.—*Archeologia Cambrensis*, publicación de la Sociedad Arqueológica de Cambria.—*Book of Armaghs*, Ms. núm. 724 de la *Biblioteca Trin*.—*Book of Ballymote*, antiguo Ms. que se conserva en la *Royal Irish Academy*, de Dublín.—*Book of Lecan*, Ms. 1.476 de la *Biblioteca Trin*.—*Book of Lismore* o *The book of Mac-Carthy Reagh*, viejo Ms. de la Academia Real de Irlanda.—*Cambrensis Eversus*, por el Dr. J. Lynch.—*Celt, Roman and Saxon*, por Thos Wright.—*Chronicon Scotorum*, desde los primeros tiempos hasta 1134.—*Coffgan's Acta Sanctorum Hiberniae*.—*Collectanae Antiquae*, por J. Roach Smith.—*Dinnsenchus, History of Noted Place*, tomado de los códices de *Leinster*, *Lecan* y *Ballymote*.—*Inscriptiones Antiquae*, por J. Gruterus.—*Journal of the Royal Historical and Archaeological Association of Ireland*.—*Leabharna-g-Ceart*, o «Código de los Derechos».—*Leabhar Breac*, Ms. de la Academia de Dublín.—*Leabhar Gabhala* y *Book of Invasion*.—*Leabhar na h'Vidhrí*, Ms. de la misma.—*Liber Hymnorum of the Ancient Church of Ireland*.—*Martirology of Donegal*.—*Manners and Customs of the Ancient Irish*, por el Dr. E. O'Curry.—*Material for Irish History*, del mismo.—Los manuscritos del Museo Británico, que contienen la *Historia Britonum*, por Nennius; *Irish-English Dictionary*, por O'Brien y el escrito por O'Reilly.—*The great law*, por Senchus Mor.—*Die Mythen der Griechen und Römer*, por W. L. Steinbrenner.—*Translations of the Ossianic Society*.—*Irish Grammar*, por Uracelpt.—*Vallancey's Collectanae*.—*View of Ireland*, por Spencer, etc., etc.

(1) Tanto a título de información para los lectores de habla castellana, como a guisa de indicación acerca de los lugares de Irlanda, Escocia y Gales donde existen documentos ogámicos o gaedhéllicos, copiaremos el sumario de la notable obra de Rolt Brash:

•Antigüedad de las escrituras de Irlanda.—Escrituras precristianas.—Algunas indicaciones acerca de los *ogam*.—El *Tuatha de Danand*.—Hércules Ógmico.—Prueba del uso de los *ogam*.—Poema de *Oisín Cecinít*.—*Ogam* usados para diferentes objetos y en diferentes materiales para la necromancia, para comunicarse mensajes, como talismanes, etc.—Historia del descubrimiento de los *ogam* Lhyd, Cid, Vallancy, O'Flanagan, Edward Bourton, Ledwich, H. Pelham, Windele, Lady Chatterton, Dr. Graves, R. Hitchcock, W. Williams, Dr. Fēr-

Una vez más se adivina en todo esto que la prehistoria, como la historia humana, es sustancialmente *Una*. Nosotros nos perdemos con frecuencia en el laberinto inextricable de sus hombres y sus pueblos, que no son sino *flor de un día* en aquel asombroso conjunto. Es indudable, además, que en los numerales y signos del alfabeto gaedhéllico tenemos una clave para averiguar los primitivos orígenes matemáticos del lenguaje, como tratamos de demostrar en nuestro estudio inédito titulado *Los numerales del Gaedhil y los orígenes del Alfabeto*, leído ante la Real Academia de la Historia en Noviembre de 1911, y en su precedente relativo a *La Ciencia Hierdica de los Mayas*, a cuya terminación declamamos:

guson.—Descripción de los caracteres *ogámicos*.—*Ogam* de Bethluainn.—Su ascendencia.—Costumbres funerarias de los Gaedhil; usos sepulcrales; cremación, *Chuíche Cainteoh*.—Enterramientos de Gaedhil. *Aenach* o el *Ancient Fair*. Carman, cementerio regional de Leinster; New-Grange y Knowth; Talitan; Cruachan y Brugh; Oenach-Cull; Oenach Colmain; Keel; Clochan; Leabha, etcétera.—Monolitos de Dallans. Forma y emplazamientos de los monumentos *ogámicos*. Inscripciones. Ley de formación de los caracteres *ogámicos*; *sites*, *rath*, *lys*, *dans*, *cahers*, *rath*, *búilders*, fortalezas ciclópeas, criptas, etc. Usos domésticos de los *rath*. Caracteres *ogámicos* procedentes de *Building of the Rath*. Monolitos hallados en los *Christian Sites*. Hallazgos en los mismos monumentos cristianos. Su catálogo.—*Monumentos ogámicos del país de York*: Antigua historia de Munster. Monolitos de Coolowen, Burnfort, Glounagloch, Barachaurin, Deelish, St. Olan's, Well, Carrignavar, Ballycrovane, Tulligmore, Templo de San Olan, Croligneagh, Knockrour, Olenawillen; Knockboy, Green hill, Ballyhank, Bweeng, Aghaslakey; Roovesmore, Knockourane. Teamgruleen, Fachtna, Shanacloon, Gormlee, Windelé, Collectin, Gurrane, Coomilah, Cooldorrihy, Monataggart, Kilculleri, Kilcaskan, Keelvaugh-More.—*Monumentos ogámicos del país de Kerry*: Trabeg, Gleufais, Ballynasteeing, Dunmore, Ballyneaning, Gortnagullanagh, Martrantane, Longher, Aglish, Academia Real de Irlanda, Whitefield, Kilnaughtin, Derrygurrane, Arraglen, Lomanagh, Lugnagappul, Gortamaccaree, Ballintarmon, Ballintaggart, Ballynahunt, Ballymorereigh, Ballinzaning, Ardowanig, Rathduff, Bracbloon, Tinnahally, Dromkeare, Emlagh-West, Kinnard-East, Forwilliam, Bahernat, Droumatouk, Laharen, Adare Manor, Maumenorig, Aghadoc, Braudon, Iunish-vickilliane, Derreen, Brakel, Kilfountain, Mangerton, Corkaboy, Kilcolaght, Dunloe, Kilbonane, Aghacarrible, Kilgoblnet, Anascaul, Killogrone, Killeenadreena, Killmalkedar, Drrynane, Tyvorla.—*Monumentos ogámicos del país de Waterford*: Ardmore, Island, Ballivooney, Kilgravane, Orange, Kiltera, Sesklian, Ballyquin, Windgap, Templeenoach, Salter, Bridge, Kilrush, Drumloghan, Dungarvon, Kilbeg.—*Monumentos ogámicos del país de Kilkenny*: Tulloherin, Govoran, Dunbell, Ballyboodan, Ballyspellan, Clarah.—*Miscelánea de otros monumentos ogámicos irlandeses*: Knockfierna, Hook-Point, Lastlellmon, Collan, Mountain, Rath Broghan, Killeen Cormac, Breastagh, el Cornynglan

«La huella histórica de las invasiones arias no ha podido borrar en Europa ni en América las misteriosísimas que en todas las partes del mundo ha dejado la Edad de Piedra, con sus megalitos, sus pictografías, sus jeroglíficos ógmicos y de otras clases, precursores de los hierogramas egipcios, cuneiformes, mogoles, sánscritos, etc. Mas la huella de semejante pueblo precaldeo de una y otra orilla del Atlántico no está sólo en sus ruinas, sino también en sus tradiciones religiosas o mitológicas, tocadas de un carácter común, cual si unos y otros fuesen originarios de un continente conector, la Allántida de los Sacerdotes de Sais, revelada por éstos a Solón y conservada en los incomparables *Diálogos*, de Platón, el Divino. Semejante continente va poco a poco pasando del terreno de la fábula al de la ciencia más positivista, gracias a los estudios prehistóricos de druidas y libio-iberos, por un lado; de maya-quichés y naftoas, por otro; pero no puede entrar de lleno en este segundo terreno sin un estudio comparado de las lenguas, tradiciones y supersticiones de unos y otros países, estudio cuyo obligado prólogo es el de cuantos documentos jeroglíficos de ellos se hayan podido conservar.» Al terminar nuestros *Informes* declamamos que había que ligar las enseñanzas deducidas de aquellos códices mexicanos, con toda la prehistoria del Viejo Continente, o de la Edad de Piedra, que ya Trogo-Pompeyo denominó *esclítica* (turanos e hiperbóreos), raza que,

---

Patara, Ring, Arrow-Head, Amber Amulet, The Priest's Glosses, Cloumacnoise, Donard, Mullagh, Hackestown, Ross Hill, Corrody, Sleivena Callagh, Ballydoolough, Tooped Mountain, Cavancarragh, Kilmallock.—*Monumentos ógmicos de Gales e Inglaterra*: Kenfig, Crickhowel, Cilgerran, St. Dogmael's, Clydal, Bridell, Llanfechan, Trailong, Loughier, Caldý Island, Trefgarne, Sant Florence, Nevern, Llandwehe, Llanwinlo, Capel Maire, Llanarth, Ruthln, The Fardel Stone (\*), Buckland Monachorum, Monumentos bilingües de Camelford y Barming.—*Monumentos ógmicos de Escocia*: Scoonle, Bressay, The Logie Stone, The Newton Stone, Burrian, Oolspie, Aboyne, Gigha, St. Ninian's, Lunnasting' Kunninhsburgh.—*Formas ógmicas de países de Oriente*: Egipto. Conclusiones.—Primera colonización de las Islas Británicas. Extensión del Imperio de Gaelic. Testimonios aportados por sus monumentos. Inscripciones gaedhéticas en caracteres romanos. Monumentos de Cornish y de Devonshire. El período de ocupación.—Addenda.»

Nos hemos extendido en copiar este índice, por el doble interés que ofrecen sus notables nombres de lugares para el arqueólogo, como para el filólogo. Algunos de ellos tienen sus equivalentes en poblaciones de nuestra Península.

---

(\*) «Fardel» es una vieja palabra castellana muy usada en los pueblos de la Carpetobética, en equivalencia de «saquito o fardo».

según el extracto de Justino que transcribe la clásica obra de A. Bertrand sobre la religión de los galos, irradió sus fulgores por el mundo; raza troncal, en fin, que se ha designado por cien nombres, tales como el de *hiperbórea y escítica*, por Herodoto; *preariana y mágica*, por Plinio; *megalltica*, por los antropólogos modernos; *protosemita*, por Scott-Elliot; *atlante*, por H.-P. Blavatsky; *protodanesa, escandinava y nórdica*, por Worsaeo, Evans, Nilsson y Montelius; *druida*, por Bertrand; *vasca o pre-caldea*, por Fernández y González; *turanta occidental*, por Lenorman; *mediterránea*, por Sergi; *libio-ibera*, por Antón, etc., etc.; pues, como dijo Bunsen, al comentar la admirable obra de Lenorman *La magie chez les Chaldéens et les origines accadienes* (págs. 190, 238, 325, etc.), «todo se auna para llevarnos a considerar a una misma y sola raza de la Humanidad como implantadora, en una antigüedad prodigiosamente remota *que no podríamos reducir a guarismo*, de las supersticiones mágicas que les son características en la cuenca del Eufrates y el Tigris», frases comentadas por Bertrand con estas palabras: «La hipótesis de Bunsen resulta hoy un hecho apoyado por sólidos argumentos, y que cada día alcanza una demostración más completa. El día que ello quede establecido en definitiva habrá dado un paso gigantesco la historia primitiva de la Humanidad.» «Este día—dice proféticamente el genial arqueólogo—nos parece ya muy vecino.»; y no será otro—añadimos nosotros—sino aquel en que la prehistoria eurásica-africana y la de América se den la mano sobre las aguas del Atlántico, aguas que nos ocultan al continente ancestral en su seno sumergido.»

Razón tenía, pues, Estrabón en el pasaje citado por A. Bertrand, cuando decía: «Si queréis llegar a la athanasia (el don de no sorprenderse ya por nada), es preciso, no sólo estudiar las revoluciones físicas de la Tierra (tales como la del hundimiento de la Atlántida), sino también las emigraciones de los pueblos, y acordarse de que los iberos occidentales se trasladaron más allá del Ponto y de la Cólquida; los egipcios en Etiopía y los henetas en el Adriático; siéndonos poco conocidas otras grandes emigraciones, como la de los carios, troyanos o cimerios, teuros y galatas»; frase que parece glosada en estas otras puestas en labios de un sacerdote druida por nota al canto segundo de la Atlántida de Verdaguer: «Húndase nuestro Imperio, que ha derribado a tantos otros. Aquel pueblo que despertó a nuestro paso hacia Oriente, animado por el espíritu de nueva vida, dará al viento nuestros huesos, nuestras cenizas y nuestra historia. Los cláperes y dólmenes alzados por nuestras manos, cual hijos espúreos, no sabrán mañana pronunciar nuestros nombres, y responderán tan sólo a los viajeros:

«[rastrros somos no más de unos gigantes que fueron]» Los siglos olvidarán nuestro origen y aun nuestra propia existencia, como pueblo, y al hablar de sabios y esforzados guerreros, volverán sus ojos adonde nace el Sol, y haciendo gala de nueva inspiración, los nuevos maestros olvidarán de intento que más de una lumbrera del mundo tuvo su orto en Occidente... Mas no, que los mares que nos sepultan proclamarán un día con irrefutable lenguaje las glorias de los que dejamos establecidos en Egipto con la misión del magisterio del mundo, pues ya éramos nosotros gigantes antes de que la propia Grecia existiese.»

Si, la *athanasia* más perfecta es precisa para no enmudecer de asombro al ver emparentados por algo tan esencial como los caracteres escriturarios, y las ideas y palabras, a pueblos tan apartados entre sí, por ejemplo, como los del *Oaedhil* irlandés, y los del *Anahuac* mexicano. Estas gentes, en efecto, designaban los cuatro primeros números con los símbolos respectivos de los cuatro reinos de la naturaleza: el *tecpal*, pedernal o *mlneral*; el *acall*, caña o *vegetal*; el *tocchilli*, coyote, cerdo o *animal*, y el *calll*, casa u hogar para el *hombre*. ¿Cómo puede extrañarnos, pues, el que en el lenguaje o lenguajes primitivos de Hibernia, Erin o Irlanda, se adjudiquen a las letras nombres de árboles, y en la expresión escrituraria ellas representen ramitas, hojas de cañas, tallos de maíz, y lo que es más asombroso, con signos y claves que, al par, son musicales y numéricas, como pronto veremos?

Las gentes libio-iberas o *mosaicas* del *Oaedhil*, como los chapanecas y otros mexicanos con su instructor *Mulsca* o *Mox*, especie de Apolo, inventor de la *música*, pudieron muy bien representar, pues, a su caudillo mediante el *Arbol sagrado de Siva* o *de la Seiba*, o sea lo que nosotros llamaríamos *el árbol de la numeración*, cuyo tronco se divide en diez ramas, cada una de éstas en diez subramas, y así sucesivamente. También *Quetzalcoatl*, el *Hércules*, *Odin* o *Krishna* de los mayas, se representa en los códices con cetro de palmera o plumero, símbolo, más que del aire, de la numeración y del lenguaje. El tocado de la hermosa *Chalchihuitl*, o diosa de las aguas nahoa, ostenta una palma, caña o maíz (*acall*), relacionado de igual modo con dicho simbolismo numérico, por la propia voz *chalchí* o *calculus* latino y *cactilll*, collar numérico de hojas y flores, que por otra parte ha dado nombre a más de una docena de ciudades *Calcis*, repartidas por las cinco partes del mundo, y el alfabeto numérico o *calcidlo*, tan lleno de misteriosos problemas etimológicos y lingüísticos. También a *Centeotl*, la diosa del maíz o *Ceres* nahoa, conocida por *Xochiquetzal*, la flor hermosa, se la adorna con el símbolo del *acall* o de la nu-

meración orgánica irlandesa. El *patoll* o juego de naipes o dados con cuatro cañitas menores de una pulgada y exornadas con figurillas y trazos numéricos al modo de nuestros naipes, es otra referencia curiosa. Los discos numéricos, dados, naipes, fusaidas y tantos otros objetos similares de micenianos y minoanos, tienen filiación cierta en estos simbolismos musicales y literales al par que numéricos, y gracias a esto alguien muy docto, como Rudolf von Falb, en sus estudios incásicos, ha podido poner a contribución los idiomas sabios, para demostrar que la riquísima simbología docente y decorativa de mayas-quichés, nahoas, méxicas, incas y demás gloriosos aborígenes americanos, se reduce a un solo simbolismo fundamental, a saber: el *árbol de la Tau* o de la numeración decimal (*Huhata*, *Ta-hua*, y de aquí los *Tuatha de Danand*, el oasis sahariano del *Tuat*, simbolismo propio y característico de todo pueblo de abolengo ario, árbol que lleva diez frutos, y cuyos frutos son cogidos por un *Adán* y una *Eva* a entrambos lados del tronco, formándose así el *divino diez*, o sea geoméricamente el número  $\pi$ , la razón de la circunferencia al diámetro  $IO$  o  $\Phi$ , que es también la etimología de *lo*, *lao*, *Inacho*, *love*, *lo-pithar* Júpiter, etc. Infinitas tenían, pues, que ser, y son, las leyendas respecto a árbol semejante, y de aquí el *Arbol de Guernica*; vasco; el *Ash* o *Primero* de la *Teogonia* de Hesíodo, al comienzo de la Edad de Piedra; el *Arbol de Tzitè* del *Popòl-Vuh*, el de *Iggdrasil* o *Norso* de las teogonías escandinavas; el *Ashavattha* indo; la higuera o *Arbol Ruminal* que cobijara a los recién nacidos Remo y Rómulo; el *Arbol Bodhi* o de la sabiduría, bajo el que meditase el *Tathagatha* búddhico; el *Gogard* o Arbol helénico de la Vida; el *Tampun* o Arbol de la Ciencia tibetana, el *Arbol Santo*, de la Iniciación y de la Cruz; el bíblico de la *Ciencia del Bien y del Mal*; el *Sepirothal* caballístico; el *Bimlmi* de los seminolas de la Florida; el de *Chichll-hua-cuauhco*, o de la *Buena Ley*, que figura en los códices de Anahuac, etc., etc.

Digamos, pues, con Lenormant en su obra *La Magie chez les Chaldéens et les origines accadiennes*: «La historia de ciertas supersticiones constituye uno de los capítulos más extraños, y al par de los más importantes de la historia del espíritu humano en su desenvolvimiento. Por extravagantes que hayan podido ser los ensueños de la magia y de la astrología, por lejanas que encontremos, gracias a nuestro progreso científico, las ideas que los inspiraron, ellas han ejercido sobre los hombres durante dilatados siglos, y hasta una época harto próxima a nosotros, una influencia demasiado seria y decisiva para ser menospreciada por quien se dedique a escrutar las fases de los anales intelectuales de la Humanidad. Las

*Handwritten musical notation on a five-line staff. The notation consists of rhythmic patterns and some letters, possibly representing a cipher or a specific musical system. The text below the staff is partially obscured by the notation.*

*Handwritten musical notation on a five-line staff. The notation consists of rhythmic patterns and some letters, possibly representing a cipher or a specific musical system. The text below the staff is partially obscured by the notation.*

*Handwritten text in a cursive script, possibly a cipher or a specific dialect. The text is dense and difficult to decipher.*

*Sylb*

*Handwritten musical notation on a five-line staff. The notation consists of rhythmic patterns and some letters, possibly representing a cipher or a specific musical system. The text below the staff is partially obscured by the notation.*

*figo*

*Handwritten musical notation on a five-line staff. The notation consists of rhythmic patterns and some letters, possibly representing a cipher or a specific musical system. The text below the staff is partially obscured by the notation.*

*Handwritten text in a cursive script, possibly a cipher or a specific dialect. The text is dense and difficult to decipher.*

*Handwritten musical notation on a five-line staff. The notation consists of rhythmic patterns and some letters, possibly representing a cipher or a specific musical system. The text below the staff is partially obscured by the notation.*

*Handwritten text in a cursive script, possibly a cipher or a specific dialect. The text is dense and difficult to decipher.*

*Handwritten text in a cursive script, possibly a cipher or a specific dialect. The text is dense and difficult to decipher.*

*Handwritten text in a cursive script, possibly a cipher or a specific dialect. The text is dense and difficult to decipher.*

*Handwritten text in a cursive script, possibly a cipher or a specific dialect. The text is dense and difficult to decipher.*

*Handwritten text in a cursive script, possibly a cipher or a specific dialect. The text is dense and difficult to decipher.*

Handwritten text at the top of the page, possibly a title or introductory notes, including the word "Cantata".

Handwritten musical notation on a staff, featuring various notes, rests, and clefs.

Handwritten musical notation on a staff, including notes and rests.

Handwritten musical notation on a staff, including notes and rests.

Handwritten musical notation on a staff, including notes and rests.



Handwritten musical notation on a staff, including notes and rests.

Handwritten text block, possibly a section header or a specific instruction.

Handwritten musical notation on a staff, including notes and rests.

Handwritten musical notation on a staff, including notes and rests.

épocas antiguas más excelsas han prestado ascenso a sus prodigios. El imperio de las ciencias ocultas, herencia de la superstición pagana, sobreviviendo al triunfo del Cristianismo, se muestra todopoderoso en la Edad Media, hasta que la ciencia moderna ha podido alcanzar a disipar sus errores. Una aberración semejante, que se ha enseñoreado durante tanto tiempo de todos los espíritus, hasta de los más nobles y perspicaces, de la cual no se ha librado ni la propia filosofía en ciertas épocas, tales como en la de los neoplatónicos de Alejandría, que la dió puesto de honor en sus especulaciones, no deberá jamás ser excluida con desprecio del cuadro general de las ideas y de sus evoluciones.»

Nosotros, que por estudio sincero, aunque meramente teórico, nos hemos convencido de la realidad de la Magia tradicional, pese a las duras y discutibles frases citadas, hacemos nuestro el dicho de Plinio (citado también por A. Bertrand en su obra sobre los Druidas) de que «La Magia es uno de aquellos asuntos en que, como en pocos otros, conviene fijar bien los conceptos. A título de la más engañosa de las artes, ha gozado del mayor de los créditos entre todos los pueblos y durante todos los tiempos. No es de extrañar, pues, el supremo influjo por ella adquirido, toda vez que ha compendiado en sí las tres artes supremas o más poderosas sobre el espíritu humano—todas las artes supremas, diríamos nosotros—. Nacida de la Medicina—de las Matemáticas, diríamos más bien—, es indudable que, bajo pretexto de cuidarse de nuestra salud, ha ido deslizando algo así como otra medicina más santa y más profunda. En segundo lugar, a las más seductoras y halagadoras promesas, ha unido el resorte de la religión problema acerca del cual el género humano ha andado siempre a ciegas. Para colmo, la Magia se ha incorporado al arte astrológico, y es indudable que todo hombre está ansioso por conocer su futuro, y sospecha que tales conocimientos pueden deducirse con la más rigurosa exactitud de los cielos mismos. Así, encadenando los espíritus por dicho triple lazo, la Magia se ha engrandecido hasta el punto de que aún hoy día prevalece sobre un gran número de pueblos y manda en Oriente hasta a los reyes de los reyes, *ut et in Oriente regibus imperet* (1) y en el libro IV, capítulo XXII al XXIV, la pondera en todo su alcance, ya que «hombres como Pitágoras, Platón, Empédocles, Demócrito y cien otros lo hubieron de abandonar todo por ella, y siendo, por su causa, en todas partes desterrados y perseguidos». La Magia, en fin, aunque inaccesible e incomprensible para el vulgo, de-

---

(1) Plinio, *Historia Natural*, cap. XXX, páginas 1 y 4 del tomo II; página 322 de la traducción de Littré.

bió producir en él tan directa influencia, que fué parte a arraigar en la mente de las gentes nórdicas y occidentales la más profunda creencia—o convicción científica más bien—en la supervivencia del espíritu, y así pudo añadir Bertrand que «era tan firme y arraigada tal creencia entre los galos y aún hoy entre los pueblos nórdicos, que confiaban al fuego, según Diodoro de Sicilia (V. 28), cartas para sus queridos muertos, y hasta estaban admitidas entre ellos las cuentas pagaderas *ad inferos*, es decir, en una vida ulterior». (Pomponio Mella III; Valerio Máximo II, 6.)

En resumen: tras la universal tradición de la magia y sus prodigios está la realidad de esa ciencia, sepultada, sí, pero no perdida, de la universal y remotísima Edad de Piedra, que hoy trata la Prehistoria de sacar a la luz del día; y no puede hacerse estudio alguno verdadero de ella, sin que admitamos su realidad (ya que sin ésta no se concibe que hayan existido y existan *falsificaciones suyas* por aquello de que la existencia de la moneda falsa presupone la de la legítima) y con su criterio de Ciencia de ciencias juzguemos muchos de los hechos y cosas que sin ella nos son hoy incomprendibles.

Hay, pues, que estudiar: *a*) el alcance filosófico histórico de la leyenda de los *Tuatha de Danand* y sus pueblos similares de tantas partes: *los djins, jinas o jainos*; *b*) el contenido matemático de sus simbolismos, independientemente de la aplicación literal o fonética que les fuera dada en tiempos ulteriores; *c*) las relaciones que tales simbolismos puedan tener con los demás orientales mediterráneos o atlánticos; *d*) el abolengo que en las claves numéricas del *Qaedhil* puedan acaso hallar los rasgos escriturarios de los más primitivos alfabetos, y la base que sus combinaciones numéricas hayan podido dar a las combinaciones monosilábicas de las lenguas aglutinantes. No hay que añadir que tamaños problemas sólo podrán ser esbozados en estos modestos libros de la BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, libros como el de *La Magia* que en gran parte se han de consagrar a ello, en los que, como decimos algo que es nuevo, no podemos hacer nada que sea perfecto.

El mágico mundo de los *Thuatha de Danand*, tan extensamente citado, no es el único que se dice forma hoy un mundo aparte de la Humanidad, aunque separado de ella no más que por el *Velo de Isis* de nuestros pecados y nuestra escéptica grosería. Diríase que dicha gente *jaina* tiene también su morada en la célebre *Tierra de los Antepasados*, a que se refieren múltiples leyendas de México.

Conviene además añadir que los mágicos *Tuatha de Danand* y sus rivales los fenianos *Fir-bolg* anduvieron por estas tierras ibéricas antes,

acaso, que por las tierras de Hibernia o de la verde Erin, como verdaderos hombres, y hoy, degradado y envilecido el mundo por el pecado de Adán, el pecado de la raza roja atlante, de la que se ha ocupado como nadie el argentino Basaldúa en su citada obra, hoy, repetimos, viven ocultos a los ojos mortales en ese encantado paraiso galaico-astur, que tanto parentesco guarda con el oeste de Francia y de las Islas Británicas. Libros hay, en efecto, en Dublín, entre los curicósimos de la Academia Real de Irlanda, que, a bien decir, no se sabe si hacen referencia a Irlanda sólo, o a dichas Islas todas y a la región occidental ibérica o, en fin, prolongan sus nexos semihistóricos, semimíticos a la misma América, separada de estas regiones por Río Atlántico que dijeron los griegos, porque río, aunque no poco ancho viene prácticamente a ser en verdad para nuestros emigrantes de los tiempos prehistóricos como de los tiempos modernos, no pocos de los cuales cuentan por docenas las travesías de ida y vuelta que han hecho del famoso río. Dígalo sino el famoso folio de 600 páginas hallado por casualidad a mediados del siglo XIX y que fuese compilado por *Si-lu-Isa-Mor-Moc-Fir-Ois*, notable anagrama, que, en nuestro derecho de poetas, nos atreveríamos a leer así: *Sil-la; Isa o Isis; Rom*, radical de la *Roma* latina o de la *Romaka-pura* de Occidente: *Cam*, la indiscutible raíz Camita, o libio-ibera cuyo centro africano nos es ya demasiano conocido; *Bis-rif* o segundo Rif; un rif por decirlo así europeo. No se nos ocultan las acres críticas a que se hace acreedora ante nuestra infatuada lingüística semejante manera de descomponer un nombre tenido por del siglo XV, que es, sin embargo, perfecto símbolo de un personaje mitológico, como casi todos los de los bardos.

En él se copia el poema de *Ur-acept Man-eges*, tenido por el más antiguo de los bardos irlandeses, y la clave gramatical atribuida a *Cennfaclad* el Instructor o el Profeta, fallecido en 677, quien, a su vez, hizo su trabajo sobre los documentos de *Amhergin* y *Feirt-ceirtne*, poetas filósofos de la más remota y legendaria antigüedad, según leemos en la citada obra de Richard Rolt Brash «The Ogam Inscribed Monuments of the Gaedhil in the British Islands», que hemos seguido fielmente aquí.

El bardo-instructor *Amhergin* es un personaje que tanto puede considerarse europeo como americano, es decir, como un verdadero atlante, en la hipótesis que sirve de fundamento a este trabajo nuestro. Amargin o Amargin da nombre, en efecto, a cuatro o cinco lugares, montañas, ríos y dioses de América Central y de la región antillana de la del Sur y a semejante nombre, no al de Américo Vespucio, debe el suyo el mundo de Colón. En cuanto a *Feir-ceirtne*, *Rif-ceirtne* o *Cerne*, nos trae a la memoria

aquella legendaria *Certne*, más atlante que africana, sobre cuyo emplazamiento marroquí tanto han discutido los autores, y patria sin duda de este antiquísimo Instructor. El códice en cuestión es conocido por el nombre de *Book of Lecan* o *Lal-can*, y sus cantos mitológico-simbólicos pueden en un todo relacionarse con los cantos, *Lais* o *l'ais*, del reino atlante que el Sr. Said Armesto ha coleccionado, recogiénolos del folk-lore galaico-portugués. Sobresalen entre ellos los cuatro estudiados por C. Michaëlis que se supone figuraban como *Intermezzos líricos* en alguna traducción gallega del clásico poema de la Europa Occidental denominado *Tristán e Iseo* y base, como es sabido, del maravilloso drama lírico de Wagner. Suprimiendo la *ele* de la palabra *lais*, que, al igual del *lil* de las lenguas mexicanas primitivas y de sus equivalentes europeos parece ser un artículo, los *l'ais* o los *Isa* en plural, no serían en suma los *intermezzos* de referencia sino cantos religioso-simbólicos, de las gentes del Gaedhil o la Galicia irlandesa, cantos en verso como los Vedas, los himnos órficos; los cantos tartesios, y todos, en fin, los relativos al culto de Isa, Isis, Isen, Isot, Isolda, Isomberta o Isis-bertha, Isabel o Isis-Abel (de Abel el Caín femenino), etc., etcétera, personaje femenino que, como veremos después, no es sino el Yo superior, la Divinidad latente en todo hombre, o como diríamos en lenguaje wagneriano y de los Eddas: su *Walkyria*.

Aunque ello sea anticipar materias del siguiente capítulo, conviene recordar el primero de los cuatro *lais* del Cancionero galaico-portugués lai y como se consigna por nuestro malogrado amigo Said Armesto en sus notas a la traducción hecha por Luis París del drama wagneriano de *Tristán e Iseo*. Es como sigue:

•Cuatro doncellas celebran con canto y danza la victoria de Tristán sobre el minotauro céltico Morhoul o Sir Morold, que exigía a los reyes de Cornwallis el horrible tributo de cien doncellas, cien mancebos nobles y otros tantos caballos. Aquellas danzas de victoria y religiosas son en el fondo las mismas danzas religiosas de los Misterios de la antigüedad, simbolismos cosmogónicos o especie de Astronomía representada teatralmente en los Misterios, y de las que son buen ejemplo las del rey David en torno del Arca Santa; las de los Seises en nuestras catedrales y las numerosísimas danzas de los aborígenes americanos de que más al por menor nos ocuparemos. Aunque los restos salvados de la leyenda no lo digan, en semejante tributo de los cien hombres, mujeres y caballos, vemos un testimonio dolorosísimo, por un lado, del serrallo envilecedor, y por otro de los sacrificios humanos y de animales que los conquistadores hallaron implantados en el Imperio de Motezuma en toda su horrible realidad, hasta el punto

de llegar a hacerse guerras a guisa de verdaderas caberías de hombres, que suministrasen víctimas por centenares al fanático itzli o cuchillo sacrificador de los sacerdotes mayas y mexicas. El tributo famoso de las cien doncellas de los días de nuestro mítico rey de Asturias, Mauregato (especie de Sir Morold) de nuestras discutibles dinastías primeras de la Reconquista, que son otros tantos mitos, es el documento ibérico concomitante con el anglo-breton y el maya-quiché; documento con cuya repelición legendaria se evidencia la conexión misteriosa que la mitología anglo-bretona-ibera guarda con la de los pueblos de la otra orilla del Atlántico, unos y otros como conservadores por tradición oral del recuerdo de la Atlántida y de las artes necrománticas de sus últimos tiempos que, al decir de la unánime tradición de todos los países, acarrearón su repentina sumersión en las aguas del Océano.

Véase ahora la sublime canción galaica:

### LAIS DE «BERNALDINO E SABELIÑA»

—Po-lo mundo me vou madre,  
po-lo mundo a camiñar,  
en busca de Bernaldino  
que non-o podo atopar.—  
E foise de terra en terra,  
e de lugar en lugar;  
Topou unha lavandeira  
lavando'nun areal:  
—De Bernaldino, señora,  
¿qué novas me podés dar?—  
—Bernaldino è da Relña  
o paxeclño galán,  
po-lo día, po-la noite,  
'no xardín está a cantar.—  
Ao cabo de sete anos  
a altos pazos foi chegar.  
«Caballero d'armas brancas  
por aquí o viu pasar?»  
—«Caballero d'armas brancas  
'no meu monte val cazar,  
e non ven hoxe'na cea,  
nen ven mañá'no xantar.»—  
—«¡ois que veña, que non veña  
aquí hel-no de aguardar.»  
Ao decir estas palabras  
Bernaldino a porta está.

—¿Quén te trouxo aquí, Sabela,  
quén te trouxo a este lugar?—  
—«Os teus amores, Bernaldo,  
por aquí me fan andar.»—  
—«Cando eu t'amaba atí,  
ti non me qulexeche amar,  
agora son da Relña  
e non-a podo deixar;  
se queres volver pr'a terra  
difeiros n'han de faltar,  
eu che darel ouro e prata  
canto pouderas levar.»  
—«Que m'o deas, non m'odeas,  
de ti non m'hel d'apartar,  
que os teus amores, Bernaldo,  
son moy malos d'olvidar.»  
Coiléronse po-lo brazo  
puxéronse a pasear.  
Logo que os viu a Relña,  
logo os mandara matar;  
A ela enterran-na'no coro,  
a él enterran-no'no altar;  
De ela nacen una oliva,  
e de él un lindo rosal;  
En tanto o que crecían  
qu'aos ceos foron chegar;

Cando os nortes sopran mainos  
 os dous se queren falar,  
 cando os nortes sopran reclos  
 os dous se queren bicar.  
 Logo que os viu a Reíña  
 logo os mandara cortar;  
 De ela naceu unha fonte,  
 e de él un río caudal;  
 P-olas veigas van correndo  
 po-las veigas sin parar;  
 cando van desapartados  
 van depresa a rebuidar;  
 desque van os dous xuntifios  
 van mainifios amallar.  
 A fonte tiña un letreiro

que decía este cantar:  
 «Quen padeza mal d'amores  
 aquí véñase a lavar.»  
 A Reíña los padecla  
 e tamen se foi lavar;  
 Cando a Reíña chegou  
 comeza a fonte a falar:  
 —«Cando era nena en cabelos  
 ti me mandache matar,  
 cando era una verde oliva  
 ti me mandache cortar,  
 agora sou fonte santa  
 e a min ves pra te lavar,  
 para todos darei agoa  
 e pa ti hei de secar.»— (1).

Después de todos estos apuntes, a los que se podrían dar dimensiones de libro sin gran violencia, hay que admirar una vez más ese prodigioso monumento que se llama *La Doctrina Secreta*, de H. P. Blavatsky, donde se barajan a millares los mitos arcaicos que son el *Hilo de Ariadna* que nos puede guiar en el obscuro laberinto de la prehistoria hasta la brillantísima luz de una civilización perdida, la civilización de los atlantes y los arios primitivos, entre los que hubo un tiempo en que la Religión no era sino una Ciencia Matemática, digna más de los dioses que de los hombres, y al par una ciencia astronómica y una ciencia mística en la que el *Bernardo del laís* es *Ber* el sol y el culto solar e *Isabel* o *Isis* la bella, el culto lunar y la Luna, ni más ni menos que en todos los demás mitos, a los que también hemos aludido con más o menos extensión en *El Tesoro de los lagos de Somiedo*.

Veamos ahora algo de lo que pudiéramos llamar *Tuathas* o *Jinas* de México:

Cuenta la Historia, en efecto (2), que viéndose Motezuma primero tan gran señor y en tanta gloria y con tantas riquezas, determinó de enviar a saber en qué lugares habían habitado sus antepasados y qué formas tenían aquellas siete cuevas (cuevas de Pacaritambo o de La Mansión del Amanecer) de que tan particular memoria hacían sus historias. Mandó lla-

(1) Véase, también, en el Romancero galalco-portugués, los pasajes relativos a los Caballeros de la Madreelva lusitana (lal du chevrefeuille de M. de Francia), el *Simbolismo de las azucenas* (Ousenda, Ousea, Ausenda, Euxendra, Urgella), etc., etc.

(2) El relato está extractado de la *Historia de México*, del P. Durán.

mar a *Tlaacael* y díjole: «He determinado juntar mis valientes hombres y enviarlos muy bien aderezados y apercebidos con gran parte de las riquezas que el Autor de lo creado, el Señor por quien vivimos, nos ha dado, para que las ofrezcan allí a los que en tales lugares hallaren. Y también tenemos noticias de que la madre de nuestro dios *Huitzilpochtli* quedó viva; podría ser que lo estuviese todavía y así la ofrendarán allí de todo cuanto llevasen y la dirán que goce de cuanto ha ganado su hijo con la fuerza de su brazo y pecho y con la fuerza de su cabeza.»

*Tlaacael* respondió: «Poderoso Señor: no es movido tu real pecho por tu propio motivo, ni tu corazón por humano negocio, sino por alguna deidad eterna que te mueve a emprender tan grande cosa. Pero has de saber, Señor, que esto que determinas no es cosa de fuerza, destreza ni valentía, ni de aparato alguno de guerra, sino de brujas y encantadores que descubran con sus artes estos lugares, porque, según nuestras historias cuentan, ya aquel lugar está ciego con grandes jarales y breñales, todo cubierto de médanos y lagunas, espesos carrizales y cañaverales y sólo por gran ventura no será imposible el hallarle. Por tanto, Señor, busca esta gente que te digo, que ellos irán y te traerán nuevas de aquella región, porque cuando nuestros padres y abuelos la habitaron estaba muy viciosa y deleitosa y amena, donde tuvieron todo descanso, y donde vivían mucho, sin tornarse viejos ni cansarse, ni tener de ninguna cosa necesidad; pero después que de allí salieron, todo se volvieron espinas y abrojos, las hierbas les pinchaban, las piedras les herían y los árboles se hicieron espinosos y duros, conjurándose todo contra ellos para que no pudiesen volver allá.»

*Moteczuma*, viendo el buen consejo de *Tlaacael*, acordó de llamar al historiador real *Cuahucoatl* (1), venerable viejo de muchísimos años, y venido ante él, le dijo: —Padre anciano, mucho quería saber qué memoria tienes en tu historia de las siete cuevas donde habitan nuestros antepasados, padres y abuelos, y qué lugar es aquel donde habitó nuestro dios *Huitzilpochtli*, y de dónde sacó a nuestros padres. Respondió *Cuahucoatl*: —Poderoso Señor: lo que tu indigno siervo sabe de lo que preguntas es que nuestros padres moraron en aquel feliz y dichoso lugar que llamaron *Allan*, que quiere decir blancura; en este lugar hay un gran cerro (pirámide iniciática), en medio del agua, que llaman *Culhua-can*, que quie-

(1) La verdadera traducción de esta palabra es la de Adepto, o *Dragón de la Sabiduría*.

re decir *cerro tortuoso* (1). En este cerro había unas bocas o cuevas y oquedades donde habitaron nuestros padres y abuelos por muchos años. Allí tuvieron mucho descanso con los nombres de *Mexitín* (2) y *Azteca*: allí disfrutaban de mucha cantidad de patos de todo género, de garzas, de cuervos marinos, de gallinas de agua y de gallaretas; gozaban del canto y melodía de los pajaritos de las cabezas coloradas y amarillas, de muchas y diferentes clases de hermosos pescados, de gran frescura de arboledas que había por las riberas aquellas, y de fuentes cercadas de sauces, y de sabinas y de alisos grandes y hermosos. Andaban ellos en canoas y hacían camellones en los que sembraban maíz, chile, tomates, *nauhtli*, frisoles y de todo género de semillas de las que comemos y que acá trujeron; pero después que salieron de allí a tierra firme y dejaron aquel deleitoso lugar, todo se volvió contra ellos: las hierbas mordían, las piedras picaban, los campos estaban llenos de abrojos y espinas y hallaron grandes jarales y espinos que no podían pasar, ni había donde asentarse, ni donde descansar. Todo lo hallaron lleno de víboras y culebras y sabandijas ponzoñosas, y de leones y tigres y otros animales que les eran perjudiciales y dañosos, y esto es lo que dejaron dicho nuestros antepasados y en mis historias antiguas tengo escrito y esta es la relación que de lo que me preguntas, poderoso rey, te puedo dar.

• El rey respondió que así era verdad, porque Tlacaélel daba aquella relación misma, y así mandó luego que llamasen y buscasen por todas las provincias a todos los encantadores y hechiceros que pudiesen hallar, y fueron traídos ante él sesenta hombres, ya gente anciana, que sabían de aquella arte mágica, y díjoles: —Padres ancianos, yo he determinado de saber dónde es el lugar de donde salieron los mexicanos y qué tierra es aquella, y quién la habita, y si es viva la madre de nuestro dios *Huitzilpochtli*. Por tanto, aperebíos a ir allá con la mejor forma que pudiéredes y lo más breve que ser pueda.

Mandó luego sacar gran cantidad de mantas de todo género y de vestiduras de mujer, y de piedras ricas de oro y joyas muy preciosas, mucho cacao y *teona-cactli*, algodón, rosas de vainillas negras, muchas en cantidad, y plumas de mucha hermosura; en fin, de todas las riquezas de sus tesoros lo mejor y más precioso, y entrégalos a aquellos hechicheros, dándoles a ellos sus mantas y paga para que lo hiciesen con más cuidado, con mucha comida para el camino.

(1) *Culhua-can*, es literalmente el reino de las Serpientes.

(2) Más que *Mexitín* es *Mexitlín* o *Jinas* de México.

Ellos partieron, y llegados a un cerro que se dice *Coatepec*, que está en la provincia de *Tulla* (1), allí todos ellos hicieron sus círculos mágicos e invocaciones, embijándose con aquellos unguentos que todavía hoy usan...

Allí invocaron al demonio, al que le suplicaron les mostrase el lugar donde sus antepasados vivieron, y el demonio, forzado por aquellos conjuros y ruegos, los transformó a unos en aves, a otros en bestias fieras de leones, tigres, adibes y gatos espantosos, y así llevóles a ellos y a todo cuanto conducían a aquel lugar donde sus antepasados habían habitado.

Llegados así a una laguna grande en medio de la cual estaba el cerro de *Culhuacan* y puestos ya a la orilla, tomaron la forma de hombres que antes tenían, y cuenta la Historia, que viendo alguna gente que pescaba con canoas, los llamaron. La gente de tierra, como vió gente nueva y que hablaban su misma lengua, llegaron con las canoas a ver lo que querían, preguntándoles de dónde eran y a qué venían. Ellos respondieron: «Señores, nosotros somos de México, y venimos mandados por nuestros amos a buscar el lugar adonde habitaron nuestros antepasados.» Ellos les preguntaron que a qué dios adoraban, respondiéndoles que al gran *Huitzilpochtli*, y que el poderoso rey *Moteczuma* y su coadjutor *Tlacaelel*, les habían mandado viniesen a buscar a la madre de *Huitzilpochtli*, que se llamaba *Coatllicue* (literalmente *la diosa de la falda azul; Isis, Diana o La Luna*), y el lugar de donde salieron sus antepasados que se llamaba *Chicomoztoc*, añadiendo que le traían cierto presente a la señora *Coatllicue*, si era viva, y si no a sus padres y ayos que la servían. Ellos les mandaron esperar, y fueron al ayo de la madre de *Huitzilpochtli*, y dijéronle: «venerable Señor, unas gentes han aportado a esta ribera, los cuales dicen que son mexicanos, y que los envían acá un gran señor que se dice *Moteczuma* y otro que se llama *Tlacaelel*, y que trae cierto presente para la madre de su dios *Huitzilpochtli*.» El anciano les dijo: «Sean bien venidos; traedlos acá.»

Luego volvieron en sus canoas, y metiéndolos en ellas los pasaron al cerro de *Culhuacan* (2), el cual, de la mitad de arriba, dicen que es de una

(1) Es la *Thule* escandinava, el *Huata*, *Thuata* o *Tahua* de que venimos hablando.

(2) Este cerro sagrado nos recuerda otros muchos. Una de las montañas más misteriosas de América es la Sierra de la Cruz, al sur de las Montañas Rocosas en el Colorado. Su altura es de 5.000 metros. Su cruz, iluminada por el sol, nos aparece a 100 millas en las llanuras del Colorado y del Kansas. Forma un barranco cruciforme, lleno de nieve y hielo eternos. «Cuando yo residía en la comarca (1878-1882), dice el ilustre Franz Hartmann, la civilización

arena muy menuda que no se puede subir por estar muy fofo y honda, y entrando en una casa que el viejo tenía al pie del cerro, saludáronle con mucha reverencia, y le dijeron: «Venerable viejo y señor, aquí somos llegados tus siervos, al lugar donde es obedecida tu palabra y reverenciado tu hábito protector.» Él les respondió: «Seais bienvenidos, hijos míos; ¿quién os envió acá?» Ellos dijeron: «Señor, enviónos *Motezuma* y su coadjutor *Tlacaelel*, por sobrenombre *Cua-coatl*.» El viejo dijo: «¿Quién es *Motezuma* y quién *Tlacaelel*? No fueron de acá tales nombres, porque los que de acá fueron se llamaban *Tezacatell*, *Acactll*, *Ozelopan*, *Ahatt*, *Xochimill*, *Auxeoll*, *Victon* y *Tenoch*, y éstos eran siete varones que iban como caudillos de varios. A más de éstos fueron cuatro ayos maravillosos de *Huitzilipochtli* dos que se llamaban *Cuauhtloquetzqui* y *Axolona*.» Ellos le respondieron: «Señor, nosotros te confesamos que no conocemos ya a esos señores, ni los vimos, y de ellos apenas si queda memoria, porque muchos años ha que fueron muertos.» El viejo espantado exclamó: «¡Oh, Señor de lo criadol, pues ¿quién los mató?, porque en este lugar todos cuantos ellos dejaron seguimos viviendo, que ninguno se ha muerto. ¿Quiénes, pues, son los que viven ahora?» Ellos le respondieron que los nietos de aquellos que él nombraba. Preguntóles a quién tenían ahora por padre y ayo el dios *Huitzilipochtli*, y dijéronle que un gran sacerdote que se llamaba *Cuauhcoatl*. Dijo el viejo, sorprendido, ¿por qué no avisará cuándo ha de volver?, pues su pobre madre aún le está esperando y no hay quien la consuele...»

Luego, echándose auestas el presente, se fueron tras el viejo, el cual empezó a subir por el cerro arriba con gran ligereza, mientras que ellos iban tras de él hundiéndose en la arena, con gran pesadumbre y trabajo. El viejo volvió la cabeza, viéndolos que la arena les llegaba casi a las rodillas y que no podían subir, mientras que él iba con tanta presteza que parecía no tocar en la arena. El viejo les preguntó: «¿Qué habéis tenido, mexicanos, que tan pesados os ha hecho? ¿Qué coméis allá en vuestras tierras? —Señor, comemos las viandas que allá se crían, y bebemos cacao.—

---

no había penetrado todavía en aquel valle desierto, y los videntes relataban las cosas más maravillosas sobre las cualidades de dicha montaña, que, al parecer, no sólo estaba poblada de «espíritus» de una especie inferior, sino que era el asiento o punto de élitá de «Hermanos de la Logia blanca», o Adeptos. Sobre estas inaccesibles alturas que no ha hollado aún planta de mortal alguno, se dice, sin embargo, que han sido vistos seres humanos con resplandecientes vestiduras. Igual se relata respecto de las altas cumbres del Himalaya.»

El viejo respondió: «—Esas comidas y bebidas os tienen, hijos, graves y pesados y no os dejan llegar a ver el lugar donde estuvieron vuestros padres, y eso os ha acarreado la muerte, y esas riquezas que traéis para nada nos sirven acá, donde sólo usamos de la pobreza y de la llaneza... Diciendo esto cogió las cargas y las subió como si fuese una pluma...»

El capítulo XXVII de la citada obra del buen Padre Durán, se extiende luego en un largo relato acerca del encuentro de los embajadores con la madre de Hutzilipochlli, que yacía completamente descuidada de su persona y siempre llorosa, esperando a su hijo adorado que había prometido regresar a sus lares, así que se cumpliesen los años de su triste peregrinación por la tierra de los mortales y que éstos, después de vencidos y dominados por él, como aconteciese a los *Fir-bolg* con los *Tuatha*, tornasen a expulsarlos, haciéndose indignos por su mal proceder, de sus augustas protecciones. En el relato donde se repiten escenas análogas a la transcritas, no hay más detalles de especial relieve, que el del secreto del monte aquel, verdadero Merú legendario, que permilla cambiar de edad a voluntad, pues con sólo remontarse uno a la cumbre, se tornaba niño; con ponerse a media falda, hombre de mediana edad, y con bajar al valle, un viejo decrepito. El otro detalle curioso es el del regalo que la buena madre hizo al hijo de su corazón que habitaba entre los mortales, a saber: una manta de *nequen* o *neuquen* (1), sin duda para cubrir las desnudeces impúdicas, con las que negociaban los sacerdotes del dios, y un *braguero* o *cingulo de castidad*, pues que de la incontinencia provienen, en verdad, todas las desgracias de los hombres...

.....

Pero no sólo en Irlanda y en México, sino hasta en la propia Grecia clásica pueden encontrarse veladas alusiones a gentes *Jainas*, como las anteriores de los mexicanos y los *Tuatha* de Danand. Véase, sintó, el célebre poema de *Las Aves*, de Aristófanes, poema en el cual *Evelpides*, que literalmente equivale a soñador, vidente u *hombre de ilusiones*, y *Pistero*, que significa buen amigo o fiel discípulo, oyen cantar a la abubilla o al ruiseñor cierta canción misteriosa, que aquél, como Iniciado en lo que llamaría la *Raja-yoga* un hindú, interpreta tan perfectamente como Sigfredo—otro Iniciado—, comprendiese el canto del Pájaro de la Selva, después de haber dado muerte al monstruo Fafner de nuestras pasiones groseras. Es sabido, en efecto, que Teseo, el sacerdote-rey de Tracia, que,

(1) El *Neuquen* es también riquísimo territorio argentino junto a los Andes y el Río Negro.

gracias al *Hilo de Oro del Conocimiento*, logró antaño penetrar en el misterio del laberinto de Creta, yacía años atrás transformado en ave, ni más ni menos que ya vimos acaece hoy con los *boars, birds* o pájaros de dichos Tuatha de Danand irlandeses.

Por consecuencia de lo que Evélpides y Pistero escuchan al ave, se les ocurre la idea de fundar una ciudad completamente nueva y misteriosa, superior a la de todos los hombres, aunque inferior a los Palacios o *Burgos* de los dioses inmortales. No hay que añadir que semejante ciudad tenía que estar en los aires, o sea entre el cielo y la tierra.

El ave que habla de ser monarca de la ciudad aquella convoca a todas las tribus y entidades del aire para una asamblea previa. Acuden, en efecto, las infinitas huestes visibles e invisibles que reinan soberanas en el piélagos atmosférico, y véñse sorprendidos por la presencia de aquellos dos míseros mortales en la excelsa asamblea, por lo que al punto caen sobre ellos para darles la muerte que merecen por semejante atrevimiento. Convencidos, al fin, por las razones del presidente, el hombre-ave del ex rey Teseo, se acuerda la edificación de la ciudad, y se encomienda la ardua tarea a dichos dos mortales Evélpides y Pistero, quienes, previamente y por arte mágica, son, cual el rey Arthus, transformados en cuervos.

La ciudad, según revela cierto gallo, se ha de denominar *Nefelecociglia*, nombre que si para los comentaristas equivale a «la ciudad de las nubes y de los cucos», para alguien podría significar más bien *la ciudad de las nubes, de las montañas, de los valles y del Cocito o terrestre abismo*. La obra se ejecuta con pasmosa celeridad, ya que los avestruces, o más bien los *ibis* sagrados acarrear los sillares; el agua, los pelícanos; el yeso, cal y arena, las grullas y golondrinas, mientras que las palmeadas patas de las aves acuáticas trabajan a guisa de paletas, y los loros y demás pájaros de fuerte pico, labran el maderamen.

Edificada así la nueva ciudad, que era toda una indescriptible maravilla cual jamás otra se viese en la Tierra, sus moradores, llenos de orgullo, enviaron al punto dos Embajadas soberbias: la una a los dioses y la otra a los hombres. Por la primera exigían de éstos que declinasen desde aquel día para siempre en los habitantes de la *Nefelecociglia* toda su antiquísima autoridad sobre los mortales, mientras que a éstos se les ordenaba que en adelante dejasen de hacer sacrificios a los dioses y continuasen haciéndoselos a ellos solos...

Hombres y dioses ceden ante la intimación de los avícolas *jinas*, y un nuevo orden de cosas impera desde entonces en el mundo, viéndose privados los hombres de toda protección divina y los dioses destronados por

siempre de la Tierra. Pero varios hombres heroicos intentan a su vez, siglos más tarde, cambiar semejante nuevo orden de cosas y tornar a dejar expedita, como antaño, la completa comunicación primitiva entre los Cielos y la Tierra. Poetas, filósofos, matemáticos, juristas, guerreros, etc., intentan atravesar la Nefelecocigia para escalar los cielos, y por su parte, intentan otro tanto, desde arriba, dioses como Hércules y Prometeo, con lo que se llega a un tratado de paz, por virtud del cual los avícolas franquearán el paso respectivo a dioses y hombres a cambio de que los hombres adquieran la virtud del sacrificio y los dioses se humanicen cediendo de sus poderes. Evélpides y Pistero, caudillos de la nueva raza, obtienen, el uno la divina omnipotencia, hasta entonces monopolizada por Júpiter, y el otro la mano de la Soberanía; es decir, que logran esa preciosísima facultad por la que el hombre alcanza a dominarse a sí mismo, redimiéndose por su propio esfuerzo, con arreglo al dicho ulterior de Proclo, cuando afirmó siglos más tarde que «las almas verdaderamente grandes se inician por sí mismas sin necesidad de que nadie las inicie en la magia de sus latentes potencialidades divinas; almas que, por tanto, se salvan, según ha sancionado el Oráculo de los Siglos».

Verdaderos *Tuatha*, o *jinas*, eran también, sin disputa, aquellas extrañas gentes bactrianas o escíticas de que nos habla la *Historia Universal* de César Cantú, que despreciaron al gran Darío en la apoteosis de su poder militar y de su orgullo, según dijimos en anterior capítulo.

Viendo, pues, gentes jainas en Irlanda, en México, en Grecia y en cien otras partes, se ocurre la pregunta de si tales *jinas* o *jainas* existen también en nuestra patria. Si cien pasajes de nuestro *Tesoro de los lagos de Somiedo*, que se consagran a tales gentes, no son bastantes para acreditar que ellos moran entre nosotros, el capítulo siguiente, que tomar podría, si se quisiese, proporciones de libro, habrá, de demostrárnoslo, me figuro.